



7 PERSONAJES EN BUSCA DE UN AUTOR

Novelas Colectivas

7 PERSONAJES EN BUSCA DE UN AUTOR

Novelas Colectivas

## ÍNDICE

Siete personajes en busca de un autor : novelas colectivas /  
Silvana Casali ... [et.al.] ; edición literaria a cargo de Marina Arias  
y Ulises Cremonte. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata,  
2014.

240 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-34-1064-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Casali, Silvana II. Arias, Marina ,  
ed. lit. III. Cremonte, Ulises, ed. lit.

CDD A863

Diseño de tapa: María Soledad Ireba  
Diseño de interior: Jorgelina Arrien  
Revisión de textos: Marina Arias

  
Ediciones EPC  
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados  
Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, marzo 2014  
ISBN 978-950-34-1064-6  
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler,  
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma  
o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia,  
digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor.  
Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

PRÓLOGO	9
ORNELLA	19
HORACIO GONZÁLEZ	53
HORACIO GONZÁLEZ	61
MARTÍN	69
HORACIO GONZÁLEZ	89
HORACIO GONZÁLEZ	95
NÉLIDA	101
HORACIO GONZÁLEZ	125
HORACIO GONZÁLEZ	129
RAMIRO	135
HORACIO GONZÁLEZ	157
HORACIO GONZÁLEZ	161
PALOMA	167
TERO	199
EPÍLOGO	229
MINIBIOS	233

## PRÓLOGO

Este prólogo nació de la necesidad de describir el recorrido a través del cual se escribieron las novelas colectivas que integran *Siete personajes en busca de un autor*. Y del deseo de transmitir cuán fructífera y divertida fue la experiencia, una experiencia que arrancó en abril de 2013 y culmina con la presente edición.

De los trece participantes de este libro, diez trabajaron en el Dispensario –la clínica de autor del LITIN– durante el año 2012 y formaron parte de la *Antología I*, publicada en marzo de 2013. Luego se sumó un estudiante que era parte de la segunda cohorte del Dispensario, iniciada en 2013, pero quien fue invitado y aceptó integrarse al equipo veterano. Los dos restantes no somos otros que los coordinadores del LITIN.

Los diez autores iniciales fueron convocados para trabajar durante todo el año lectivo, con la propuesta de crear un perfil de personaje para una novela, estar dispuestos a escribir un capítulo para todos los perfiles restantes, y finalmente, en colaboración con uno de los coordinadores, editar la novela que se produjera a partir del perfil que cada uno había inventado. El grupo se reunió quincenalmente con el objetivo de explicar, discutir y definir la marcha argumental de las novelas. Los coordinadores confeccionamos un fixture de orden de capítulos y rotación de autores complicadísimo, fixture que por supuesto, a las pocas semanas y ocupados en resolver problemas de or-

den estructural (“Joaquín no va a poder escribir durante dos semanas porque se quebró una mano con un lavatorio de mármol,” anunció un día Luciana; “¿Alguien sabe algo de Leo, sigue viniendo a la facultad?”), preguntamos los coordinadores durante tres reuniones consecutivas) y problemas de orden literario (“No sé qué hacer con ese pibe Martín”, dijo un día Carolina, “No se entiende nada de lo que pasa en la novela de Paloma, ¿Meli, podés editar lo que tenemos hasta acá a ver qué hacemos?”), sentenciamos los coordinadores promediando la experiencia, “No quiero escribir a Horacio González”, murmuró Franco repetidamente en el último tramo) felizmente abandonamos.

Es que en verdad no sabíamos a dónde nos llevaría este camino de escribir novelas colectivas. Lo que sí sabíamos es que la literatura, al menos la que nos gusta y defendemos, y la docencia, al menos la que elegimos y militamos, nunca son una planificación cerrada ni un manual estanco de consejos para escribir de un modo correcto: son una búsqueda y una creación colectiva permanente de sentido.

Esa idea fue nuestro sur y nuestro principal motor ideológico. Queríamos desafiar la idea tantas veces revisitada de que la novela sólo puede ser fruto de un creador individual, la subjetividad de un hombre fragmentado en un mundo sin dioses. En ese sentido, seguimos plenamente a quienes han sostenido que en todo caso esa es sólo una perspectiva de lo que puede ser considerado “novela”: la perspectiva burguesa. Por eso no quisimos resignarnos a asumir para estas creaciones literarias colectivas el tranquilizador y muchas veces vacío estatus de “narraciones”. Así como canónicamente se ha reconocido la existencia de un protagonista colectivo en muchas novelas (*La guerra y la paz*, por citar el ejemplo inevitable) quisimos vivir las peripecias de convertirse en un autor colectivo. Pero no en un autor colectivo de textos “espontáneos” o “irracionales”, a la usanza del surrealismo y las vanguardias de hace cien años: queríamos un trabajo colaborativo de creación literaria consciente, con correcciones, marchas y contramarchas en la búsqueda de contar del mejor modo posible una historia (varias,

en nuestro caso), una historia que se fuera construyendo y develando en el mismo proceso de escritura.

Luego de este año de trabajo podemos sostener que esto no sólo es posible sino muy recomendable.

Ojalá que después de leer *Siete personajes en busca de un autor*, los lectores compartan nuestras conclusiones (provisorias, claro está, como todo en esta vida).

De los once perfiles que fueron presentados por los participantes en la segunda reunión de este Dispensario (Ana, Arnar, Los Brun, Horacio, Martín, Nélica, Paloma, Ramiro, Ornella, Tero y Zaira), Ana y Los Brun no sobrevivieron al primer capítulo, y tanto Arnar como Zaira<sup>1</sup> están en nuestros discos rígidos, y en nuestros corazones, provisoriamente clasificados bajo el rótulo “en pausa”. El caso particular de “Horacio González” no es exactamente una “novela” porque carece de una unidad narrativa encadenada entre capítulos. Por eso decidimos editarla en forma fragmentada y llamar “intervenciones” a la participación que cada uno de los dispensarios efectuó en torno a este personaje. Partimos de una situación inicial (un hombre y un árbol, algo que inventó Melissa Rep cuando escribió el primer capítulo) y dejamos que cada uno realizara la pintura que deseara. En relación con el resto de las novelas, este espacio funciona como un recreo expresionista, una válvula de escape, donde los autores pudieron recuperar su propia voz escrituraria sin el peso de sostener una estructura colectiva.

<sup>1</sup> En realidad, “Zaira” fue origen de “Pochoclos” un relato que Francisco Magallanes publicó en su primer libro de cuentos *Los impuntuales*, y los Brun en cualquier momento se pueden convertir en un cuento de los de Joaquín Palomeque, así que allí también el Dispensario cumplió su cometido: ayudar a aprender a escribir.

Las que siguen son las siete novelas que hasta el momento encontraron su punto final, los siete personajes que nos persiguieron a los participantes del Dispensario durante el 2013 para que contáramos su historia. Y lo lograron.

*Marina Arias y Ulises Cremonte*  
Coordinadores del LITIN

Ornella



*Perfil creado* por Silvana Casali

*Escribieron:*

Joaquín Palomeque

Luciana Demichelis

Melissa Rep

Carolina Martín

Mercedes Galera

Franco Dall'Oste

Josefina Fonseca

I

La mañana en la que Ornella despertó con sangre en sus sábanas la familia había planeado pasar el día en Mundo Marino. Apenas había podido dormir la noche anterior, ya que esta sería la primera vez que visitaba ese lugar que tanto deseaba conocer. Por eso la impresión fue aún mayor: no registraba el momento de la noche en que el fluido podría haber salido de su cuerpo.

Ornella despertó a las siete y cuarto de la mañana. Tras permanecer unos minutos en la cama conmovida por lo que había encontrado, fue hasta la ventana y levantó su persiana. Era el último domingo de las vacaciones de invierno, y sol comenzaba a iluminar la calle.

Volvió a su cama e hizo un bollo con todas las sábanas. También se quitó los pantalones de su pijama y los dejó sobre la cama. Se puso el jean que había usado la noche anterior y bajó las escaleras hasta la cocina.

En la TV estaban diciendo el pronóstico meteorológico del día. Ornella vio que alguien había puesto la pava a calentar y supuso que su madre ya estaría despierta. Esperó unos minutos sentada frente a la TV hasta que apareció su madre: aún con el salto de cama y en su mejilla izquierda quedaban restos de dentífrico.

—¡Hija! ¡Qué temprano te levantaste!

Ornella bajó la vista y se sentó en una de las sillas, junto a la cocina.

—Mamá: me vino —dijo mirando sus pantuflas de conejito.

La madre la abrazó más tiempo que de costumbre, la miró a los ojos y finalmente dijo:

—Andá a bañarte. Papá quiere que para el mediodía estemos allá.

Cuando salió del baño su madre estaba esperándola con un paquetito en la mano.

—Tomá, son toallitas femeninas, las vas a tener que usar de ahora en más. En tu cama te dejé ropa limpia, cambiate que en un rato salimos.

Regresó a la cocina. El desayuno ya estaba servido. Su papá tenía un mapa extendido sobre la mesa con las estaciones de GNC marcadas con un fibrón fluorescente. Su hermana estaba sentada junto a la ventana con una taza en la mano, mientras su madre le cepillaba una y otra vez la larga cabellera. Había prometido que cuando cumpliera los 18 se lo cortaría. Ornella sentía que su madre evitaba mirarla. El desayuno fue bastante más silencioso que lo habitual. Apenas terminó su café con leche subió hasta su habitación a terminar de preparar las cosas para el viaje. En la cama aún permanecían las sábanas y el pantalón del pijama manchados con sangre.

Para las 9 el auto ya estaba cargado con todo lo que irían a necesitar a lo largo del día. Incluso llevaban las reposeras y la sombrilla, esperando que el pronóstico fuera cierto: soleado. Llevaban alimento y bebida suficiente como para no tener que desembolsar más dinero que el necesario para combustibles, peajes y la entrada a Mundo Marino.

El auto nuevo venía con una radio que podía reproducir CDs, pero a esa hora estaba el dial clavado en la misma radio que ponía su papá para llevarla a ella y su hermana a la escuela.

Ornella se durmió apenas subieron a la autopista y recién despertó cuando pararon en Maipú para cargar gas.

Aún hacía frío cuando bajaron del auto. Ornella entró con su padre al almacén, mientras su mamá y su hermana iban al baño. Allí dentro se mezclaba el calor de la calefacción con el aroma de unos salamines que colgaban en una de las paredes. Ornella aún tenía sueño y quería volver al auto lo más pronto posible. La cola para cargar gas parecía interminable.

Ornella aprovechó un momento en que su madre estaba distraída mirando unas revistas para agarrar a su hermana de la mano y llevarla detrás de una góndola:

—Me vino hoy a la mañana.

—¡Ja! Ahora se viene lo peor.

—¿Qué querés decir? Le dije a mamá y me mandó a bañar sin decirme nada...

—Nada pibita, no te vas a morir. Acostumbrate porque esto es todos los meses.

—Ya sé, no soy una nena, a Juli le viene hace casi 6 meses ya...

—Y bueno, ¿por qué te hacés drama entonces?

—Porque me van a empezar a salir granos como a ella y no le voy a gustar a Joaquín...

La hermana largó una carcajada y volvió con sus padres.

A las 11 ya estaban todos sentados en el auto nuevamente. Para el mediodía estarían en San Clemente. Desde el asiento trasero Ornella se maravilló con la ciudad. En esa época del año era un mar de gente. Tardaron casi una hora desde que salieron de la ruta hasta que llegaron a la entrada de Mundo Marino. En el camino pararon a comprar unas facturas en el puerto y pasearon por la rambla un rato. Después de la charla que había tenido con su hermana, Ornella necesitaba estar a solas para pensar. Pero no era algo que conseguiría en un día de paseo familiar.

Dejaron el auto bajo un árbol. Era un día soleado y la temperatura era bastante alta para lo que se podía esperar de un domingo de julio.

Ornella había leído en los folletos que les dieron en el peaje que ese día iba a hacer su aparición la orca “Marta”. Según explicaba el papel, la habían rescatado de las playas del Río de la Plata, presumiblemente extraviada de su grupo. La aparición iba a ser en el espectáculo denominado “Viaje al fondo del océano” que comenzaba a las 15.25.

A la entrada del parque se ubicaba un gran estanque, donde vivían las mantarrayas y algunos peces de mar. Pasaron varios minutos allí en los que el padre no dejó de bromear sobre lo grande que sería una milanesa hecha con una de las mantarrayas. Ornella detestaba que su padre hiciera esos chistes, sobre todo cuando estaba con amigos en su casa.

Después del estanque, la familia se dirigió hacia el microcine donde proyectarían un documental sobre la fauna de la zona. Mientras sacaban las entradas para poder ingresar, Ornella fue hasta el baño para comprobar que no tuviera sangre nuevamente en su ropa interior.

Estaba limpia. Podía seguir caminando por el parque sin preocuparse. Volvió al microcine pero no encontró ni a su madre, ni a su padre, ni a su hermana. Sólo había un hombre disfrazado de delfín cortando los tickets a las personas que ingresaban a ver la proyección. Ornella fue hasta él y le preguntó por sus padres. El hombre delfín le dijo que no había visto nada, pero que la acompañara hasta una oficina donde podría esperar hasta que sus padres vinieran a buscarla: iban a avisar por los altoparlantes que pasaran por allí a recogerla.

Ornella acompañó al hombre por un camino que bordeaba el parque. Detrás del anfiteatro (donde en media hora comenzaba el “Viaje al fondo del océano” había una pequeña cabaña adornada con una especie de lianas y plantas de plástico. “Esperame acá” dijo el hombre delfín mientras entraba. Ornella no estaba preocupada. A menudo cuando por ejemplo iban al supermercado ella se detenía a mirar algo y no volvía a ver a sus padres por un rato. Suponía que, a más tardar, en media hora estaría con ellos de nuevo.

El hombre delfín salió nuevamente de la cabaña y le dijo que pasara y diera su nombre completo para poder avisar por los altavoces que se había perdido.

En el interior de la cabaña había un escritorio con varios papeles desordenados y un fichero. Un muchacho con un mame-luco de Mundo Marino le pidió sus datos, y la invitó a sentarse. También le ofreció jugo fresco que tenía en una jarra sobre el escritorio.

—¿Desde dónde vienen? —preguntó el empleado.

—Somos de Bernal. Bah, en realidad yo nací en Capital pero cuando era chiquita nos mudamos a Bernal...

—¿Hace mucho que llegaron al parque?

—No, una hora ponele. Yo quería llegar a ver el “Viaje al fondo del océano” pero con esto creo que no voy a llegar.

—¿Cuántos años tenés?

—Doce.

El empleado se levantó y salió por una puerta que daba a un pequeño depósito en la parte trasera de la cabaña. Volvió con un vaso y unos papeles. Llenó el vaso con jugo y se lo ofreció a Ornella. Ella bebió un poco y lo dejó sobre el escritorio

—Todos los días traen nenes perdidos acá, yo no sé en qué piensan los padres cuando van con su familia a un lugar tan grande como éste, ¡Hay que tener precauciones!

—Lo que pasó es que fui hasta el baño mientras esperábamos en la cola del microcine y cuando volví ya no estaban. Igual siempre me pierdo, soy medio colgada...

—Quedate tranquila que ya van a aparecer, si no te podemos adoptar como parte de las animadoras, ¿qué te parece?

Ornella se imaginó trabajando allí por el resto de su vida sin volver a ver a sus padres y comenzó a llorar. El empleado le acercó una caja de pañuelos de papel y le pidió disculpas.

—¡Era un chiste! Mirá cómo te pusiste. Ya van a volver, tenemos toda la tarde para esperar.

—Tengo miedo —dijo Ornella.

—Vení, vamos a dar una vuelta para hacer algo de tiempo y que se te pasen las lágrimas...

Hasta ahí llegan los recuerdos de Ornella. Despertó sintiendo el cuerpo tan pesado que apenas podía levantar la cabeza. Se encontraba en el suelo de una especie de galpón. Su única

compañía era un gato que entraba y salía continuamente por un ventiluz a la altura del techo de la estructura. Estaba completamente vestida y no sentía que la hubieran golpeado para llevarla hasta allí. Podía oír que el anfiteatro estaba repleto de gente y calculó que el espectáculo ya habría comenzado. Sintió miedo. No entendía cómo un día de paseo había terminado en eso. Logró levantar el cuerpo y se echó a llorar por varios minutos.

Cuando recobró un poco más el conocimiento pudo ver que estaba en una especie de depósito. A su lado había una orca de plástico gigante y varios salvavidas amontonados. Frente a ella se encontraba un portón enorme que se abría a los lados.

También notó que había una puerta pequeña, que se abría de afuera.

Por la puerta entró el hombre delfín. Aún llevaba su disfraz puesto pero se había quitado la parte que cubría su cabeza. En sus labios bailaba un cigarrillo a medio fumar.

Se acercó lentamente hacia ella. Cuando estaba a unos pocos pasos se detuvo. Ornella levantó la vista y lo miró a los ojos; un instante después comenzó a pegar piñas al estómago del hombre delfín. El hombre tomó los puños de Ornella y la detuvo fácilmente.

—¡Pará un poco, nenita!

—¿Qué hago acá? ¡Dejame salir!

—Es una historia larga. Pero por suerte tenemos toda la noche.

—¿Noche?

—Sí. Noche.

—¿Dónde está mi mamá? ¡Quiero irme!

—No te preocupes. Tu familia no va a ser un problema.

El hombre delfín apagó su cigarrillo y salió. Regresó a los pocos minutos con una bandeja en sus manos. Se la ofreció a Ornella.

—No me gusta el pescado.

—¿Ah, no? Pero viniste a Mundo Marino.

—No me gusta el pescado muerto.

El hombre delfín salió nuevamente y regresó con un libro rojo. Extendió sus manos hacia Ornella. Ella lo tomó. Apenas

pudo creer lo que veía: era su diario. El libro cayó de sus manos y se desparramó en el suelo. Un par de hojas se desprendieron del lomo. Una vez más intentó golpear al hombre delfín pero él la detuvo con facilidad. Se hizo un silencio.

—¡Sos un hijo de puta!

—Ambos sabemos que a tu mamá no le gusta que hables así...

## II

Ornella sentía como si le taladraran la cabeza. Casi no la dejaba pensar el dolor.

—¿Y vos de dónde la conoces a mi mamá?

El hombre del fin prendió un cigarrillo.

—Y, de la vida... Ibamos juntos a la escuela. Ella se sentaba delante mío y cada tanto le podía oler el pelo. Usaba perfumes importados, me acuerdo. Caminaba moviendo la cadera como una modelito. Teníamos todos guardapolvo, pero cuando se lo sacaba se veía que se vestía ultra bien, con ropa de marca, facherera. Muy buenas tetas.

—Estás enfermo.

—Y vos sos una boluda: estás en San Clemente y tu familia es de Pergamino, obvio que no conozco a tu vieja.

—Soy de Bernal, tarado —gritó Ornella—. ¿Hace cuánto me tenés metida acá? Tengo sed. Y pará de fumar. Me vas a hacer agarrar cáncer a mí.

—Ay calmate, querés —contestó él largando el humo por la boca y abriendo mucho sus ojos verdes—. Estamos esperando al jefe. Él va a saber qué hacer con vos. Si te quedás callada un rato te traigo agua antes de que venga.

Siguió fumando como si nada. Se hizo un silencio incómodo en el que Ornella se tiró para atrás. Le dolía la cabeza. El colchón tenía olor a kerosene y parecía haber sido robado de algún hospital. Cerró los ojos y se los tapó con las manos. Cuando los abrió empezó a mirar la habitación con más detalle: estaba en penumbras, iluminado por una lámpara de cuarzo tirada en el piso. Había una silla, en la que fumaba el hombre del fin, el cuaderno rojo tirado y tres colchones en el otro extremo de la habitación. El lugar tenía una única puerta pintada de rojo y muchas frases escritas en las paredes. Algunas decían nombres como Carolina Juárez o Luciana Maldonado, y al lado una fecha. Otras decían direcciones, en algún rincón un *Pero el amor es más fuerte* y palabras sueltas, como “Clint Eastwood”. Había muchos nombres que decían ser de 2004. Ornella se estremeció. Se dio cuenta de que la única salida era esa puertita

roja. No había ni un conducto de ventilación y el humo del hombre del fin le estaba empezando a hacer doler la garganta.

—Por favor, dejá de fumar...

Entonces se escuchó el ringtone de *Persiana Americana*, versión Agapornis.

—¿Hola? —respondió el hombre del fin—. Sí Franco, ya está acá. Te espero abajo —cortó, guardó el celular y le dijo a Ornella—. Ahí viene el jefe.

—¿Y qué me van a hacer? ¿A dónde me van a llevar?

—Qué te importa. Calmate.

—No me calmo nada.

—A Quilmes te llevamos.

—¿Quilmes? ¿Qué hay en Quilmes? No loco, ya está, dejame ir o rompo todo.

—Quilmes, Lanús, Romero, no sé. Ni idea a dónde te van a llevar, no es mi mambo.

—Ah tranqui, total. Robás pendejas en Mundo Marino y después no te hacés más cargo.

—Y, no —respondió rascándose un ojo con la aleta del traje—. Ya fue: me pagan re bien.

Se prendió otro cigarrillo y largó el humo por la nariz mirándola con indiferencia. A la segunda pitada se puso a tararear *Persiana Americana* y a hacer sonidos con la boca.

—Yo no puedo creer que ni siquiera te calles como para que me pueda dormir...

—Y buen, hay que ponerle onda, nenita.

Se escucharon pasos fuertes desde arriba y luego atrás de la puerta.

—Pepo, abríme, soy Franco —dijo una voz ronca golpeando fuertemente la madera.

El hombre del fin se levantó presuroso, sacó las llaves y le abrió. Ella se sentó y se cruzó de brazos, mientras pensaba en qué pasaría si salía corriendo en el momento en que abrían la puerta. Entró un hombre alto, pelado y negro, vestido de traje azul marino haciendo mucho ruido con los zapatos recién lustrados. Miró a Ornella sin saludarla mientras sacaba un papel doblado del bolsillo del saco. Tenía los dedos manchados con

pintura blanca. Abrió el papel y se quedó callado, mirando intercaladamente el papel y a ella por unos segundos.

—Pepo: sos un pelotudo. ¡Esta no es!

—¿Cómo que no es? —dijo el hombre delfín levantándose de la silla y sacándole la foto de la mano. Miraba a Ornella y la comparaba con la foto poniéndolas casi juntas.

—Pero... es re parecida... Tiene que ser...

Ornella, mientras tenía la foto al lado de su cara y los otros dos discutían. Quiso gritar pero comprendió que era al pedo. De un impulso y casi sin pensar corrió hacia la puerta. La atacaron entre los dos con poco esfuerzo.

—No es —dijo Franco agarrando a Ornella de las muñecas mientras ella gritaba—. ¡No podés ser tan pelotudo! Te voy avisando que este mes no cobras, Pepo.

—¡Pará flaco, soltame! —gritó ella mientras hacía fuerza por soltarse—. ¡Si no soy esa flaca larguenme!

—¿Qué hacemos entonces?

—Llévala para arriba y vemos. Y vos nena mientras más grites peor la vas a pasar. Traé la sogá, Pepo.

El hombre delfín salió de la habitación y volvió rápidamente a atarla. Entre los dos le hicieron un nudo con las manos por atrás de la espalda.

—Si gritas te morís —le dijo Franco al oído.

Abrieron la puerta roja, que daba a una escalerita de madera. Mientras subía Ornella se encandiló con el sol.

### III

—¿Por qué me trajeron a una terraza? —dijo Ornella, que seguía con las manos atadas y tenía la cabeza inclinada hacia adelante por culpa del sol. Solazo: tibia en la nuca y una bomba en la frente.

El hombre delfín se rió:

—Tanto encierro no le hace bien a tu cuerpo.

Ornella soltó una risita sarcástica.

—Gracias. Lo voy a tener en cuenta —dijo, entrecerrando más los ojos y moviendo los hombros de un lado a otro.

—De nada —contestó el hombre delfín, inclinándose como si estuviera haciendo una reverencia—. Y por más que trates de desatarte, te hice un buen nudo. ¡Ni lo intentes!

Ornella se quedó quieta. La cabeza le seguía doliendo como si un ejército de soldaditos de juguete estuviese desfilando por su frente: un, dos, tres, ¡marchen!, un, dos, tres, ¡cuerpo a tierra! Miró alrededor —encandiladísima— y distinguió los bordes de la terraza y, más abajo, la pileta gigante de las orcas. Había mucha gente abajo, pero era muy abajo. Si gritaba no la iban a escuchar. En la terraza no había nada. Una silla de plástico. Al fondo. Roja.

—Sigo en Mundo Marino —pensó.

Buscó al hombre delfín y lo vio de espaldas, tomando una *Coca Cola* en una de las esquinas de la terraza. Las gotas de condensación de la botella le caían en la cara, casi salpicándolo. Ornella bajó la vista: quería vomitar.

Se sentó en un rincón con algo más de sombras y pensó qué iría a hacer. Si no soy yo, si este tipo está chapa y, además, caliente porque lo rajaron del trabajo, su diario íntimo. Se dio cuenta de que había dos cosas que había olvidado: su diario íntimo y su menstruación.

—Tengo que ir al baño —le dijo al hombre delfín, que se pasaba la botella vacía por la nuca.

El tipo no la escuchó.

Le gritó:

—¡Eu! ¡Tengo que ir al baño!

El hombre delfín giró y se acomodó la parte baja de su traje. Se había sacado la parte de arriba y así arrastraba la aleta dorsal como un colgajo. Se acercó a ella.

—Dale, levántate.

—¿Por qué?

—¿No querías ir al baño, boluda?

—Sí.

—¡Bueno, entonces levántate!

Ornella apoyó sus manos atadas en el piso y quiso incorporarse, pero se tambaleó: su cabeza seguía siendo un desfile militar. El hombre delfín la agarró del brazo y la detuvo con un forcejeo. Ornella no quería que el tipo la tocara.

—Soltame.

—Dale, tarada, ¿quieres ir al baño o no?

—Si me vas a tocar, no...

El hombre delfín soltó una carcajada y le dio un empujón.

—Dale, nenita, camina —le dijo, señalándole la puerta por donde habían venido. Ornella quería ir al baño pero no quería volver al cuarto oscuro. Caminó con desgano hasta la puertita. El tipo la abrió. Ella bajó primera.

Después de ese sol, el cuarto oscuro era una lata cerrada. Bajaron la escalera y el hombre delfín le mostró el baño: bastante limpio. Ornella se había imaginado algo mucho más asqueroso y además, por suerte, el tipo la había dejado sola y desatada. No sabía qué hacer: no tenía ninguna toallita. Había un rollo enorme de papel higiénico, así que decidió usar eso, doblando varios papeles: uno sobre otro. Tiró de la cadena y casi abrió la puerta. Pero no: si podía entreabrirla sin ningún, ningún tipo de ruido, entonces, capaz el hombre delfín estaba distraído... quizás así ella se podía escapar.

Puso la mano en el picaporte redondo. Estaba húmeda. Su mano, su frente. Giró el picaporte con extrema delicadeza. Escuchó un clic y casi se dio por vencida. Pero era un clic ínfimo. Siguió. Abrió apenas, una rendija: no veía nada. El cuarto seguía siendo oscuro y, precavida, ella había apagado la luz del baño.

Buscó al hombre delfín. Estaba a la derecha, a unos pasos, de espaldas. Fumaba de nuevo. Ornella sintió náuseas. Tiró un

poco más de la puerta hacia ella y, con los ojos ya casi acostumbrados a la oscuridad de ese cuartucho, vio, en el fondo, su diario íntimo. Estaba tirado en una esquina, abierto. El corazón le hizo una vuelta carnero en el pecho. Quiso gritar: ¡Es mío! Quiso salir, pegarle una patada demoledora al hombre delfín y dejarlo noqueado contra el piso y después hacerlo sándwich con ese colchón de hospital con olor a kerosene.

Y entonces por su frente desfiló un tanque. Uno grande, con esas ruedas largas como orugas, que se deslizaban por arriba de sus cejas con lentitud, avanzando, avanzando... Ornella se agachó, soltó el picaporte, que hizo ruido de rotas cadenas, y se llevó las manos a la frente y a los oídos. Creyó que se iba a desmayar.

Se desmayó, evidentemente, porque de nuevo estaba tirada en el colchón con olor a kerosene cuando abrió de nuevo los ojos. El hombre delfín armaba un cigarrillo delante de ella. Ornella se acomodó: de nuevo tenía las manos atadas.

—Te caíste y te rescaté, ¿viste? —dijo el hombre delfín.

Ornella lo miró con odio.

—Ahora te pasaste a la marihuana —le dijo ella. Miraba fijo el cigarrillo. El tipo estalló de risa.

—Así que, además de histérica, moralista —la miró de costado y siguió—. ¿Sabés qué? Esto no es marihuana. Me estoy armando un cigarrillo caserito —se acercó hasta ella y le mostró el pucho de cerca. Ornella podía sentir el aliento a pescado fresco que salía de su boca de dientes amarillentos.

—Ignorante —dijo el tipo, y se volvió hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla de plástico.

Ornella dejó de mirarlo y buscó su diario íntimo. Seguía abierto en un rincón. Los tipos podían haberse equivocado de pendeja pero no se habían equivocado con el diario.

—¡Eu!... si yo no soy la que buscaban, dejame ir...

—Ni en pedo...

—¿Por qué no, imbécil?

—¡Epa, epa! ¡Porque no! Antes se me tiene que ocurrir un plan para no tener que matarte.

—O sea que aunque estás enfermo sos un buen tipo, ¿no?

—Exacto.

A Ornella volvieron a estremecerla las vibraciones de su ejército en la frente. Quería su diario tanto como salir de ahí. Entonces entró el otro. La puertita roja que daba a la terraza: el tipo venía de la terraza.

—Pepo, ¿de dónde la sacaste a ésta?— dijo, gritando.

—Ya te dije: del parque, abajo.

—De qué parte, gil.

—Del microcine.

El otro agitó los brazos y después se los llevó a la cabeza:

—¡Claro! Pero claro. No puedo creer lo idiota que fuiste.

—Boludo, yo busqué a la pendeja de la foto, nada más.

—La pendeja de la foto jamás iría al microcine— dijo el otro con una terrible seriedad. A pesar de no ver mucho en esa oscuridad de tufo de cigarrillo a Ornella le pareció que el tipo estaba a punto de llorar. Era su oportunidad:

—Déjenme ir.

Si el tipo estaba casi llorando, ella también iba a llorar y lo iba a convencer.

—Déjenme ir y denme el cuaderno —dijo, y se arrepintió. Se le había escapado.

El tipo la miró, miró el cuaderno abierto tirado en el fondo y lo miró a Pepo, que se estaba terminando el cigarrillo y tenía todo el cuerpo adherido a la silla, y la miró de nuevo a ella.

—Pepo —empezó a decir, y Ornella, en esa oscuridad asquerosa de humo pegajoso, creyó verlo sonreír.

—¿Qué?

—Capaz sí es ella —dijo y clavó la mirada en la frente de Ornella: el desfile militar abarcaba ahora a varios ejércitos que, además, hacían demostraciones de pólvora con cañonazos, fuegos artificiales, tiros al aire.

Ornella pensó que estaba condenada pero que todavía tenía una idea, una opción. Esperó a que el hombre delfín reaccionase de su letargo de pescado muerto y a que el otro tipo estuviese un poco más lejos de ellos dos. El nudo en su espalda era blando y ya se lo estaba desatando. Liberó sus manos pero las mantuvo en posición. El otro caminaba de un lado a otro.

El hombre delfín se reía y jugaba con su encendedor. Parecía aliviado. El otro seguía caminando. De un lado al otro. De un lado. Al otro. Al otro. Ahí.

Ornella se levantó de un salto (los soldaditos pensaron que su salto era el enemigo al ataque y gritaron ¡a la carga!, pero ella se concentró en no darles bola), se acercó con ímpetu al hombre delfín, le sacó el encendedor (los soldaditos corrían con el alma, repiqueteando el suelo de su frente), corrió hasta el rincón del cuarto en donde estaba su diario íntimo (¡fuego!, ¡fuego!) y apretó el encendedor y acercó la llama.



## IV

¡Fuego, fuego!

El libro rojo ardiendo envuelto en una llamarada; el libro rojo arrojado sobre la silla de plástico; las llamas expandiéndose por todo el galpón. Una sola salida para evitar el fuego: la puerta roja.

Ornella subiendo las escaleras, tapándose los ojos para cubrirse del sol, parándose en el borde de la terraza; elevando los brazos hacia el cielo, flexionando las rodillas y dejándose caer.

El agua salpicando a los espectadores y ella nadando entre las orcas y los delfines saltarines.

El hambredelfin arrojó un vaso de agua contra el libro, para sofocar el principio de incendio. Ornella se quedó parada sujetando el encendedor con fuerza.

—Sentate ahí, nenita y dejá de hacer boludeces.

—Hacele caso a Pepo, pendeja. ¿Nunca escuchaste que el que juega con fuego a la noche se mea?

—Por eso ni te preocupes, Franco. Total, la que va a tener que dormir en el colchón meado va a ser ella.

Ornella se sentó, con la mirada fija en el libro: el lomo estaba apenas chamuscado; tendría que haber quemado las hojas. Eso sí hubiera dado resultado.

Mientras imaginaba el lugar en llamas y a ella corriendo en cámara lenta, cruzando la puerta roja y tapándose los ojos con las manos por el resplandor del sol, Ornella se acarició la cabeza: tenía el pelo rubio grasoso y con olor a kerosene. Se levantó de golpe y sintió el líquido bajando hasta su bombacha.

—¡Eu! ¿podés venir un segundo?

—¿Qué querés ahora?

—Vení, vení, agachate.

Ornella cubrió la oreja del hambredelfin con su mano y le dijo algo al oído.

—¿Qué pasa, Pepo?, ¿qué quiere ahora? —preguntó Franco, desde la silla de plástico.

—Boludeces, qué va a querer esta piba.

—¡Boludeces las bolas! —se quejó Ornella— ¿No tenés hermanas vos? ¿No tenés novia?

El hambredelfin agachó la cabeza y se quedó unos segundos mirando el piso sucio. Se tapó los párpados con los dedos pulgar e índice, mientras sostenía un gesto lastimoso.

—Y no, qué vas a tener novia vos, ¡si sos un forro roba pendejas! —gritó Ornella.

Franco dio un suspiro profundo, caminó hacia la puerta que daba a la terraza y se fue.

—Tuve, sí, pero hace mucho —el hambredelfin destapó otra *coca-cola*, tomó un trago y le alcanzó la botella a Ornella.

Ornella limpió el pico de la botella con el puño de su campera y miró las aletas azules que colgaban del disfraz del hambredelfin, después observó con detenimiento sus ojos verdes y su pelo grasoso.

—¿Cómo se llamaba?

—María Luz. No sabés lo que era esa piba: un sueño.

—¿Dónde se conocieron? —Ornella vació media botella de coca, aunque no estaba fría.

—Acá.

—¿Acá dónde? ¿En el galpón?

—Claro. Cuando secuestramos a la primera pibita: yo le sostenía las manos mientras ella la cagaba a piñas.

—¿En serio? Ah, pero qué hija de puta.

—¡No, boluda! Acá, en Mundo Marino. Mirá que voy a conseguir una mina en el galpón mugroso éste. Era la mujerdelfín. La echaron hace tres años porque tenían que hacer un recorte de presupuesto. No la volví a ver.

El hambredelfin se recostó sobre una ballena inflable, acarició su aleta desinflada y armó un cigarrillo. Fumaba y miraba hacia arriba, como si en vez de un techo lleno de telarañas hubiera un cielo cubierto de estrellas.

—Era un sueño la piba esa.

El humo del cigarrillo llegó hacia la nariz de Ornella y le provocó un ataque de tos.

—Yo te hago de psicóloga, posta, no tengo drama, pero deja de tirarme el humo en la cara.

El hombre delfín apagó el cigarrillo contra el piso y acomodó su cuerpo sobre la ballena.

—¿Qué te tengo que decir? Fue así: la rajaron y no la vi más. La llamé un par de veces y el telefonito de mierda hacía “tú-tú-tú”. Sí, yo, idiota ¡Yo! ¿Quién mierda va a ser sino?

Ornella se acercó una mano a la boca y peinó su bigote imaginario:

—¿Y cómo te sentís con eso?

—Ah, joya. ¡Cómo me voy a sentir! ¿Vos sos boluda en serio, o te hacés, o practicás?

Ornella se sentó de espaldas al hombre delfín y se tapó los oídos.

—No, dale, pendeja. Estaba jodiendo, no tenés ni sentido del humor, ¿vos te das cuenta?

Ornella leyó las palabras que estaban escritas en la pared: “Carolina Juárez 25/07/2004”, “Luciana Maldonado 16/10/2006”, “Mariana Álvarez 04/01/2010”. Un escalofrío recorrió su espalda, ¿También iban a pintar su nombre en la pared?

—Yo sé qué tenés que hacer para recuperarla.

—¿Posta? ¿Qué cosa? —preguntó el hombre delfín, que otra vez había encendido un cigarrillo.

—Tenés que decirle todo lo que la extrañás por la tele.

Ornella miró al hombre delfín intrigada por su respuesta.

—¿Vos decís?

—De una. Si Joaquín hiciera eso por mí, yo me muero.

—¿Y cómo hago para que vengan los medios? Tengo que matar a alguien...

Ornella tragó saliva y largó una risita nerviosa:

—¡No! Imaginate qué va pensar ella si matás a alguien. No vuelve más. Tenés que hacer algo bueno: no sé, devolver alguna orca a su hábitat, un delfín; ayudar a alguien que esté en problemas...

Una luz pareció encenderse en la oscuridad del galpón. Una luz que provenía de una lamparita amarillenta que se elevaba majestuosa sobre la cabeza del hombre delfín.

—Ya sé, ya sé que voy a hacer.

El hombre delfín ató las manos de Ornella con una soga, le tapó los ojos con un pañuelo negro y la hizo caminar hasta el final del galpón. Ornella escuchó un ruido a chapa, como si alguien estuviera intentando abrir un portón.

## V

El aire frío en la cara fue como una cachetada; el galpón era grande pero el ambiente estaba caldeado. Hacía horas que olía a encierro mezclado con olor a chivo del hombre delfín. La mano que la llevaba apretó más y de repente la empujó para abajo. Agachada, intentó zafarse del hombre delfín. Lo reconocía por su respiración agitada. Una mano en la espalda la tiró al piso. Ornella sabía que estaba tirada atrás de una planta, escuchaba a la gente caminando y hablando pero no se animaba a gritar: no veía y el hombre delfín tenía una fuerza extraordinaria.

Las manos la agarraron de los hombros y la llevaron corriendo hasta un lugar donde la luz ya no aparecía bajo la tela negra.

Las manos le sacaron el pañuelo. Entre un mechón de pelo y un fondo de piedra borroso apareció la cara del hombre delfín: los ojos plásticos, la goma manchada y la aleta doblada.

—Me ayudaste a crear un plan maestro, nenita.

—¿Vas a hacer que vengan los medios? —apoyó la cabeza para atrás y se alejó lo más posible del aliento rancio que salía del agujero de la cara del delfín—. ¿Vas a hacer de héroe?

—Sí, como vos me dijiste: voy a hacer que todo el mundo me mire y sepa que soy un tipo honrado —intentó levantar la aleta—. ¡Un hombre enamorado!

Ornella sintió que se le estrujaba la panza; en las últimas horas sólo había pensado en su nombre escrito en la pared, en su casa y su cama y su habitación, en Joaquín, en su bombacha con sangre. De repente, el mismo estúpido que la tenía secuestrada podía convertirse en el estúpido que la liberara. Miró los ojos de plástico —uno más arriba que el otro— y sintió un poco de lástima.

—Entonces, me vas a liberar.

—Ehh, sí...sí, supongo que después vos hacés lo que quieras —el hombre delfín se asomó a la entrada de la cueva y volvió— pero de esto no decís ni chito, pendeja... ¿se te ocurrió irte solita, okey?

El intento de autoridad en la voz temblorosa del delfín asqueó a Ornella, que dejó de sentir el dolor en la panza cuando escuchó “supongo que después”.

—¿Después de qué? —dio un paso para adelante—. Yo no tengo que hacer nada: me llevás a upa a donde está el show de ballenas y yo lloro. Vos me rescataste cuando me quedé encerrada en un galpón. Del libro rojo no digo nada...

—Ni en pedo nenita, lo que vamos a hacer es más importante, sin ánimos de ofender —la empujó contra la pared y dejó la mano apoyada en el hombro izquierdo—. Lo que vamos a hacer lo dijiste vos hoy, bien clarito.

La chica pensó: la noviecita había desaparecido y el hombre delfín tenía el corazón roto, él iba a hacer algo heroico como liberar una orca y los medios iban a venir. La orca. Era eso; en el poco tiempo que había pasado con el hombre delfín Ornella había podido reconocer las lógicas de razonamiento de su secuestrador: era un idiota.

—La orca pendeja, vamos a liberar la orca y ahí hasta capaz que en vez de a María Luz puedo tener a cualquier mina que a mí me pinte —puso las manos en la cadera y se irguió—. A las minitas les calienta el tipo activista.

—¿Y vos qué sabes qué nos calienta? Lo que yo te decía era un ejemplo, como decir “terminar con el hambre del mundo”...

—Pero vos sos una nenita, todavía no entendés cómo son las cosas. Acá domingo por medio viene un pendejo con un aerosol y nos grafitea la entrada, ¿sabes quién lo acompaña? Una minita a la que le chorrea la baba cada vez que lo ve con la boca cubierta y el aerosol en mano.

Ornella intentó convencer al hombre delfín de que había una manera mucho más fácil de hacerse el héroe pero ya estaba decidido: iban a liberar a la orca. La chica pensó que, además de que era bastante difícil que pudieran liberarla, el animal era de cautiverio. Iba a morir. Iba a morir y el hombre delfín iba a seguir siendo el mismo tarado que respondía feliz al apodo de Pepo. Pero no le quedó otra que sonreír.

El hombre delfín volvió a taparle los ojos y la llevó corriendo a otro galpón; éste olía a pescado podrido y estaba resbaloso.

Ornella se sacó el pañuelo y vio el lugar: había baldes por todos lados —algunos con agua, otros con pescado— y una puerta transparente en el suelo.

—El show de *Marta la orca* es en media hora, así que vas a hacer las cosas bien porque si no te mato pendeja.

—Ya te dije que sí, es por una buena acción, pero explicame cómo vamos a hacer... vos sos el experto.

Entonces el hombre delfín explicó: Ornella iba a salir con la ropa de la mujer delfín para tirarle pescado a Marta y pasar desapercibida mientras él abría la compuerta. Unos minutos antes, iban a llamar al noticiero de la tarde de San Clemente del Tuyú avisando que iban a ser libertadores de un indefenso animal. Si Ornella intentaba hacer alguna estupidez, el hombre delfín la iba a empujar a la pileta. Los dientes de Marta eran filosos. Antes de repetir el plan, Ornella sintió otro chorro de sangre caer en su bombacha.

## VI

Ornella intentó rascarse la espalda, pero el traje de mujer delfín era demasiado incómodo. A su lado había una pared de piedra a modo de escenografía; se frotó contra ella para poder aliviar la picazón, pero con el disfraz era imposible. Observó hacia el estanque: el agua estaba un poco turbia pero suponía que la orca debía estar por ahí dando vueltas. Se acomodó el traje de nuevo: le quedaba tan grande que el hocico del delfín se le caía sobre los ojos y tenía que correrlo con la mano a cada rato.

Del otro lado del estanque apareció el hombre delfín, ahora con el disfraz completo.

—¿En serio tengo que usar esta boludez? Parezco un feto más que un delfín. Encima me queda re grande.

—Acostumbrate, yo lo uso todos los días y no me quejo.

—Y parecés un tarado.

—No te hagas la viva, nenita. Vamos a proceder con el plan.

—¿"Proceder"? ¿Te comiste el personaje de película ya?

—Dale pendeja. Andá para el estanque principal y fijate que no venga nadie.

Ornella miró al agua una vez más y gritó.

—¡Ahí la ví! Creo que me miraba.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Vino alguien?

—No, a Marta.

El hombre delfín la observó con un gesto entre idiota y miedoso.

—¡La orca, boludo!

—¡Ah! ¡Qué pendeja! ¡Me asustaste! ¿Cómo te va a mirar? Es un pescado, no tiene la más puta idea de quién sos.

Ornella estuvo a punto de corregirlo, pero pensó que ya no tenía sentido. Comenzó a caminar hacia el otro estanque, en el que se veían las tribunas vacías. El hombre delfín dio la vuelta a la pileta y abrió una chapa del piso, luego se escuchó un sonido y una placa de metal salió del agua hacia arriba. La sombra oscura de la orca pasó por la compuerta y se perdió en el estanque principal.

Ornella miraba hacia las tribunas esperando que alguien fuese y frenase la estupidez de aquel tipo.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No sé, debe haber otra compuerta en algún lado.

—Ah, sos un calculador vos.

—No me rompas las pelotas pendeja, vos vigilá que no venga nadie. Agarrá ese balde y hacete la que le das de comer mientras pienso.

Ornella agarró el balde y empezó a caminar al lado del estanque. De repente notó que la ballena la seguía por debajo del agua.

—¡Me sigue!

—Y sí, piensa que le vas a dar de comer, la boluda.

—¡Ay, pobre! ¿No hay nada para darle de comer? Debe tener hambre.

—No, no jodas. Hacé lo que te dije...

La chica se quedó mirando al hombre delfín que caminaba de acá para allá rodeando el estanque. Observó de nuevo hacia las gradas en busca de alguien, pero la función había terminado hacía rato y solo quedaban restos de basura y panfletos tirados por todos lados. Miró de nuevo hacia el estanque y vio cómo la inmensa mancha negra se dirigía a ella a toda velocidad. Sus pies se enredaron en la cola del traje y cayó para atrás cuando la inmensa cabeza de la orca salió del agua y quedó a unos centímetros suyos.

El hombre delfín soltó una carcajada, y siguió buscando la otra compuerta. Ornella se paró y miró al inmenso animal.

—Boludo casi me mata, ¿qué le pasa?

—No seas tarada, cree que tenés comida nomás.

—¿Qué hago?

—Tocale la cabeza si querés.

—¡¿Estás loco?! A ver si me saca un brazo, no ni en pedo.

—¡Lo encontré!

La ballena volvió a hundir la cabeza; Ornella dio unos pasos hacia donde estaba el hombre delfín pero resbaló con el agua salpicada y cayó en la pileta. Comenzó a patallar pero el traje mojado era tan pesado que la hundía. Abrió los ojos y vio a la orca dar vueltas desde el otro lado; pudo sacar la cabeza y respirar. Vio que el hombre delfín estaba agachado sobre una compuerta, pero el miedo le impidió gritar. Comenzó a nadar

hacia el borde con todas sus fuerzas, mientras veía la aleta dar vueltas del otro lado del estanque.

—¡Boludo, ayudame! ¡Me caí!

—¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Dejame pensar!

—¡Dale, imbécil! ¡Por favor! ¡Ayudame!

—¡Sí! ¡Ya sé cómo hacer!

De pronto Ornella sintió un empujón que la acercó al borde. Rápidamente rodó hasta estar fuera del agua y vio a la orca que sacaba la cabeza nuevamente. El hombre delfín caminaba hacia ella sonriente, mientras se refregaba las manos.

—¡Ya está! Pude abrir la compuerta.

—¿Vos sos pelotudo? ¡No ves que me caí! Me podría haber matado, si no fuera porque Marta me salvó.

El hombre delfín la miró y luego miró hacia el estanque; ella hizo lo mismo. La orca comenzaba a dar vueltas cada vez más rápido, como si estuviese nerviosa. Sin embargo, no se acercaba a la nueva compuerta, sino que intentaba volver al viejo estanque.

—¡Qué pelotuda! ¡No sabe a dónde ir!

—¿Pero vos sabés a dónde va esa compuerta?

—Sí, sí sé. A un canal que desemboca en el mar.

—¿Pero el canal es de agua salada?

—Qué sé yo, sí, no sé. ¡Pero qué tarada! Voy a tener que obligarla.

El hombre delfín comenzó a arremangarse las aletas cuando Ornella escuchó un grito detrás de ella. Se dio vuelta y vio a Franco acercarse corriendo, luego al hombre delfín tirándose al agua.

—¿Qué carajo hacen? —gritó Franco.

Ambos vieron a la orca saltar en medio del estanque con el hombre delfín agarrado de su aleta.

## VII

—¡Dale, pendeja, subite que ya nos vamos! —gritaba el hombre delfín desde el lomo de la orca. La ballena recorría la pileta a toda velocidad haciendo olas que empapaban a Ornella y Franco, que se miraban fijamente desde los cinco metros que los separaban.

—¿Qué carajo hacés vestida de delfín? ¿Qué carajo hace este pelotudo jugando con Marta?

Franco empezó a caminar en dirección a ella. Ornella miró a un costado: lo único que vio fue un balde lleno de pescado casi podrido.

—¡Quieto! ¡Quieto ahí! Un paso más y te convierto en tarta de atún —Ornella sostenía el balde con mucho esfuerzo, recordando la postura de defensa que había aprendido en taekwondo.

—¡Qué pendeja pelotuda! —dijo Franco.

Ornella supo que él estaba decidido a alcanzarla, con el pescado o sin él. Entonces juntó aire, aguantó la respiración y sacudió todo el pescado podrido sobre su captor. Como en cámara lenta vio su cara deformada por la sorpresa, después por el miedo, después por el asco. Ornella no respiraba, pero el tufo era casi visible.

Justo en ese momento, la ballena pasaba cerca de ellos con el hombre delfín encima, un poco caído por el movimiento y el cuerpo grasoso de Marta.

—¡Qué pescado de mieeerrrrda, no sabe ni para dónde tiene que ir, la puta madre! ¡Subite pendeja, subite ahora!

Ornella no tenía ya más tiempo para pensarlo: estaba a punto de irse el sol y en Mundo Marino no quedaba un solo murmullo. Sólo estaba Franco, que venía corriendo en cámara lenta con un pedazo de pejerrey pegado a la frente y con signos visibles de estar haciendo arcadas. Arcadas en cámara lenta. Ornella se rió.

—¡Traé pescado, nena! —gritaba desesperado el hombre delfín desde arriba de la orca.

—¿Pescado? ¿Para qué querés pescado ahora? —Ornella ya estaba corriendo al lado de ellos, en dirección a la compuerta.

Franco se había resbalado en su propio vómito y seguía puteando a los gritos unos cuantos metros más atrás.

—Para que coma y deje de largar agua por este hoyo que no puedo ni respirar —el hombre delfín hacía una cueva con las manos sobre su cara, para que los gritos no fueran tapados con el agua—. Pero dejá, dale, ¡subite ya!

Ornella saltó como esquivando un charco. Pero no le salió: la zapatilla dio de costado con el lomo engrasado y resbaló. Ahora iba tragando agua a unos cuantos kilómetros por hora porque el hombre delfín no le soltaba la aleta del traje.

—Dale nenita, que te quedás.

Entonces Ornella hizo un golpe de taekwondo en el agua y antes de que el hombre delfín se diera cuenta ya estaba atrás suyo, agarrada de su espalda, con la capucha del disfraz salida y los pelos llenos de sal secándose con el viento. La imagen era digna de una película de Tarantino, pensaba Ornella, y le hubiera gustado que en verdad alguien pudiera verla liberando una orca en Mundo Marino, escapando con un pelotudo vestido de hombre delfín y ella de mujer delfín. No, sin el disfraz de mujer delfín hubiera sido mejor. Pensó cómo se vería el escape desde afuera: dos delfines escapan de Mundo Marino arriba de la legendaria orca Marta. Le dio risa.

—¡Esa es la compuerta! —gritó el hombre delfín eufórico, aferrándose con los dos brazos a la aleta.

—¡Agarrate y juntá aire...— no pudo terminar la frase, porque la orca se sumergió completamente para atravesar la compuerta que llevaba al túnel que llevaba al mar. La ballena nadaba tan rápido, que Ornella sólo pudo cerrar los ojos y aferrarse lo más fuerte posible al hombre delfín con el brazo derecho: su mano izquierda estaba ocupada en tapar su nariz. El viaje submarino duró menos de un minuto pero para Ornella, casi ahogada, duró una eternidad.

—¡Ya estamos! Pensé que no nos salía, boludo —Ornella se agarró de él para levantarse.

Y ahí, tomada de su cintura, con el traje empapado pegado al cuerpo y con esa lluvia roñosa que les venía de abajo, parecía Titanic, pensó ella. Titanic o alguna peor.

—Ahora sí vas recuperar a tu chica, cuando ella vea que  
—Ornella se calló antes de completar la oración. Sintió que él se ponía tenso, como si de repente tuviera miedo. Cuando ya lo único que tenían delante era las líneas difusas del mar abierto, Ornella habló:

—¿Vos llamaste a *Crónica* antes de salir, no?  
El hombre delfin no respondió.

### **Epílogo I - Carolina Martín**

Difícil mantenerse erguido acá arriba, es como estar sentado en una capa de grasa para derretir. Lo nuestro fue así, María Luz: una capa de grasa donde freír tortafritas. Pero antes de que la grasa entre a la olla y empiece a saltar a medida que va cayendo la masa, parece otra cosa: algo escurridizo, a lo cual es imposible aferrar nada, ni siquiera un gran amor. Hasta llegar al mar voy a tener tiempo suficiente para contar los dientes de Marta (creo que son 163, pero tal vez me equivoco y son 185); mientras los cuente, quizás de a pares, pensaré en tu sonrisa de dientes blancos e inmensos. Ojalá me esperes al otro lado de la orilla, María Luz, estaré saludándote con mi aleta descosida.

### **Epílogo II - Melissa Rep**

Soy, de nuevo, lo que fui. ¿Lo soy? Antes era O., ahora soy otra. Me pusieron otro nombre, me rodearon de pescado podrido, de animales drogados. Me siento una mancha pequeña, grisácea. Estoy disfrazada, esto que llevo encima no es mi piel. La perdí en el encierro. Perdí la inocencia. ¿O fue el instinto? ¿Qué hago ahora, rodeada de esta agua? Pero ahora voy a ser libre. Me tuvieron encerrada, me hicieron sentir ridícula, tonta. Ya no. Vuelvo a casa.

### **Epílogo III - Agustina Gallardo**

Los dos creyeron divisar allá lejos algo esperanzador, un lugar que los esperaba. Pero se dieron cuenta de que no, sólo era un efecto de cómo la luz caía en el agua, en la sal del mar, de cómo se reflejaba y refractaba. No supieron medir cuántos kilómetros habían recorrido. En realidad no habrían podido decir cuánto equivalía un kilómetro en la enormidad que los rodeaba. Perdieron la noción de todo. ¿Cómo podrían saber cuándo había pasado un minuto, tres o diez? ¿Cinco olas que pasaban eran

un minuto? Así el tiempo no transcurría cuando el mar se calmaba. Ella preguntó hasta cuándo deberían seguir así. Su tono no delataba angustia ni desesperación, solamente serenidad. Él contestó que no sabía, que quizás deberían esperar un poco más. Agregó que la palabra océano era mucho más adecuada que mar. Ella le propuso que podrían jugar a encontrar dibujos en las formas que la estela provocaba en la parte más azul. Como ésa, dijo y señaló a su derecha. Después los dos se perdieron detrás de una ola. Allá lejos.

#### **Epílogo IV - Silvana Casali**

El mar está tan sereno como el hombre que en la terraza decide saltar. Ya con los pies en el aire sospecha que no hay vuelta y ve todo con claridad, un poco porque no hay lugar para arrepentirse de un mundo que lo saluda y otro poco porque sabe que esos segundos son increíblemente reales, tanto como el olor nauseabundo de Marta que apenas entiende su paso hacia las aguas infinitas, cargando el imperceptible peso de una nena que le mancha de rojo el lomo y de un tipo con las luces necesarias como para vestirse como un animal inteligente y pariente lejano de Marta.



*Horacio González*

*Perfil creado por Pilar Banfi*

*(Gracias por dejarnos este perfil  
a pesar de no poder asistir más al Dispensario, Pilar)*

# Horacio González

Intervención escrita por Melissa Rep

—¿Internet? —dijo el chico.

—Sí, internet —le contestó él. Siempre había alguien, en algún momento del día, que no entendía que ese trámite se hacía por internet.

—Pero internet se me traba —dijo el chico.

Horacio lo miró y suspiró.

—Entonces tendrá algún problema con la conexión...

—No, no es eso. Se me traba *esta* página, no otra...

Era un pibe de ¿cuántos? Veintidós, a lo sumo, pensó Horacio. Como Fabiana. Si tenía la edad de Fabiana y era tan ducho en internet como ella, tendría que poder resolverlo solo:

—Mire, allá al fondo hay unas computadoras con acceso a internet...

El chico lo miró con una especie de odio.

—...y no, no puedo sacarle la clave fiscal desde mi computadora: vaya a una de aquellas.

El chico se levantó de la silla y se fue rezongando. En realidad no era el único que venía a quejarse por el "problema de la página". En la oficina ponían todos cara de póker y culpaban a las conexiones de internet, pero en la cocina, mientras preparaban o tomaban café, se referían al tema como "el problema del código binario": "Uf, de nuevo se me quejan por el código binario"; "El código binario podría arreglarse solito, ¿no?" o "¿Alguna novedad del asunto del código binario?". Horacio no se quedaba afuera de la polémica ni del chiste generalizado, pero no solía participar demasiado. Tampoco tomaba tanto café.

—¿Quién sigue?

Un hombre de cincuenta años que también venía a quejarse. Empleador. Cuatro empleados en blanco y problemas para entender las nuevas regulaciones. Horacio, con una paciencia más automática que empática, le explicó al detalle los nuevos procedimientos. El hombre se fue con la apariencia de estar más confundido que antes. Quedaban sólo tres personas más a la espera de su turno. Miró para los costados y vio que cuatro de sus colegas estaban activos en

sus cubículos. Se levantó y pasó al baño. Cuando volvió, uno de los contadores y una secretaria miraban por la ventana hacia afuera.

—Entonces supongo que te trajiste un flota-flota —le decía el contador a la chica. La chica se rió.

—Boludo, se largó con todo. Yo qué sabía. Obvio que no traje paraguas.

Horacio giró para ver: afuera llovía con saña. Era una tormenta. Se preguntó cómo no se había dado cuenta antes. Su cubículo daba a una pared interior: veía las sillas de la sala de espera, un reloj y un dispenser de agua fría y caliente. Atrás, a su espalda, había un ventanal enorme. Mucha luz. El chico que no había podido sacar su clave fiscal y se quejaba del color negro de la página oficial lo había distraído del resto de las cosas. Le había consumido una parte importante de la energía que tenía disponible para sus nueve horas laborales. Y en ese desgaste nunca se percató de lo empañados que estaban los vidrios.

Se acercó a la ventana. El contador y la secretaria seguían mirando para afuera y lamentándose de no haber traído paraguas. Tampoco un paraguas haría la diferencia, pensó él: llovía con fuerza y se había levantado un viento corto que pegaba latigazos de agua contra la ventana. El ruido. ¿Por qué no se había percatado del ruido del agua contra la ventana? Miró hacia abajo: las luces brillantes de los autos se veían difuminadas. Sabía que era casi la una del mediodía: no había sol.

No sabía por qué, pero la situación lo preocupaba.

No era su jardín, que no tenía plantas frágiles ni árboles gigantes, ni la cuadra de su casa, que no podía inundarse, lo que le preocupaba. Pero algo le molestaba y lo angustiaba. La lluvia era violenta.

—Bueno, está bien. Yo te acerco con el auto —le dijo el contador a la secretaria.

La secretaria hizo una mueca cómplice. Horacio, acostumbrado a las idas y vueltas amorosas de cada una de sus hijas, se rió por dentro.

La secretaria y el contador se fueron y él se quedó ahí, parado, mirando por la ventana. Volvió a su cubículo y siguió atendiendo. Uno de sus colegas llegó empapado de afuera.

—No se puede creer —dijo al llegar hasta la zona de los cubículos—, ¡y para colmo se me rompió el paraguas!

Se sacó la corbata y la escurrió sobre el tacho de basura. Un hilo de agua cayó sobre los papeles triturados y las hojas mal impresas.

En la pausa del almuerzo comió parado, mirando hacia afuera. Uno de sus compañeros de cubículo se le unió:

—Terrible como llueve, ¿no?

—Nunca vi algo así —dijo él con sinceridad.

El compañero, Raúl, se echó a reír:

—Tampoco para tanto, ¿no? Es una lluvia brava, pero no creo que se inunde nada...

Horacio se encogió de hombros. Raúl tenía razón: no llovía a baldazos. Los baldazos los propinaba el viento contra las ventanas. Tendría que haberle dicho a Raúl que el problema era el viento, pero Raúl ya se había ido y, de cualquier manera, no se lo habría dicho. No, no lo habría hecho.

A las cuatro de la tarde la lluvia había cesado pero seguía ventoso. Horacio se quería ir. Prefería disfrutar de un día feo tirado en su casa, mirando televisión. Además eran la cuatro de la tarde: a las cuatro de la tarde falta siempre una hora para irse y el estómago de Horacio ya quiere su mate de regreso y su mano derecha el control remoto.

A las cinco la lluvia había vuelto. Eran gotas gordas y lastimosas que perforaban su traje con maldad. En realidad no se mojaba tanto, pero le dolía. Había salido de la oficina con cierto apuro: quería llegar a su televisor.

Horacio venía caminando por Cabildo y antes de cruzar Teodoro García escuchó un ruido punzante sobre sus hombros. Estaba a dos cuadras de la estación de subte. El ruido se intensificó: parecía el de

una tela tensa que se rasgaba. Horacio se detuvo: semáforo en rojo. El viento seguía siendo intenso y la lluvia le picoteaba la cabeza. El ruido volvió y se convirtió en una especie de rugido. Horacio se dio vuelta: era la rama moribunda de un plátano.

Un tendón muy fino articulaba la rama al tronco.

Hubo un chasquido: el tendón terminó de cortarse.

La rama se le venía encima.

Horacio pensó en correrse. En correr. En salir corriendo, en cruzar Teodoro García a los gritos y flexionando las piernas como una gacela y no parar hasta llegar a la boca del subte o más allá.

Horacio pensó en correrse pero no se movió.

Me voy a morir, se dijo.

Me voy a morir aplastado por la rama de un árbol, en la calle, como un estúpido. Los pies los tenía pegados con firmeza al suelo. Las manos le caían a cada lado del cuerpo y la lluvia se le metía en el cuello de la camisa. Un taxista bajó el vidrio del auto y le gritó:

—¡Cuidado el árbol!

Horacio seguía en la misma posición y la rama estaba cada vez más cerca.

Se abalanzaba sobre él.

Sin respirar, Horacio la esperó. En su cabeza él no estaba ahí, seguía corriendo: ya había llegado a la Estación Carranza y corría y volaba por encima de los autos, de las sendas peatonales, de los semáforos.

La rama estaba a unos centímetros de su cuerpo. Todavía conteniendo la respiración, levantó los brazos en un último reflejo: se los llevó a la cabeza y se protegió del impacto. Los codos apuntaban hacia afuera y su cuerpo quedó doblado hacia adelante.

La rama cayó.

Horacio sintió algo. Creyó que ese sería el golpe.

El golpe final.

Abrió los ojos: en su mente ya había dejado de correr. Respiró.

Ya está, pensó: ya me morí. No fue tan doloroso. Miró hacia adelante y vio el suelo, pero él seguía parado. Giró la cabeza y entendió: la rama había caído a unos centímetros de su cuerpo. Apenas. Horacio había quedado en el medio del ramaje: tenía la cara cubierta de hojas y gotas frías de lluvia vieja le recorrían la columna. Lentamente desarmó sus brazos y levantó la cabeza. El taxista lo miraba con una mano tensa puesta en la puerta abierta de su auto, que tenía las balizas prendidas. Un chico con un piloto estaba petrificado en la esquina de enfrente.

Él sólo escuchaba el viento.

Se dio vuelta y vio al árbol mutilado: la rama colgaba aún de él, desgarrada y podrida. Horacio posó su mano en ella: estaba fría. Helada. Volvió a mirar a la calle.

—¡Señor! —le gritó el taxista—, ¡Señor! ¿Está bien? ¿Quiere que llame al SAME? ¡Señor!

Horacio estaba anestesiado. Sus pies seguían pegados a las baldosas.

El chico del piloto cruzó la calle y se puso a hablar con el taxista, que parecía nervioso. Él movió de nuevo las manos y acarició las hojas y los frutos del plátano. Se le murió una parte, pensó: pobre árbol. Volvió a mirar hacia arriba mientras tocaba las hojas: el viento sacudía la copa del árbol de un lado al otro. Las hojas eran suaves.

El pobre árbol.

Su pobre rama.

—¡Señor, salga de ahí! ¡Ey! —el taxista había llegado hasta él. Horacio lo detuvo:

—¡Shhh! —lo cayó— ¡No lo toque!

—Bueno, no lo toco, pero usted salga de ahí, que se va a caer otra rama y no va a tener tanta suerte.

Una pequeña multitud se había reunido alrededor de Horacio y su árbol. Él no se movía. Seguía acariciando al plátano. La lluvia empezó de nuevo y en pocos segundos Horacio quedó empapado. El

taxista ya se había ido pero algunos comerciantes y vecinos habían ocupado su lugar:

—¡Señor, corrase!

—¡Dejese de joder y corrase!

—Viejo boludo, ¡¡correte que se te va a caer el árbol encima!!

Pero Horacio no los escuchaba. Eran sólo un silbido en sus oídos. Distinguía cada una de sus palabras —hasta sus insultos— pero no podía aprehender su significado. No le importaba. Sólo le importaba el árbol. Empezaba a entender su cobardía en la oficina, frente al ventanal: algo dentro suyo parecía saber que afuera todo era peligroso. Era lo que sabía por la televisión: todos los demás son peligrosos. Pero nunca mencionaban la peligrosidad de los árboles. Y aún así, tieso en su lugar, que hasta hacía unos minutos había sido, a su juicio, su lecho erguido de muerte, sentía una terrible pena por el árbol. El viento había venido a arrancarle una rama y lo había desguazado delante de todos. La brisa agitaba las ramas y las ramas rozaban todo el cuerpo de Horacio: vida que no quería irse. Mañana vendrían los hombres de la Municipalidad a amputarle al árbol su rama. Limpios y sanos, ellos, los del ministerio de la higienización urbana: ¿Había el árbol osado estirarse, había el árbol perdido una rama en una reyerta? Amputación. Poda.

Pobre árbol.

Horacio no sentía frío. No sentía nada más que tristeza y desazón. Continuaban diciéndole que se moviese de ahí pero él seguía quieto en su lugar. Si alguno se acercaba demasiado al árbol, él les gritaba enfurecido que no lo tocasen.

La lluvia se hizo más intensa y el viento se calmó. Horacio no miraba la hora, pero sabía que ya eran por lo menos las siete de la tarde. La luz era escasa. De lejos vio venir la sirena de una ambulancia y, pegada a ella, la combi de un canal de televisión.

## Horacio González

*Intervención escrita por Carolina Martín*

—¡Qué árbol tan estúpido!

Horacio sonríe, mientras acaricia la rama áspera, tan parecida a un brazo, que cae inerte hacia un costado.

—¡Hermoso, manco y estúpido árbol!

La sirena de la ambulancia se escucha cada vez más fuerte. ¿A qué vienen ahora? ¿No se dan cuenta que ya es tarde? Qué desgracia perder un brazo delante de tanta gente; qué desgracia perder un brazo. Sobre todo por algo tan insignificante como una lluvia, una llovizna con un poco de viento.

Baja la vista hacia sus pies: tiene los zapatos negros mojados y siente las medias húmedas. Qué bien le vendría una bolsa de agua caliente bajo las frazadas y un mate amargo. Mira hacia el tronco del plátano y se da cuenta que se empieza a resquebrajar. ¿Se va a caer? Tendría que haber escapado de ahí mucho antes, quizás cuando oyó el primer crujido. Pero tenía los pies adheridos a la tierra, como si hubiera echado raíces.

La corteza se quiebra horizontalmente y se eleva como si fuera un párpado. El árbol abre un ojo: un ojo grande como una cabeza, con la pupila negra y las pestañas humedecidas por la lluvia. Horacio intenta levantar los pies, pero los siente tan pesados como si fueran de plomo.

Un segundo párpado de madera se abre y deja al descubierto un ojo más pequeño, con una ceja fina y puntiaguda. Entonces son dos los ojos que lo miran: uno debajo del otro.

—¿Y ahora qué? —se pregunta Horacio, que cree haberlo visto todo.

Pero el tronco del árbol vuelve a romperse, dándole paso a un tercer ojo; un ojo más chico que los otros dos y menos expresivo. Horacio ve tres ojos enormes con párpados de madera. Los ojos parecen tener total autonomía entre sí, se mueven con suma independencia. Mientras un ojo se desplaza hacia la izquierda, el otro mira hacia arriba y el último se queda fijo frente a Horacio.

—¡Un árbol con ojos, qué estupidez tan grande!

¿Qué le dirá Silvia cuando le cuente? Lo más probable es que lo bese en la frente, lo tome del brazo, lo haga subir en el asiento de acompañante del auto y, derecho por la avenida Jujuy, lo lleve hasta el José Tiburcio Borda.

—Pero Silvita, yo no estoy loco. Si vos hubieras estado ahí, también lo hubieras visto.

—¿Cómo dice, señor? ¿Está bien? ¿Necesita que llame a alguien?

¡Por supuesto que no está loco! ¿Acaso es la primera persona en el mundo que ve un árbol con ojos? Quizás el cansancio y la cercanía que tuvo con la muerte le hayan provocado una extraña alucinación. O quizás...

Horacio se da vuelta y mira al muchacho alto, vestido con un piloto amarillo.

—¿Vos también lo ves? —intenta medir el tono de su voz, que es apenas más elevado que un susurro.

—¿Si veo qué cosa?

—El árbol...

—Claro, señor, ¡cómo no voy a ver el árbol! Si es enorme y está justo frente a mis ojos.

Horacio vuelve a girar el cuerpo, los párpados de madera están cerrados. Los tres están cerrados. Le produce una extraña satisfacción saber que el árbol ya no lo mira, que no está todo el tiempo observándolo. Quizás eso es todo, quizás ese árbol no vuelva a abrir los ojos nunca más.

—¡Hermoso, manco, ciego y estúpido!

Seguro su hija menor lo entendería. Sí, Cecilia se pondría feliz al saber que su papá vio un árbol con ojos; como en esa película de la tele, donde había un árbol con cara. La única diferencia era que el árbol de su padre sólo tenía ojos: en el lugar de la nariz, un ojo; en el lugar de la boca, otro ojo.

La corteza del árbol vuelve a abrirse y aparece el ojo del medio, el de la ceja puntiaguda.

—Hermoso, manco, tuerto y estúpido.

—¡Más estúpido será usted! —grita un hombre gordo, que corre con un maletín apoyado sobre la cabeza, intentando resguardarse de la lluvia.

De cualquier manera, un solo ojo alcanza para intimidarlo. ¡Si fuera menos expresivo! ¡Si fuera uno de esos ojos chiquitos y hundidos que no dicen nada!

Una luz se enciende detrás de su espalda, el párpado de madera se cierra de inmediato. Una mujer pelirroja vestida con un piloto negro apoya la mano sobre su hombro. Detrás de ella hay un petiso que sostiene una cámara con una mano y un paraguas con la otra.

—¡Agarrá el micrófono, Colo! Cuando cuente hasta diez, empezamos a grabar.

Horacio intenta tapar la luz del reflector con la mano, quizás de esa manera el árbol vuelva a abrir los ojos, para que todo el mundo lo vea, y así pueda mostrarle a Silvia que no está loco.

—Uno, dos, tres.

Porque él no va a salir en la radio *La Colifata*, él no va a estar metido ahí, en medio de toda esa gente tan diferente.

—Cuatro, cinco, seis.

Esa gente drogada y sin dientes, que hace cualquier cosa por un par de cigarrillos. A él no lo van a atar a la cama por haber visto a ese árbol estúpido de ojos que lo miraban, lo miraban, lo miraban.

Y lo siguen mirando, aunque tengan los párpados bien apretados.

Horacio sabe que debajo de esos párpados, los ojos —los tres ojos— están mirándolo fijo, riéndose en su cara. Lo sabe y lo siente.

—Siete, ocho, nueve.

Quiere ponerse de rodillas y rogarle a ese infeliz (manco, ciego, tuerto, hermoso y estúpido) que abra los ojos; que por favor abra los ojos. Pero hablarle a un árbol es sinónimo de locura y él no, él no está loco.

—¡Cómo voy a estar loco, Silvia! ¡Míralo! ¿Lo ves? Me está mirando, con todos los ojos, ¡me mira!

La luz roja de la cámara se enciende y Horacio aprieta los párpados con fuerza, mientras mueve de lado a lado la cabeza. Horacio escucha el ruido de una puerta que se abre y no ve, pero sabe que alguien se va a bajar de la ambulancia que está estacionada delante de la combi de Crónica TV; también sabe que ese alguien lo va a tomar del brazo, lo va a hacer subir a una ambulancia y, derechito por la avenida Jujuy, lo va a llevar hasta el José Tiburcio Borda.



Martin

*Perfil creado por Franco Dall'Oste*

*Escribieron:*

Mercedes Galera

Josefina Fonseca

Agustina Gallardo

Silvana Casali

Joaquín Palomeque

Melissa Rep

Carolina Martín

I

Martín sabía que después de eso no había vuelta atrás.

Abrió el congelador, sacó hielo, lo envolvió en un repasador y se lo puso en el labio; cerró la puerta de la cocina para no despertar a su madre, y se apoyó en la mesada. Tenía un labio partido y le dolían las costillas.

Hasta esa noche lo de ser parecido a todo el mundo lo había divertido: era un hecho poético. Se acordó de la primera vez que se animó a actuar: fue en un asalto, a los trece años; terminó besando a la chica linda de la fiesta, aunque ella siempre creyó que estuvo con uno de los Parchís.

Del repasador empezó a chorrear agua. Lo tiró a la piletta, agarró una bolsa, puso hielos nuevos adentro y se volvió a enfriar el labio. Pensó en las personas que había visto esa noche, antes de que Morgue Judicial subiera al escenario: no había nadie que pudiera reconocerlo. A decir verdad, en todo el mundo, solo otra persona además de su madre hubiera podido reconocerlo.

Antes de Morgue había tocado Flema, y en el público estaban los punks, los alternos y la resaca de la obra de teatro de las 10. A Martín no lo conocía nadie pero él recordaba a muchos, había tenido conversaciones del tipo: “¿No sos amigo

de Laura?” o “Pensé que te conocía de algún lado”, pero en todos los casos habló poco y se concentró en lo que pasaba en el escenario.

Tiró el hielo en la pileta, dobló el repasador en cuatro, lo colgó, se sentó, volvió a pararse y a estirar el repasador para que se secase, y nuevamente se sentó.

Después de las bardeadas a la anarquía, a los Morgue Judicial les habían empezado a tirar cosas. En ese momento, alguien lo había agarrado del cuello y había gritado que sí, que era él. Dos chicos se habían acercado, lo habían mirado y habían dicho que sí; Martín los mandó a la mierda. Todo eso terminó en el labio roto y las costillas y los riñones doloridos.

El agua hirvió. Sacó el filtro, el café y la taza. Mientras se llenaba la taza, Martín escuchó un ruido. Fue al living y vio la luz del baño encendida. Volvió a la cocina y sacó otra taza. Mientras ponía más café en el filtro, su madre entró a la cocina y miró la mesa:

—¿Qué hacés despierto?

—¿Qué hacés vos levantada?

—Me despertaste vos, que estás haciendo ruido desde hoy. Preparame café.

Martín siguió con lo del filtro. No tenía ganas de contarle a su madre lo que había pasado.

Martín buscó la azucarera, puso tres cucharadas a una taza y una a la otra. Las levantó, suspiró, y se dio vuelta.

—¿¡Qué te pasó en la cara!? ¿En qué te metiste Martín?

Martín apoyó las tazas en la mesa. Se corrió y no dejó que su madre, ya parada, le tocara la cara. La miró a los ojos y lo dijo:

—Cuando me pegaron me dijeron Martín. Martín, ¿entendés mamá? Y yo no contesté: dejé que me pegaran.

## II

Después de desinfectarle la cara y de darle un analgésico, la madre —por fin— lo dejó solo. Estaba tirado boca arriba en su cama; no había otra posición posible. Giraba la cara hacia la derecha —el lado un poco más sano ¿o menos lastimado tendría que decir?— y se acordaba de los pibes, la expresión con que lo miraban, los puños —ahora— en cámara lenta, un anillo dorado que le raspó el cachete, su nombre dicho con aliento fermentado; giraba la cara hacia la izquierda y pensaba —trataba de imaginar—qué había sido ese ataque. Qué mierda fue ese ataque, carajo. Reprodujo sus últimas semanas, sus movimientos, sus salidas. Sintió que no podía haber en su vida de desconocido —o de erróneamente conocido— nada que mereciera una trompada, porque incluso... Abrió los ojos. Se sentó en la cama. Gritó “sí, es eso, vamos mierda, fue por eso”. Largó un suspiro aliviado, o quizás contento, no importaba cómo era el suspiro porque lo que en verdad importaba era que ya sabía por qué carajo lo habían cagado a trompadas. Y también sabía que, entonces, no podía quedarse sin hacer nada.

Miró el reloj; eran las 8:05 de la mañana. Las ocho cero cinco de la mañana de un domingo por la mañana. Le pareció pelotuda la idea de salir tan temprano y en esas condiciones. Giró la cara una vez más y cerró los ojos para atraer el sueño. Si lograba dormirse al menos dos horas podría salir con el resto del mundo ya activado y quizás, con suerte, con la boca un poco menos hinchada. Contó quince ovejas y se sentó en la cama de un salto; no, mejor después. Se volvió a acostar; ahora o nunca viejo. Se levantó y se puso las zapatillas sin prender la luz. Hizo un bulto con la almohada en la cama —sabiendo que era la pelotudez más grande del mundo— y cerró la puerta sin hacer ruido.

Dio dos vueltas de llave a la puerta de entrada y controló que quedara bien cerrada. Ya estaba, por fin, en la vereda de su casa.

Intentó recordar la dirección de Lucía; sabía que estaba cerca, pero no recordaba cuántas exactamente... ocho, ocho cuadras.

Tuvo la tentación de darse vuelta, de controlar la puerta, de ver si el gas había quedado abierto. Sí, seguro estaría abierto, quizás incluso perdiendo un... Pero no, esos golpes no iban a ser al pedo: Martín estaba seguro de que desde aquella noche, desde aquella experiencia —su primera experiencia real— algo, al menos algo, tenía que cambiar. Levantó la cabeza, irguió el cuerpo todo lo que pudo y caminó. Pero no podía dejar de pensar en las palabras... de qué forma... ¿Llegar y decirle, sin antes explicarle el golpe? ¿Llegar y explicar el golpe, y luego decirle? Decirle qué, si seguro lo sabía. Lo que quizás no sabía era que después de eso algo en él cambiaría.

Llegó a una esquina y miró para arriba: reconoció el balcón, las plantas, la remera de aquella noche colgada en una soga que cruzaba frente al ventanal blanco. Un calor insoportable le empezó a recorrer el cuerpo. Buscó el botón en el portero; no lo tocó. Guardó la mano en el bolsillo y se dio vuelta, volvió al portero y apretó el 3ero A. Tres veces apretó el 3ero A hasta que una voz dijo “ya bajo”.

Mientras tanto vio su reflejo en la puerta de vidrio, se limpió la baba rojiza de una comisura, se ató los cordones y ensayó un discurso que no dijo, porque cuando la vio aparecer por el pasillo en pijama, despeinada y sin los anteojos, cuando le abrió la puerta y puso esa cara, él sólo pudo decir:

—Hola Lucía, te vine a dar las gracias.

### III

Lucía no le contestó, solo se corrió, invitándolo a pasar. Caminaron por el pasillo al ascensor, del ascensor al departamento. Martín la miraba y quería creer que su silencio era solamente porque era domingo temprano y él la había despertado casi sin razón. Ella le dijo que se sentara, fue hasta la cocina y puso la pava en el fuego. Desde ese lugar lo miraba fijo y Martín solo pensaba en lo linda que era; sus ojos verdes eran grandes y redondos, y un mechón de pelo teñido de violeta le ocultaba parte del rostro.

—Tenés sangre en la boca.

—¿Eh? Sí, sí —la voz le tembló un poco.

—Allá está el baño.

—Ah, sí. Me acuerdo.

Antes de llegar al baño se dio vuelta y mirándola a los ojos le dijo:

—Gracias.

Mientras se limpiaba el labio con un pedazo de papel higiénico, pensó en la noche en que la había conocido. Había entrado en la casa de ella como podría haberlo hecho en cualquier otra: se había encontrado con un grupo de personas en la calle, creyeron conocerlo y él dejó que lo creyeran; luego lo invitaron a una fiesta.

Lucía fue la que abrió la puerta. Tenía una pollera corta, medias de nylon negras, rayadas y un chaleco de jean; su pequeño rostro se perdía en la maraña de cabello frizado. Le sacó el vaso a una amiga, tomó un trago y riéndose dijo que entraran, que se apuraran. Cuando Martín fue a pasar ella lo miró con un gesto de curiosidad:

—¿Y vos quién sos? —lo sostenía del brazo, como para no dejarlo escapar; Martín se dio vuelta sonriendo: nunca en la vida había escuchado esa pregunta y no sabía qué decir al respecto. Observó sus ojos verdes inmensos y se dio cuenta que había algo asombroso en ellos. El timbre sonó otra vez.

—La puta con el timbre, las bolas llenas me tienen. Esperame acá.

*Esperame.* La vio irse hacia la puerta y una especie de miedo creció en su estómago; tomó de un trago lo que tenía en el vaso y se fue a la cocina a buscar algo más fuerte. Vio a dos chicos que hablaban y lo miraban, y se preguntó si tampoco lo conocerían.

Se volvió a cruzar a Lucía cuando quiso ir al baño.

Pensó en las personas que había visto esa noche, antes de que Morgue Judicial subiera al escenario: no había nadie que pudiera reconocerlo. A decir verdad, en todo el mundo, solo otra persona además de su madre hubiera podido reconocerlo.

—Eu, ¿quién sos vos? —preguntó sonriendo.

—Martín, ¿vos?

—Lucía, ¿quién te invitó acá?

Su mirada era seria. Martín comenzó a sentir las manos y el cuello transpirados; no sabía qué decir, nunca le había sucedido algo así: era como si le hubiesen quitado su máscara, su disfraz de persona conocida y lo hubiesen dejado desnudo en medio de aquella habitación llena de miradas y música a todo volumen. La miró e intentó decir algo cuando ella comenzó a reírse.

—No te pongas así, es un chiste, no te voy a echar —sonó de nuevo el timbre, ella revoleó los ojos y se fue apurada.

Ya amanecía; Martín estaba en el sillón hablando con dos pibes que creían que él era el bajista de Virus. Lucía estaba sentada a unos metros, con cuatro amigas.

Las vio que se despedían. Se levantó y fue al baño.

Salió y no quedaba nadie. Lucía cerraba la puerta y se prendía un cigarrillo, estaba de espaldas a él. Cuando giró dio un grito, “me asustaste boludo, pensé que no había nadie más”, dijo caminando hacia la puerta. Echó llave y caminó a sentarse al lado de Martín.

Pero ahora era otro día, Lucía se acababa de despertar y su humor recién empezaba a parecerse al de esa noche.

Se acercó hasta la cocina y puso la pava en el fuego. Miró a su alrededor, trató de encontrar alguna lógica en la manera en que estaban guardados las tazas, los cubiertos, los platos sucios acumulados.

Lucía le habló desde lejos:

—Che, ¿por qué me dijiste “gracias”?

Él agarró la pava, volvió a acomodar el repasador y tomó el primer mate.

No sabía que contestarle.

Cuando entendió la razón de los golpes y tuvo el impulso de hacer algo porque todo sería diferente no le había parecido ilógico venir a hablar con ella. Podía contarle la historia larga, o decirle que lo habían cagado a trompadas pero eso estaba bien porque era por algo que él había hecho, no estaba pagando el crimen de nadie más; podía contarle que mientras recibía los golpes, escuchó que le decían “Martín”, su nombre, y por eso no se había defendido.

Cebó el mate y lo puso en la mesa con la bombilla apuntando a Lucía. Podía explicarle o podía no decirle nada. Abrió la boca para decir algo y sonó el portero.

—Otra vez la puerta —dijo Lucía riéndose.

## IV

Martín se asomó al cuarto de la madre de Lucía: no estaba. No escuchó lo que decían por el portero, pero se dio cuenta que tenía que irse.

—No podes irte. Mi viejo está abajo.

Martín se asomó al balcón: había un hombre de unos cincuenta años, pelo prolijamente recortado y bigote espeso y canoso; un auto estaba estacionado en la vereda. Martín vio que había alguien en el asiento del acompañante.

—Hay un tipo con traje de delfín en el auto. ¿Eso es normal?

—No me digas que vino con mi tío... ¡Hijo de puta! Queda-te acá, que no te vea.

Lucía agarró las llaves y salió. Al segundo volvió.

—Por las dudas, encerrate en mi pieza.

Martín se sentó en la cama. El sol le pegaba justo en la frente; se acostó. Se dio vuelta hacia la pared. Escuchó la puerta y una voz masculina que retumbaba en el hall; la voz se hizo más clara y la puerta se cerró.

—...no puede ser que viva así.

—¿Y el tío por qué no subió?

—Se quedó en el auto. ¿A usted le parece tener el pelo así? ¿Acaso la he criado mal a usted?

—¿Qué querés, papá?

—Su madre me debe plata, eso quiero.

—Bueno, ahora ella no está, por favor ándate.

Hubo un silencio que duró cerca de un minuto; luego unos pasos y la puerta se cerró con fuerza. Las voces retumbaron nuevamente en el hall hasta perderse casi por completo. Martín se quedó acostado mirando un poster de Color Humano que colgaba de la pared. Escuchó un motor alejarse calle abajo y la puerta del departamento se cerró; las llaves cayeron en la mesa con un ruido metálico y unos pasos se arrastraron hasta la habitación.

—Mi mamá era fanática. Me gustan —dijo Lucía señalando con los ojos el poster.

—A mí también. ¿Qué pasó?

—Nada, lo de siempre. ¡Hacia banda que no veía a mi viejo!

—Lucía suspiró y se sentó en un puf amarillo. Martín se quedó mirando un pasacassettes gris con dos inmensos parlantes negros a sus costados y varios dibujos hechos en lapicera.

—¿Por qué me agradeciste? —volvió a preguntar ella entonces.

—No sé, supongo que por lo de la otra noche.

Ella sonrió y lo miró con un gesto de curiosidad.

—Sos raro eh, igual vos no volviste a llamarme.

Martín se sonrojó y miró de nuevo por la ventana. Sintió el dolor del labio y estuvo a punto de pedirle hielo a Lucía, pero finalmente se arrepintió. Lucía se quedó con los ojos fijos en él.

—¿Por qué te pegaron?

—Por ser yo mismo.

—Pero por algo más habrá sido.

—No necesariamente...

—Es obvio que sí.

—¿Y?

—Ya fue.

—Dale.

—No tengo ganas de pensar en eso.

—Es genial. Caés en mi casa un domingo a la mañana como si nada, me agradecés y te ponés a cebar mate, no me contás por qué te rajaron la cara, quién. Como si nada. Genial.

—Tu vieja no está, ¿no? ¿Me puedo quedar un rato acá, con vos?

Lucía miró la cara cansada de Martín y le dijo que sí. Se paró y encaró para la cocina.

—¿Me puedo tirar en tu cama?

—No me voy a acostar con vos.

—No dije eso. ¿Puedo?

Lucía dijo que sí con la cabeza y con los ojos fijos en los ojos de Martín, que miraba por la ventana.

Martín se desató los cordones, los aflojó, se sacó las zapatillas y puso la izquierda del lado de la derecha. Se acurrucó contra la pared, de cara al sol. Se empezó a quedar dormido

cuando escuchó los pasos de Lucía a su espalda. La oyó caminar hacia él, sacarse las pantuflas y luego sintió el calor de su cuerpo abrazándolo.

## V

Cuando Martín se despertó, Lucía no estaba en el departamento. Encendió un cigarrillo, acomodó el elástico de sus slips y fue hasta la ventana del balcón. Pensó en que tal vez Lucía se habría ido al mercado. Corrió el vidrio y arrojó el cigarrillo aún encendido por el balcón. Nunca podía terminar el primer pucho del día.

Fue hasta el baño. Se lavó la cara y se enjuagó la boca con un poco de agua. La hinchazón del labio había bajado y tenía una costra negra en la herida. En la heladera encontró una botella de leche y se sirvió un vaso. Se tiró en el sillón del comedor, junto a la ventana, y encendió la tele. El único canal que estaba transmitiendo a esa hora era Canal 11. Estaban pasando la repetición de “No toca botón” de la noche anterior.

Se despertó de nuevo cuando volvió Lucía. Se había quedado dormido con el vaso de leche en la mano y había derramado todo lo que quedaba en el piso. Lucía apareció delante de él con bolsas de compras en las manos.

—¡Qué bonita imagen! —dijo ella.

—Uh, perdón, me quedé dormido.

—Si te vas a quedar a comer, al menos vestite.

—¿Dónde estabas?

—Había ido a hacer unas compras. Roncás un montón.

—¡Jaja! No sabía. ¿Tenés teléfono?

—Sí, ¿eso te hace pensar que soy millonaria?

—No sé casi nada de vos.

—Ayúdame a preparar la comida y te cuento lo que quieras saber. Y vos me decís por qué viniste a darme las gracias un domingo con la cara sangrando.

Martín se paró y apoyó los pies en el charco de leche que había en el piso. Lanzó una puteada y fue hasta la habitación a buscar su ropa. Volvió con la remera puesta del revés.

Lucía estaba cortando una cebolla mientras tarareaba la canción que sonaba en la radio. Martín se quedó unos segundos mirando su figura. Tenía un jean y una blusa enorme,

arremangada. Se había recogido el pelo y podía ver los dos aros de plástico enormes que llevaba puestos.

—¿En qué te ayudo? —preguntó Martín acercándose a ella.

—Fijate en la heladera que hay un Tupper con carne picada, tráelo.

—¿Qué vas a cocinar? Unas empanadas me vendrían bárbaro.

—¡Ja! Y yo tengo todo el tiempo del mundo para vos —dijo ella. Luego habló suavizando la voz— Perdón, es que la visita de mi viejo me dejó pensando. Hacía mucho que no venía a romper las pelotas acá.

La música dejó de sonar en la radio y comenzaron las primeras estrofas del Himno Nacional. Alfonsín hablaba en cadena. Lucía se enjuagó las manos y apagó el aparato. Martín encendió un cigarrillo.

—¿Ya te cansaste de ayudarme? —le preguntó Lucía.

—No, ahí sigo. Estuve pensando en lo del sábado.

—Simple: te cagaron a trompadas.

—Pero a mí me pasa algo distinto: siempre me confunden con otras personas...

Lucía dejó de cortar la cebolla y agarró aún más fuerte el cuchillo. Tenía un extraño —y un loco, tal vez— en su departamento. Había dormido con él. Lo había dejado en su casa y ahora estaba a un metro de ella.

—Andate de mi casa —dijo.

—¡Ey! Bancá que te explico.

—Dale. Explicame que te hacés pasar por otras personas para entrar a departamentos de desconocidos.

—No, no. Es más complicada la cosa.

—Andate ya.

—Dejame que te cuente y después decidís si me echás.

—Empezá a hablar

Martín le contó todo. Después prendió la radio y sacó un cigarrillo. Quería que ese momento incómodo terminara rápido. Por la radio se escuchaba la voz de Alfonsín:

*y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino...*

—Un poquito te tengo que gustar —le dijo.

—No me hagas esto.

*invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia...*

—Cuando termine la cadena nacional te voy a convencer.

—Intentalo.

La locutora anunció que las emisoras retornaban a su programación habitual. Tras un breve silencio empezó a sonar la música nuevamente.

—Cagaste —dijo Lucía volviendo a cortar la cebolla.

—Bancá un segundo.

Sonaba “Nothing’s gonna stop us now” de Jefferson Starship. Martín fue hacia Lucía y puso sus manos en su cintura. Lentamente acercó sus labios y le dio un beso.

Cuando abrió los ojos ella le dijo con una sonrisa:

—Es mi tema favorito.

—Sabía que te iba a gustar.

—¿Cómo podés saber eso?

—Mi vieja es astróloga. Capaz heredé algo —dijo, cuando afuera vio colgando de la soga una remera rayada: su remera.



## VI

Lo que siguió fue un impulso. Un beso, otro. El repasador cayéndose de a poco de la mesa, el olor dulce de la cebolla quemándose, su mano deslizándose por el pelo de ella y los pasos entrelazados hacia atrás, hacia el cuarto, dando traspiés con las zapatillas; el sol bajando por todo el cuerpo de Lucía y después las luces esporádicas del tráfico dominguero iluminando sus facciones, sus movimientos, repartiendo el color del póster por todo el cuarto y el verde de sus ojos por lo que a Martín le parecía todo el universo, que pronto se terminaría en ese lunes que llegaba y en esa piña que volvía, que irremediamente volvería para recordarle quién era y por qué aquello le estaba vedado: pero ya no importaba.

Ya no importa, pensó Martín, hundiéndose en el cuello de Lucía, estrechándola, exhalando lo poco que había podido —y que podría— tomar de ella. Todo había empezado por una equivocación reiterada, uno de esos errores ajenos que le eran tan propios, y ahora terminaba en una tibia certeza. Nada era cierto salvo quien él creía que él era y, pensaba, quien ella creía que él podría ser: él era Martín, ahora lo sabía, y se había merecido esa piña; ella probablemente se acordara, ahora, de que él era el chico de la remera rayada, y empezaba, de seguro, de a poco, a entender por qué lo habían llenado de moretones. Pero ¿qué era lo que ella realmente pensaba? ¿Quién creía ella que era Martín? ¿Se acordaría, se acordaba, de la noche primera, de que colgando en la terraza estaba su remera?

Despierto, mirándola dormir, Martín quiso creer que ella sabía todo. Que ella lo entendía. ¿Pero si no lo entendía? Si no lo entendía no se daría cuenta que Martín había hecho algo que a otro no le gustaba en lo absoluto; si no lo entendía no sabría quién le había pegado y no sabría cómo decirle que se escondiera de ese tipo que estaba al final de aquel puño.

Esconderlo a Martín.

¿Quién le había pegado?

Martín se levantó, despacio, y fue hasta el baño. Abrió la canilla y se quedó con la mirada fija en el chorro de agua, que salía con mucha presión. Se lavó la cara y se miró al espejo.

Martín. Soy Martín y me pegaron por ser Martín.

El espejo era de tres láminas, de botiquín; por un ángulo corto podía ver el final de la cama de Lucía, en su cuarto. Movié una de las láminas buscando ver más: un pie desnudo saliendo de entre las sábanas, el ritmo suave de su respiración subiendo y bajando, sus hombros flacos. Hasta ahí llegaba el espejo.

Cerró la canilla, apagó la luz del baño y volvió, lento, hacia el cuarto. Sonó el teléfono. Una vez, dos veces. Lucía tardó en moverse. Él estaba en el marco de la puerta y ella, después de tres timbrazos, habló:

—Atendé.

Martín la miró dos segundos y se giró, buscando el teléfono. Lo encontró enseguida, en parte por el sonido cada vez más fuerte, en parte porque, de a poco, la casa de Lucía, desde el mismo instante que entró dejando fluir un nuevo error, dejaba de ser un laberinto. Atendió.

—Hola.

—Hola. ¿Quién es?

—Martín.

—¿Está Lucía?

—Está durmiendo.

El otro se calló. No era número equivocado.

—Quién sos, pibe.

—Ya te dije: Martín.

—¡No me importa tu nombre! ¡¿Quién sos?! ¡¿Qué hacés en lo de Lucía?!

—Cómo no te va a importar mi nombre, boludo. Sin mi nombre no me reconocés.

Martín se estaba empezando a divertir. Al otro no le importaba quién *era* él, sino más bien que *hacía* ahí, qué función cumplía. Martín nunca había sido Martín y ahora se estaba aprovechando de poder serlo.

—¡¿Qué hacés en lo de Lucía?! ¿Sos el colado de la otra vez, eh? Rajá *ya mismo* ¿me escuchaste?

Un ruido muy bajo sobresaltó a Martín: Lucía estaba parada, envuelta en una sábana, apoyada contra la pared.

—¿Quién es?

Martín se encogió de hombros, tomó el auricular y cortó.

—Equivocado —le dijo.

—Cómo sabés que era equivocado.

—Porque quería hablar con una Silvana. Tu vieja no se llama Silvana, ¿o no?

—No. No se llama Silvana —Lucía lo miró extrañada—, ¿y vos cómo sabés?

Martín volvió a encogerse de hombros.

—¿Y por qué le hablaste tanto a un equivocado?

—Porque me divierte. Es como un ida y vuelta, ¿viste? Si yo soy el equivocado de todos, que se la banquen si se los devuelvo de vez en cuando —dijo, y le guiñó un ojo. Ella no lo recibió muy bien.

—O sea que apenas te conozco y ya me empezás a boludear. Bajá un cambio, pibe, eh. Bajá un cambio que yo no te cuestioné nada y para colmo terminé en la cama con vos.

—Vos me dijiste que atendiera —le contestó él, muy tranquilo—, y además me conocés un poco más que apenas. En tu terraza vi colgada mi remera.

Ella se quedó muy quieta. Martín no sabía qué estaba haciendo, ni por qué. Por primera vez en mucho tiempo él era él y podía reclamárselo a alguien porque, además, otra persona —posiblemente ese otro del teléfono— ya se lo había reclamado con una piña. Lucía estaba muy seria. Tensa.

## VII

Martín miró fijo a Lucía y el peso de su mirada la hizo caminar de un lado al otro por todo el departamento. Martín se puso delante suyo y la sujetó de los hombros, obligándola a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—¡Nada, nada! ¡Qué va a pasar!

Lucía se soltó de los brazos de Martín y caminó hacia el living. Martín escuchó el ruido de la puerta corrediza del balcón y al rato vio que Lucía volvía con la remera, su remera.

—A ver, ponetelá.

—¿Qué?

—¿Sos mongui vos o te hacés? ¡Que te pongas la remera! Dale, quiero ver algo.

—¡Mongui vos! ¿Qué querés ver? ¿Si me entra?

Martín agarró la remera y se la puso; le quedaba perfecta: de largo, de sisa.

Perfecta.

—No podés olvidarte de a quién te chapás. ¡No podés olvidarte de a quién te cogés, Lucía! ¿O todos te cogen igual?

Lucía apoyó las manos sobre el pecho de Martín y él pensó que era una porquería estar viviendo otra vez lo mismo: otra vez era alguien más, parecido vaya a saber a quién.

—Había tomado mucho, no sé.

Martín le acomodó el mechón violeta atrás de la oreja, mientras con la otra mano le levantaba la remera para acariciarle la panza.

—¿Estás nervioso?

Martín se mordió el labio, que todavía estaba un poco roto, como queriéndole decir “¿nervioso yo?”. Pero era evidente que estaba nervioso: estaba a punto de darse cuenta si él era quien ella pensaba o no.

Cuando empezó a besarle el cuello, Lucía entrecerró los ojos. Martín subió su mano húmeda sobre la espalda de ella y le desabrochó el corpiño, después le sacó la remera y le bajó los breteles del corpiño despacio, haciéndolo caer al piso.

Lucía dio un salto y se sujetó con las piernas sobre la cadera de Martín, quien caminó hasta la habitación y la dejó caer sobre la cama. La vio acomodándose el pelo sobre el pecho, como si intentara guardar algo de intimidad, y sonrió. Él se sacó la remera que había estado colgada en el balcón, mientras ella lo observaba desde la cama con sus ojos inmensos.

—Te queda bien.

—¿Qué cosa?

—La remera. Te queda bien.

—No entiendo, ¿querés que me la deje puesta o qué?

Lucía se mordió el labio, se arrodilló sobre la cama y empezó a besar a Martín; le besó las mejillas, el cuello y la boca, pero con una suavidad absoluta.

—¿Te duele?

—¿El qué?

—El labio.

—No —contestó Martín, y la boca de Lucía le impidió seguir hablando.

Mientras continuaba besándolo, le desabrochó el cinto y le sacó el pantalón. Martín hizo lo mismo con el vaquero de ella y una montaña de ropa se formó al lado de la cama.

El portero sonó dos veces; a Martín le hubiera dado lo mismo si sonaba veinte.

—Pará un poco, mirá si es mi vieja —Lucía se sacó a Martín de encima, fue hasta el comedor, volvió con la remera y el corpiño que habían quedado tirados en el suelo y se vistió.

—¿Me vas a decir que tu vieja no tiene llave? —Martín se abalanzó sobre ella, tratando de volver a desvestirla.

Lucía se asomó por el balcón.

—¿Qué hacés vos acá, gil? Andate de acá.

—¿Quién es?

Lucía se dio vuelta y lo observó mientras se vestía.

—Nadie.

El portero sonó tres veces más.

—Si no es nadie, ¿por qué tiene tanto interés en entrar?

Martín caminó hacia la puerta, Lucía lo siguió.

—¿Qué hacés? ¿Me querés decir a dónde vas?

—Quiero saber quién es.

—No seas gil, Martín. Dale, ¿por qué no volvemos a dónde estábamos?

Pero Martín quería sacarse la duda. Bajó por las escaleras y abrió la puerta de entrada; Lucía salió detrás de él. Un chico castaño, de ojos marrones y su misma altura, estaba fumando en la vereda:

—¿Desde cuándo te gustan los bananas, Lu?

—¿A quién le decís banana, forro?

—¡Basta, Martín! —gritó Lucía.

Los dos se dieron vuelta para mirarla. Martín sintió el labio sangrando, pero era lo que menos le dolía en ese momento.

## Horacio González

*Intervención de Francisco Magallanes*

*a partir de la cual escribió un relato*

*incluido en su libro de cuentos*

*Los impuntuales:*

*"Casa Piano, baila, baila, baila"*

—Señor estamos en vivo para Crónica ¿Nos puede decir cómo se siente?

Horacio González no lo había pensado todavía, pero lo cierto es que se sentía pleno. Sensacional, como hacía tiempo que no lo estaba, ni cuando Racing fue campeón por última vez, y salieron en el auto con Silvia y las chicas a festejar. Ni siquiera aquella tarde que fue a controlar la jugada de lotería y el agenciero le dijo que había ganado 7 mil pesos. Ni cuando volvió de *Fravega* y encendió por primera vez el Led. Era otro tipo de alegría la que lo invadía, una sensación de liviandad en los brazos, en los hombros, en las piernas; una tranquilidad que no sentía ni los domingos mientras preparaba el asado y escuchaba el Turismo Carretera por la radio, ni mucho menos en la siesta posterior, algo adobado por una copa de vino. No. Era una sensación muy interna que conocía, por supuesto, pero hacía tanto tiempo que no evidenciaba en su cuerpo que no se acordaba cómo carajo se llamaba.

Entonces volvió a levantarse una ráfaga de viento que —mientras el tronco del árbol volvía a crujiir, el camarógrafo perdía la perfección del plano, el periodista repetía como un pelotudo, los vecinos gritaban ¡cuidado! y los paramédicos detenían su paso— le susurró al oído de Horacio González: abrazo.

Levantó la mirada confundida entre las hojas verdes del plátano y más allá del resplandor enceguecedor de la cámara pudo ver cómo el árbol abría al mismo tiempo sus tres ojos y luego le guiñaba el izquierdo.

—¡Mirenlo! —gritó y casi se traga el micrófono, y todos, absolutamente todos siguieron la indicación de sus ojos, pero no vieron más que un árbol, lastimoso y desmembrado.

Comprendió al mismo tiempo, que si creía que el árbol se comunicaría con todos por igual, ahí si firmaría su certificado de demencia ante los que curioseaban alrededor suyo. El árbol desde un

principio lo había buscado a él, tenía algo para decirle y él estaba dispuesto a permanecer inmóvil hasta descifrar ese mensaje. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo, los médicos a escasos metros desplegaban una camilla que llevaba su nombre. Se concentró en todo lo que había sucedido desde el primer momento en que sintió un crujido detrás de su espalda y ahí nomás vio la rama que flotaba sobre su cabeza y se preguntó por qué carajo no se había corrido, por qué mierda había arriesgado su vida, si todo marchaba sobre rieles: su trabajo era seguro, su jubilación lo sería, era uno de los pocos que no se había separado, sus hijas eran tan normales como cualquier padre desearía. Volvió a sentir la rama sobre su cuerpo y nuevamente esa extraña sensación de abrazo, que el viento le había clarificado unos segundos antes y que el árbol le había confirmado con un guiño.

Ahora caía en la cuenta de que la rama no descendía sobre su cabeza de pocas canas para aplastarlo como una cucaracha, todo lo contrario, bajaba para acariciarlo y estrecharlo en un abrazo que todavía perduraba y que lo hacía sentir diferente, como no se sentía desde que su madre lo abrazó por última vez antes del accidente que se la llevó. Lo abrazó y le dijo que no podía seguir mandándolo al mismo colegio, que la cuota había aumentado, que el papi se había quedado sin trabajo y venían tiempos difíciles, de vacas flacas y que se iba a quedar sin viaje de egresados a Carlos Paz; y su madre volvió a abrazarlo para contenerlo y él sintió tranquilidad, liviandad en todo su cuerpo aunque lloraba sin consuelo.

Lo importante vino después cuando vio a Julián, su mejor amigo de la primaria, enfrentándose a casi todo el aula, con uñas y dientes para conseguirle el liberado que regalaba la empresa de viajes. Casa Piano, recordó de repente y ensayó en vano una de las canciones que los incentivaban a cantar los coordinadores, "Con Casa Piano baila baila baila".

Horacio González sentía que el árbol lo guiaba por sus recuerdos más profundos soterrados, lo había metido en un viaje por el sub-

consciente, y algo importante debía descifrar para continuar con su vida.

Se recordó cantando en un boliche muy oscuro, con los coordinadores al frente anunciando los pasos de la coreografía, y ahí estaba él, con doce años, alto y desgarbado, con los granos en la frente que tantas cargadas le habían generado. Bailaba junto a sus compañeros que conocía desde el jardín de infantes y ya no volvería a ver jamás. A todos los conoció hasta esa edad, hasta el último grado de la escuela primaria y vaya a saber qué había sido de ellos.

Prácticamente no lograba divisar sus rostros, salvo el de Julián a quien abrazó en la oscuridad cuando pusieron la canción emotiva donde había que llorar y prometerse amistad eterna. En un momento no aguantó más y le dijo al oído, "me cambian de escuela a fin de año" y él lo miró asombrado, compungido, sin entender por qué carajo pasaban esas cosas y lloraron abrazados. Y esa fue la última vez que había llorado y que recordaba un abrazo como el de su madre. Cuarenta años habían pasado hasta volver a sentir algo semejante gracias aun plátano de tres ojos que casi lo pasa a la otra dimensión.

Pero él no se había corrido, se había quedado petrificado mientras la rama arrancada por el viento lo abrazaba y lo envolvía en una paz interior que lo llevaba a vivir en tiempo real esa noche de Córdoba, en un boliche oscuro junto a sus compañeros de primaria, abrazado a su mejor amigo y llorando el fin de sus días juntos, jugando a la pelota, compartiendo alfajores en los recreos, bancando las prepotencias de los pesados, pensaba Toto, como lo llamaban a Horacio González en la primaria, mientras lloraba abrazado a Julián que de repente lo giró detrás de una columna de la pista y lo besó naturalmente, y Toto que no entendía nada en un principio pero se dejaba, porque nadie los podía ver y lo sentía rico, raro, único y era la primera vez que besaba a alguien en la boca que no fuera su madre.

Entonces alguien lo zamarreó; escuchaba voces confusas de fondo cuando volvió a enfocar sus pupilas y vio nuevamente el árbol ahí atrás que le guiñaba el ojo izquierdo; delante la cámara con la luz que encandilaba y el periodista que insistía con preguntas; dos médicos que lo escoltaban y que le decían “señor por favor nos va a tener que acompañar”. Horacio González levantó su brazo izquierdo y pidió “silencio por favor antes quiero decir algo”. Todos expectantes obedecieron, mientras los curiosos se amontonaban en gran número a su alrededor; los de un primer momento como el taxista, el joven encapotado y las vecinas; los que pasaban por la calle, los que vivían cerca y habían identificado la cuadra por televisión. Mientras la lluvia parecía que aflojaba pero continuaba, el árbol crujía con el viento y parecía que no iba a resistir mucho, que por fin terminaría por aplastar a ese hombre que mantenía preocupados a todos, como si se tratara de un suicida balanceándose en el filo de la terraza. Horacio González miró a la cámara de Crónica TV y con una sonrisa que no conocían ni sus hijas dijo al micrófono:

—¡Nunca me sentí mejor!

# Horacio González

*Intervención de Silvana Casali*

Hace siete días que Horacio dejó de hablar con el árbol: ya no es necesario. Entiende todo lo que el árbol le dice, todo lo que desde el tronco le susurra en forma de melodía al oído. Entiende todo lo que pasa a su alrededor y, sobre todo, entiende lo que pasa con el mundo, en el mundo, con las hojas, con sus ojos (los de él o los del árbol). Puede acercarse Silvia y decirle qué está pasando, que son muchos días, que no puede dejarlo así, que reaccione; puede venir el Horacio que siempre quiso ser y chicanearlo y ofrecerle todo lo que finalmente no fue; puede venir el policía de la garita frente al árbol de la comisaría de la brigada de la jefatura presidencial mundial a aclararle que está cometiendo un grave delito, que se lo van a llevar y no va a salir nunca jamás; puede venir, pueden venir, que vengan los que quieran: Horacio ya entendió.

No necesita de nadie, de nada, de naranjas naranjinas (como decía su hija Fabi cuando era chiquita) para ser. Va por el sendero de la vida iluminándolo todo, oscureciéndolo todo: nada importa, porque sabe que no hay diferencia en nada. Iluminar, oscurecer: son lo mismo. Él lo sabe. Nadie más lo sabe. Sólo él. Y el árbol. Pero el árbol ya lo sabía de antes. De tiempos inmemoriales. Desde antes que lo plantaran. Desde antes de ser semilla, desde un segundo antes de existir. No como Horacio. Horacio, aunque alguna vez semilla, aunque ahora esté empezando a existir, porque justo ahora está empezando a existir, acaba de descubrirlo. De quitarle el velo a eso. De entender.

Ya no tiene miedo de no poder dormir a la noche, no tiene miedo de no tener hambre cuando aparece el pollo con ensalada y el pan sin sal sobre la mesa, no le tiene miedo tanto dolor como para desear morir, no tiene miedo a no poder desear nunca más, no tiene miedo a que lo torturen, no tiene miedo a la enfermedad, no tiene miedo a ser consciente de que podría ser un suicida en potencia, no tiene miedo a una eternidad en que alguien o algo le pinche la espalda con un tridente, ni a tener las manos atadas y no poder defenderse.

No va a quedarse sin aire, y si decidiera saltar, si cayera, quien lo tenga que sostener va a estar, esperándolo. Horacio no tiene miedo a tener miedo, ni a quedarse sin miedos y no saber qué responder en una reunión cuando alguien le pregunta “¿Y vos Horacio? ¿A qué le tenés miedo?”.

No tiene miedo a que se olviden de él, a que sus compañeros de trabajo no sepan quién es, a que no recuerden su nombre. Horacio no tiene compañeros ni tiene trabajo. Horacio no tiene nombre. Horacio no es. Ya no. Horacio parece un hombre parado debajo de un árbol, al lado de un árbol, abrazado a un árbol, unido a un árbol, del que, como mucho, se puede afirmar que respira. Porque eso sí: todavía se ve su panza dilatarse y contraerse al ritmo de la respiración. Horacio —todavía— necesita respirar. Entonces, Horacio lo piensa un poco más. Horacio, todavía, no es.

Pero ya casi.



*Nélida*

*Perfil creado por Mercedes Galera*

*Escribieron:*

Josefina Fonseca

Agustina Gallardo

Silvana Casali

Joaquín Palomeque

Melissa Rep

Carolina Martín

Franco Dall'Oste

I

Mientras desayuna, Nélica activa el contestador. Tiene dos mensajes del día anterior. Seguro son sus hermanas.

—Nelly, soy yo: Marta. ¿Qué te parece si mañana hacemos algo? Yo por mí te llevaría a la costanera, pero bueno, ya sé cómo sos. Si querés voy a tomar un té a tu casa. Los perros podrían quedarse en el patiecito, ¿no? Llamame ni bien puedas.

La puta madre, dice Nélica. Entre ustedes y ella me quedo con ustedes, bebés.

—Nelita querida, soy Zulema. Recién hablé con Marta. Me dijo que la invitaste a ir mañana a tu casa. Pensé que me ibas a llamar a mí primero, pero bueh. Cuando escuches el mensaje llamame.

Entrecierra los ojos: “en algo andarán estas yeguas”.

Antes de ducharse, abre la puerta del departamento; en el hall está todo: el diario, el pedido de la verdulería, el pedido de la carnicería, el pedido del supermercado. Antes, hace un par de años, contrataba a una chica para que pagara sus cuentas en el barrio. Pero ahora no la necesita: aprendió a usar internet para depositar la plata cada mes. Las compras son por teléfono, los pagos virtuales. Ninguna cara que ver.

Excepto las de sus hermanas.

—Vamos, Nelly, es la quinta llamada que te hago en la semana. No me olvido de qué día es hoy. Cuando te dignes a salir de la cama, llamame.

Definitivamente, piensa, en algo están.

Después de bañarse, va a calentar para el almuerzo un guiso que preparó ayer, pero prende las cuatro hornallas a la vez: cada perro tiene su propio menú. Tín llegó hace pocos meses y, por ahora, solo come polenta mezclada con alimento balanceado. Quique es un perro joven y fuerte: le gusta mucho el hígado y el corazón, pero tienen que estar bien cocidos. El Negro es el más viejo de todos y, desde que murió la Dinky, lo único que tolera es arroz con caldo. Ellos comen por orden de llegada: primero El Negro, último Tín. Ella siempre queda para el final.

Mientras almuerzan, Nélide pone un casete de Nino Bravo y repasa con la mirada las fotos del aparador. Entre todas, prefiere las de los viajes. Tiene dos motivos: 1) Son fotos de viajes. 2) En ninguna aparecen sus hermanas.

—Nelly, yo no estoy en ninguna foto —dice, cada vez que puede, Marta.

—Y no Martita, qué vamos a estar nosotras si ya no nos quiere. Nos cambió por las amiguitas de los viajes esos que hacía.

—Traigan una cámara y nos sacamos una. No tengo fotos de las tres.

—Para eso vayamos a un parque, Nelly, así hacen juego con éstas de los Andes y con las Cataratas.

—Sí, Nelita, y de paso tomás un poco de aire, que hace tanto no salís.

Generalmente, Nélide no les contesta. Pero cuando lo hace, es lo último que dice:

—Por qué no se van a la mierda.

Después de almorzar suena el portero. Qué extraño, piensa Nélide, si ya llegaron los pedidos. Decide no atender, quizás sea

equivocado. Pero el portero vuelve a sonar, esta vez en clave balaleza: pípipipí-pipí. Los perros se descontrolan, ladran desahorados y gruñen. Ya todos en la casa se dieron cuenta: son sus hermanas.

La puta que las parió, dice Nélide, cómo van a aparecerse así si no les contesté. Todavía piensa que existe la chance de no atender.

Se asoma a la ventana que da a la calle. Desde un primer piso todo se ve más o menos bien. Tiene la esperanza de que sea alguien más: el verdulero con un morrón que faltó, el carnicero que se equivocó de bolsa. Pero cuando corre la cortina y las ve ahí, los zapatos de salir, el pelo lleno de spray, la cara irreconocible bajo la pintura, se da cuenta: traen regalos. Mejor dicho: están tapadas de regalos. Automáticamente mira el almanaque: lunes 20 de enero de 2014.

Nélide traga una pelota de aire.

Hoy es su cumpleaños y lo había olvidado.

Y había olvidado, también, que exactamente un año atrás se estaba despidiendo de la Dinky, su perra del alma.

## II

Se aleja de la ventana, en realidad se escapa de la visión de sus hermanas, y se acerca al calendario. No puede ser, repite que no muchas veces, saca el calendario del clavo que lo cuelga a la pared y lo mira otra vez, desde varios ángulos, como si fuese un enigma que descifrar. Los meses están ilustrados con fotos de ciudades del país. Pasa una hoja, el mes anterior es diciembre y es Mar del Plata. Enero, Mina Clavero. Pasa otra, el que le sigue es febrero y es Rosario. Lee la fecha de hoy, y sí: 20 de enero del 2014.

Cuelga el calendario en su lugar y se sienta, piensa en todo lo que significa haberse olvidado de que cumple un año más. Llega un momento en que se debería dejar de contar los años que se cumplen, dice. Piensa que un año más sin Dinky ni viajes. Cómo pude haberme olvidado, con razón el Negro estaba con esa cara de triste y no pidió comer.

Un nuevo pipipipi-pipí balalezco la desconcentra de sus pensamientos. Ahora más que nunca prefiere Adentro antes que Afuera. Las hermanas no lo entienden pero a ella le parece tan simple que explicarles sería ridículo. Adentro Nélide puede elegir qué fotos encuadrar, qué momentos preservar. Es como si fuera el dios de un mundo suyo. Controla el frío o el calor, a las tres de la tarde puede cerrar las persianas y hacer que sea de noche. Afuera es distinto. No podría evitar acordarse de su Dinky muerta si ve pasar a una perrita que ladra en un tono parecido. No podría no acordarse de sus viajes si ve pasar un colectivo de turismo. En la calle, si se encontrara con un hombre alto que camine con las manos en los bolsillos y silbando bajito se acordaría de Carlos.

Con razón sus hermanas habían llamado tanto estos días, piensa Nélide. ¡Estas yeguas!, dice porque, aunque no quiera, tiene que salir a abrir. Sabe que no se van a ir: para sus hermanas el cumpleaños es un día especial. Hoy es el único día en el año en que su mandato divino sobre su casa-mundo no tiene validez. Desearía poder desconectar el timbre, que sus perros no ladren más. Pero no: Tín, el Negro y Quique no paran de

ir un lado a otro, quejándose como ella. Sabe que el pipipipi-pipí va a seguir, así que les dice a sus perros tranquilos, bebés, les prometo que no se van a quedar mucho tiempo, agarra las llaves y abre la puerta, que da al pasillito externo, que da al portón, que da a sus hermanas y otras amenazas que no podrá evitar, como una perra parecida a Dinky, como un micro que parta a algún destino que seguramente ya conoce o algún silbido agudo que justo esté doblando la esquina.

La hermana menor de Nélide es Marta y su otra hermana, Zulema, es la del medio. Hubo una época en que las tres se habían llevado bien, salían a jugar juntas, se peinaban igual. Nélide sabe que el momento en que todo cambió fue cuando ella se fue a vivir con Carlos y las dejó solas. En realidad el problema es que ellas nunca tuvieron un Carlos; una vez ella se enojó y les dijo solteronas, después de eso nada volvió a ser lo mismo. Qué distintas que somos, piensa Nélide, tuve suerte. Sabe que si hay algo que nunca fue es afortunada, pero a ella el hecho de ser distinta a sus hermanas le alcanza para decir eso, para pensar que no se equivocó todo lo que hubiese podido.

Las dos están vestidas como si fueran a una fiesta para alegrar a Nelly. Qué le pasa, deben ser esos perros, está todo el día con ellos, no sale, no hace nada, dicen las hermanas de Nélide.

Cuando la ven le gritan muchas cosas al mismo tiempo, ninguna se entiende. Una que se muere del calor y cuánto que tardaste hermanita. La otra grita feliz cumpleaños querida, abrínos que estas cosas son pesadísimas. Abrí, que acá nos van a robar, Nelly. Mientras Nélide tarda a propósito con la llave, le tiran besos e intentan tocarle la cara, como si fuera una caricia pero no lo es, porque la mano es huesuda y está transpirada, y le dicen que dale, que los cumplas linda Nelly, que los cumplas feliz.

Nélide sabe que van a repetir una y otra vez los mismos reclamos. Y esta vez no es porque estén dentro de su casa-mundo, sino por la certeza de que sus hermanas son predictibilidad. Van a hablar de lo lindas que son las fotos, mientras se buscan en alguna que estén, sabiendo que no hay. La siguiente cuestión sería algo así como: Nelly... ¿vos viste este sillón? No podés

dejar que los perros se suban y se acuesten acá, te están arruinando la casa, ¡Mira! ¡Todo lleno de pelos! Eso para empezar.

Lo bueno es que como ya sabe qué van a decir no tiene que escucharlas. Mientras cierra la puerta, sus dos hermanas se miran y comprueban que el desorden es el mismo con el que se encontraron la última vez que las había dejado entrar; que las cortinas son las mismas, que hace mucho tiempo que nadie pasa un trapo por las mesadas, que uno pasa el dedo y se nota el polvo, qué horror, piensan.

Le piden a su hermana que ponga agua en la pava eléctrica y les prepare a las dos un té de...

—Zulema, ¿De qué quieres el té, rosa mosqueta o de naranja?

—De rosa mosqueta, Martita, la otra vez trajimos una cajita de ése para que podamos tomar acá.

Nélida piensa que sólo alguien idiota puede tomarse un té a las once de la mañana de un 20 de enero. Pone la pava en la hornalla más chica y saca dos saquitos de té Taragüí. Se sientan las tres en la mesa, que es redonda, algo enclenque y tiene un mantel de girasoles. Zulema y Marta se ponen a hablar entre ellas y el té se les enfría antes de probarlo.

No se fueron sino hasta las cinco de la tarde. Mientras desfilaban por el pasillo que lleva a la puerta, hablaban entre ellas, en voz baja, pensando que Nélida no podía escucharlas.

—Ay, Martita, me parte el alma, te juro, verla así.

—Cada año está peor, esto no da para más.

—¿Viste qué ya no está la foto de Carlos y de ella? Sí, ésa, la que se sacaron en Mendoza. Yo te dije, te dije que lo le hizo mal a Nelly es haberse separado.

—La verdad, yo creo que lo mejor sería internarla en algún lado, para que la cuiden, para que no esté tan sola.

—Ay, te juro, me parte. No vuelvo más, encima esos perros...

Nélida no dijo nada, sabía que no la iban a internar, no gastarían la plata que les quedaba en eso. Además ninguna de las dos sería capaz.

Mira a sus hermanas que por fin están en el lugar que les corresponde, del otro lado de la reja. Los zapatos que clockean

con sus tacos en las veredas desprolijas, las bolsas de regalos que Nelly pidió cambiar por otro talle, por otro color. Los peinados que se van desmoronando, pero que brillan por cómo pega el sol, refractándose en el spray del que abusaron. La ropa ridícula, el maquillaje inútil.

Nélida piensa que ojalá pudiese hacer que se quedaran siempre de ese lado, pero su poder no es tan fuerte, sabe que hay ciertas cosas que son imposibles de cambiar. Que van a volver el próximo 20 de enero, que la foto, que el encierro, que los perros, que el té, que qué pena me da verla así.

Hoy es 20 de enero de 2014, Nélida cumple 81 años y decide que no va a contar más los años que cumplá.

### III

Dinky era una fox terrier que no superaba los 30 cm de altura. Se la había regalado la hija que Carlos tenía y que vivía en Corrientes. Cuando Nélica la vio por primera vez no pudo evitar pensar que ese perro lo había comprado en alguna feria al lado de la ruta mientras venía. Sentía pena al pensar que el cachorrito había viajado más de 13 horas dentro del bolso rojo que siempre traía cuando venía de visita.

Cecilia era fruto de la relación anterior a Nélica. Un período que se extendió por veinte años entre que se conocieran en la juventud y se reencontraran de adultos. Carlos en ese momento se había ido a vivir a Quilmes con una correntina que conoció en la oficina donde trabajaba. Allí nació Cecilia, como único producto de un matrimonio que se caracterizó por las palizas que ella le daba cuando volvía exhalando alcohol y 43/70. Cecilia creció ahí, se recibió de maestra en el terciario que estaba a la vuelta de su casa y un día volvió con otro correntino.

Carlos pasó cada vez más tiempo con sus amigos en el bar de siempre y menos en su casa, que de a poco se iba llenando de estatuas e imágenes del Gauchito Gil. En diciembre de 1989 Carlos agarró el único saco que usaba para la oficina, la copia de “La Comunidad Organizada” que tenía autografiada por Isabelita, y se marchó para siempre de Munro.

En el barrio dicen que los tres correntinos también desaparecieron de un día para el otro, y que en la escuela Cecilia siempre fue rara. Carlos se había ido a lo de su madre hasta conseguir algún lugar que su sueldo le permitiera alquilar. Esperaba también que, con un par de contactos que tenía y con los radicales yéndose, iba a poder conseguir algún puesto en el Estado.

A Nelly la volvió a ver en diciembre del 90. Ella estaba pasando unos días en Mar del Plata junto a una amiga de ese entonces. Carlos había conseguido trabajo en una imprenta y ese día había viajado hasta allí a dejar los afiches de las próximas revistas que iban a engalanar la cartelera marplatense.

Nélica había pasado todos esos años en sus constantes viajes entre Europa y Estados Unidos. Pocas veces repitió compa-

ñeras de viaje y muchas menos la ropa para ir al aeropuerto. Fueron contados los hombres que conoció en ese tiempo, pues ninguno se podía adaptar a su derrochador estilo de vida. Ella nunca se fijó en la capacidad adquisitiva de los hombres de los que se enamoraba, pero bajo su fuerte carácter y ese pelo batido se escondía una personalidad que no soportaba la ausencia de un compañero.

Los últimos años antes de reencontrarse con Carlos había comenzado a temer engancharse algún vividor y prefirió la inseguridad de la soledad a la de sus bienes. Salía a comer afuera los martes —el mejor día según ella— y los fines de semana visitaba alguna de sus amigas que vivían en Zona Norte. Allí comenzó a alimentar ese sentimiento de desconfianza hacia los hombres que se fijaban en su mantenida figura. Rodeada de los más altos apellidos de la sociedad, veía en los matrimonios ajenos —con los que compartía algún té— una infelicidad que ella no estaba dispuesta a sufrir.

En la puerta del Hotel Provincial, mientras él fumaba un cigarrillo antes de volver al camión y ella paseaba aprovechando que el sol había bajado un poco ya, se produjo el reencuentro.

Comieron una pizza mientras se contaban qué había sido de sus vidas desde la última vez que se habían visto y tomaron un café en la costanera. Ahí les habían tomado la única foto que quedaba de Carlos en los portarretratos de Nélica. Se casaron en Marzo del 91 y Carlos se mudó a Buenos Aires.

La primera vez que Nélica vio a Cecilia en persona fue en el 93. Marzo. De mala gana había aceptado acompañar a Carlos hasta Corrientes, al bautismo de su primer nieto. Bajo una parral, con la temperatura rozando los 40 grados, Cecilia con su hijo aupa extendió su mano hacia Nelly.

—Hola Nélica, soy Cecilia, la hija de Carlos.

—Hola, querida. Carlos me habló mucho de vos en el viaje.

—Un gusto conocerla.

—Lo mismo digo. Y ¡Qué bonito el chiquitín!

Tras ese brevísimo intercambio de palabras, Nélica fue hasta el auto y se encerró hasta que Carlos regresó y condujo de

vuelta hasta Buenos Aires sin decir una sola palabra sobre esa tarde. Durante la cena ella le juró que nunca más iría a Corrientes y sirvió la sopa hirviendo.

La segunda vez que vio a Cecilia fue cuando ella vino a visitar a su padre para las fiestas. Carlos había conseguido un puesto en la Municipalidad en la Secretaría de Espacio Público y siempre llegaba alrededor de las tres de la tarde al departamento. Esa tarde Nélica volvió de la peluquería a las cuatro esperando que su marido ya estuviera de regreso. No se preocupó demasiado al no encontrarlo, pues había visto que el tráfico estaba insostenible y supuso que eso lo habría demorado. Mientras dejaba su cartera en la habitación oyó que la puerta se abría. Reconocía la voz de Carlos y la de otra mujer. Ella le había dicho que volvería más tarde, y comenzó a elaborar todo tipo de historias sobre infidelidades. Por otra parte no creía haberse casado con alguien tan confiado como para llevar una amante a su propia casa.

Sin hacer ningún ruido, dejó la cartera sobre la cama matrimonial y se abrió paso hasta la sala de estar. Allí la vio a Cecilia una vez más, sosteniendo el bolso con una mano mientras abrazaba a su padre con el otro brazo.

—¡Cecilia! ¡Carlos! —dijo Nélica, mirando a los ojos a cada uno

—Perdón por llegar un poquito más tarde hoy. No te había dicho nada pero Cecilia vino a Buenos Aires para las fiestas.

—Recién llego de la peluquería ¿Cómo estuvo el viaje, querida? —contestó Nélica pasando su mano por el pelo.

—¡No se puede creer el calor! ¡Veníamos con todas las ventanillas abiertas! —dijo Cecilia.

—Me imagino lo que debe haber sido eso. Vamos para la cocina que te doy algo fresquito para tomar.

Nélica fue la primera en darse la vuelta hacia la cocina. Se mordía el labio inferior mientras pensaba en cuánto odiaba a la correntina esa. ¿Pensaría quedarse en el departamento muchos días? ¿Tendría que lavar la ropa de ella? ¿Y verla cada mañana al levantarse?

—Traje algo —dijo Cecilia.

—¡Todavía no es nochebuena y ya vino Santa! —dijo ella con la gran sonrisa que fingió al voltearse y mirarlos nuevamente.

—Carlos me dijo que te gustan los animalitos —dijo Cecilia mientras habría el bolso.

—Sí, muchísimo. Los adoro. Pero el departamento es chico y...

No alcanzó a terminar la frase. Cecilia había sacado un cachorrito marrón. Se acercó hacia donde estaban ellos e inmediatamente lo tomó en sus manos.

—Es un fox terrier —dijo Carlos.

—Me encanta —dijo Nélica y le dio un beso a su hijastra.

A pesar de los pronósticos que ella hacía en su cabeza, la perra creció sana y pronto se integró al otro perro que había en el departamento. Sorprendentemente había dejado de hacer pis adentro a las pocas semanas de tenerla y era la primera en ir a la cama cuando ella se iba a acostar.

Después de que destituyeron al Intendente en el 94, Carlos consiguió trabajo en el Banco Hipotecario como Jefe de Recursos Humanos. Entre el trabajo y las reuniones políticas que había empezado a frecuentar, Nélica pasaba la mayor parte del día sola en su casa. Sólo lo veía para cenar, si llegaba a tiempo, o al levantarse a la mañana siguiente.

A los dos perros que tenía pronto se les sumaron dos más. En un período de seis meses se había duplicado la población canina. Pronto Carlos comenzó a notar que lo único que había cocinado Nelly era comida para los perros y se conformaba con algo que encontraba en la heladera. Nélica intentaba compensar el olor que había invadido la casa con sahumeros que encendía en la mayoría de las habitaciones. Odiaba cuando sus hermanas venían de visita y abrían todas las ventanas. El viento era algo que nunca había podido soportar, y ver tantos orificios abiertos al vacío al mismo tiempo la ponía aún más nerviosa que las visitas inesperadas.

Pronto el departamento fue invadido por una neblina causada por el humo constante. La mezcla de fragancias, sumado al olor a perro, superó ampliamente la molestia que causaba el

tabaco negro impregnado en toda la ropa de Carlos. Con lo que ganaba en el banco, él se alquiló un departamento mucho más chico en Almagro y empezó a ir al trabajo en colectivo.

Cuando Nélide llegó y encontró que las cosas de su marido ya no estaban, corrió hacia la alfombra donde dormían los perros y agarró a Dinky. La miró a sus oscuros ojos y le prometió que a pesar de todo ella se podía quedar en casa. Cocinó para los perros y tomó una copita de la grapa que había comprado en Roma. Quitó de su mesa de dormir el portarretrato con la foto de Carlos y apagó la luz mientras los perros corrían a dormir junto a ella.

#### IV

—No hay oftalmólogos a domicilio, Nelly querida. Mañana te paso a buscar temprano con un taxi y vamos juntas a la Clínica Santa Lucía.

—Ya te dije que no es para tanto, Marta. Veo bien.

—Vamos, Nelly. El otro día no sabías ni qué programa estábamos viendo...

—Si venís no te abro. No insistas.

Finalmente Nélide arrancó de cuajo el cable del teléfono y se desprendió parte de la pared. Con el ruido despertó a Tín que, panza arriba en el sillón, paró las orejas.

Perdón cosito de mamá, volvé a dormir, dijo achinando los ojos y apretándole suavemente el hocico.

Y Tín obedeció.

Nélide prendió la televisión y se sentó a su lado. Los otros dos dormían sobre las alfombras, y ni bien la vieron sentarse se acercaron a sus piernas. Nélide cerraba los ojos tratando de leer el título del canal de noticias, pero nada. El Negro le levantaba la mano con el hocico para conseguir una caricia.

Tenés razón, Negro. No me voy a hacer problema por no ver de lejos. Mejor te acaricio, ¿no, negrito? ¿no, mi negrito? Sí mamá, sí.

*Quando sono solo sogno all'orizzonte e mancan le pa-  
roooooooooole,*

*Si lo so che non c'è luce in una stanza quando manca il  
soooooooooooooooooole, se non ci sei tu con me, con me,  
coooooon meeeee*

¿Y eso?

*Con teeeee paaaartiroooo, su naaaaviiii per mariiii che io lo  
so, no, no non esistono puiuuuuuuuu, con te io li vivróo*

¿Qué carajo es eso?

Quique se levantó y empezó a ladrar. Se acercó a olfatear la mesita ratona, después el mueblecito donde estaban las fotos enmarcadas. De ahí venía el ruido, pero no lo encontraba. Se



paró en dos patas y tiró un portarretratos: en la foto estaban Nelly y Carlos, con los lobos marinos atrás. Ahí estaba. Andrea Bocelli sonaba desde un celular. Nelly lo agarró y levantó la tapa.

—¿Hola?

—¿*Qué opinas del regalito que te hicimos, Nelita?* —escuchó la voz de Zulema.

—....

—*Nellyyyy, holaaaa, ¡Holaaaaa!... ¿Nos escuchás? ¡Decí algo! ¡Jaja! Dale que estás en alta voz, ¡te estamos escuchando las dos!*

—¿Cuándo pusieron esto acá?

—*¡El día de tu cumple! Quisimos que fuera el único regalito sorpresa. ¿Qué te parece? Hasta elegimos el tema que más te gusta.*

—...

—*¿No te acordás cuando lo cantaste con Carlos en su cumpleaños?*

—...

—*No le hagas acordar, Zulema.*

—*Shhhhhh, que te escucha.*

Nélida cerró la tapa. Fue a la ventana que daba a la calle. La abrió. El celular cayó en la vereda de enfrente, justo sobre una montaña de arena de una obra. Justo al lado de un tacho de basura. Justo donde no podía arrepentirse y agarrarlo.

Se acercó hasta el mueble, se agachó y las rodillas le hicieron ruido. Agarró el portarretrato que había tirado Quique y se quedó mirándolo. Lo acercaba y lo alejaba.

“¿No te acordás cuando lo cantaste con Carlos en su cumpleaños?”

No.

No se acordaba de la canción ni del último cumpleaños que habían pasado juntos. Pero sí se acordaba de ese viaje a Mar del Plata. Carlos le había prometido que iba a morir junto a ella. Eso sí se lo acordaba. Primero le dijo “esperame acá”. La dejó sobre la costa, mirando el mar gris. Bajó a la rambla donde había un par de negocios abiertos y volvió con dos cafés y una bolsa de papel con medialunas. Y ahí se lo dijo:

—No te pongas nostálgica, Nely. Me voy a morir con vos.

—No lo sabés, Carlos.

—¿Por qué tuve que casarme con la hermana pesimista?

—¡Te escuché!

—Te adoro con locura, Nelita. Saquémonos una foto. ¿Trajiste la cámara?

—Sí, pero acá no. Vamos abajo, así salen los lobos.

Volvió a poner la foto adentro del marco, y al marco en su lugar, entre los otros paisajes de Argentina. Fondos blancos, azules, rojos, verdes, amarillos. Puerto Madryn, Catamarca, Formosa, Las Cataratas. En algunas fotos Nélida salió con los ojos cerrados. En todas sonríe. En todas está con sus amigas viajeras. Sólo una con Carlos. Sólo una de fondo gris.

¿Y si lo llamaba? ¿Y si le pedía que tomaran un café? ¿Por qué había pasado tanto tiempo?

Conectó el teléfono. Levantó el tubo. Pero se acordó. Tiro-neó del cable y lo sacó.

Cae el sol y Nélida hace unas tardes que lee el diario que le deja el portero en papel, lee otros por internet, lee unas revistas viejas. Primero con los anteojos de siempre, después con una lupa chiquita. No lee nada, no alcanza a ver.

Basta, mejor me voy a dormir. ¿Vamos chicos?, primero invita al Negro, que se tira en el colchón al costado de la cama. Después suben Quique y Tín. Les pide un lugar y los empuja para que no se metan en las sábanas. Siempre lo mismo.

Siempre lo mismo.

Nélida se despierta ahogada. Le da vueltas esa frase. Siempre lo mismo. ¿Por qué? Está entredormida, no piensa. Pero aparece y se va: “Siempre lo mismo. Siempre lo mismo”.

Chicos, mamá se va de viaje.

A veces uno se arrepiente. O se olvida. Pero ya es mañana y Nélida está sentada frente a la computadora con un café en la mano. Mira horarios de micros a Mar del Plata.

De mañana ve mejor.

## V

El mar. Nélide no quiere ver otra cosa que el mar. Y el mar está Afuera. Ya imprimió los pasajes (y entorna los ojos con más fuerza para asegurarse bien bien la fecha de vuelta) y ya se decidió por Tín: la playa con Tín. Al Negro lo va a cuidar una muchacha que trabajó para ella, que ya está ahí, adentro, acariciándolo; la casa puede cuidarse sola. Unos días. Apenas. Mientras ella esté Afuera, en el mar, en otra parte.

El mundo y el Mar se volvieron una sola cosa, un solo objeto con polo negativo y polo positivo. Nélide ya está preparada y camina hacia la puerta. Si pudo buscar los pasajes y comprarlos, hablar con la chica para que le cuide la casa y al Negro, armar medio bolso, ¿Entonces por qué no podría abrir la puerta?

La puerta sólo conoce dos movimientos: abrir y expulsar. Y volver a cerrarse. Nunca la expulsó a ella. Parada a varios centímetros de la cerradura, con la llave en la mano, Nélide se queda quieta y vuelve a pensarlo todo. La llave temblequea en su mano. Suspira. La llave hace un chirrido mientras la gira en la cerradura. Como la puerta, sólo sabe abrir y cerrar en cuestión de segundos. Siempre del mismo lado.

Abre la puerta y no ve nada nuevo: la calle, la cuadra, la plaza de enfrente, la tranquilidad de una tarde de enero. Sin moverse de su posición, estira la mano, entorna los ojos: el aire del otro lado de la puerta es el mismo. La puerta y la llave se empiezan a extrañar de su comportamiento. Agarrando con firmeza la jaula de Tín, da un paso hacia adelante. Saca la llave de la puerta y apoya la mano en el picaporte de Afuera, que no sentía la aspereza de sus manos desde hacía años.

Dos pasos. Mira hacia adelante y hacia atrás: la casa. Un paso más y la llave de nuevo adentro de la cerradura. La puerta se cierra: Nélide está volviendo al ruedo.

Camina hasta la esquina de su cuadra sin sentirse mal, sin marearse, sin levantar la vista del piso. La levanta: luz. Demasiada luz y árboles enfrente y las casas de los vecinos ahí, con sus ventanas abiertas, y algo de basura, y autos, y gente.

Levantar la vista fue un error: vuelve. Llega hasta su puerta y se pone contenta de volver a verla. Saca su llave y la introduce en la cerradura, y abre. Una mano se posa sobre su hombro.

—¿Nelly?

Una voz, ¡una voz! Nélide entra en pánico y se apura por empujar la puerta y no darse vuelta.

—Nelly, ¿es usted?

Nélide se da vuelta: es el verdulero.

—Sí, don Francisco, soy yo. Qué precisaba.

La voz de Nélide es dura, es amarga. El verdulero es una persona amable pero en este momento lo odia.

—Nada, no, no precisaba nada —le dice el hombre muy tranquilo y sorprendido—. La verdad es que me extrañó verla afuera de su casa.

—A mí también —contesta Nélide, muy bajito.

—¿Cómo dijo?

Nélide lo mira a los ojos. Una vez por semana un cajón pero nunca supo de qué color eran sus ojos. Es regla para Nélide no mirar demasiado. Y el verdulero siempre se quedaba del otro lado.

—Es que me estaba por ir de viaje —confiesa bajando la vista.

Sabe que si pudiera verse a sí misma —si pudiera *ver*— vería una nena caprichosa con la piel añeja. Sabe que siempre lo supo. De alguna manera tiene que sacarse de encima al verdulero y volver a la casa y sacar a patadas a la chica y abrazar al Negro. Pero Nélide no cierra la puerta: irse sin avisar es, también, un capricho.

—¡No me diga! —el verdulero sigue ahí. Y habla.

—Sí. Sí, me estoy por ir de viaje —se acomoda un poco y aparenta estar menos encorvada—. ¿Algún problema?

—¡Pero Nelly! ¡Qué noticia!

Nélide mira mejor al verdulero y más allá. Pasa más gente: una madre con un cochecito (Dios, criar hijos, piensa), unos chicos con cara de facinerosos golpeando tachos de basura, una señora muy diligente. Calor. Árboles. Cielo.

—Y dígame, ¿adónde va?

—A Mar del Plata.

—¡Pero qué lindo, Nelly!

Nélida lo mira con frialdad.

—Sí, muy lindo, pero estoy llegando tarde —sentencia, y cerrando la puerta con llave obliga a don Francisco a correrse a un lado para poder pasar.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—No, no, gracias. Bueno, sí: ¿dónde está la parada de taxis?

—Déjeme que la acompañe —el verdulero toma la jaula con Tín y el bolso mientras Nelly balbucea que no hace falta pero al mismo tiempo afloja sus manos para cederle las cosas.

—Bueno. Regio.

Don Francisco la guía: tienen que cruzar una calle (y la luz colorida de un semáforo) y caminar otra cuadra. Nélida mira y no mira a su alrededor. Cada vez que mira se arrepiente y cada vez que no mira piensa que ya era hora. Veintitrés de enero, Nelly. Dos mil catorce: ochenta y uno.

Cuando llegan el taxista se entenece con Tín y don Francisco la sermonea con los peligros de la temporada turística. Nélida no dice nada y sólo protesta cuando le cuesta subirse al taxi. Salen. Borroso a través de la ventanilla, don Francisco la saluda con la mano. Nélida supone que está sonriendo.

Veinte minutos después está en Retiro; media hora más tarde, después de negociar el perro en el micro, está sentada en una butaca reclinable pensando que es su peor pesadilla. Un minuto después el colectivo está arrancando y respira profundo para evitar una crisis nerviosa.

Pasada la hora ya se encomienda al andar del micro y al paisaje. Lo único que siente es miedo y, al mismo tiempo, un descontrolado deseo de rebeldía: lo único que en verdad siente es adrenalina.

Después está durmiendo y soñando con el cajón de verdura que le suele traer don Francisco: portarretratos en lugar de cebollas, una sombrilla en lugar de papas y al Negro en lugar de las zanahorias.

Mar del Plata, cuando llega, le parece joven. El mar, en cambio, no está ahí. Veintitrés de enero: el mar es la gente.

## VI

Nélida se sentó en la cama y miró por la ventana: afuera podía ver, a través de una pequeña rendija entre dos edificios, el azul oscuro del mar. “Habitación con vista panorámica las pelotas”, pensó para sí misma recordando la página donde reservó el hotel.

El cuarto era pequeño; el placar blanco y vacío estaba sobre un costado, enfrentado a dos camas de una plaza, ambas bien armadas, con colchas color marrón claro que combinaban con el empapelado de las paredes y el aire a viejo de la habitación. Sobre la alfombra estaba aún el bolso, con las remeras dobladas y guardadas individualmente en bolsas para que no se humedezcan.

Recorrió con la mirada el lugar y arrugó aún más la foto que tenía en su mano. Miró nuevamente por la ventana: el brillo del sol golpeaba la pared blanca del edificio del frente y la encandilaba; observó las persianas cerradas que se repetían regularmente hacia arriba y abajo, al igual que las amarillentas cajas de los aires acondicionados.

Estaba sentada sobre la cama, apenas arrugando la colcha. Adentro había un silencio profundo, interrumpido ocasionalmente por el motor del ascensor. “Todos deben estar en la playa”, pensó.

Se paró y miró por la pequeña rendija hacia el horizonte. El mar ya no le parecía tan bello como antes, sino más bien un paisaje demasiado vendido y fotografiado, ya sin gracia. Entrecerró los ojos y, con una mano, intentó tapar el reflejo del edificio: había algo en el mar ¡Una orca jugando con unos del-fines!, pensó. Bajó los brazos, retrocedió unos pasos, y volvió a sentarse. “Ya estoy delirando”, se dijo.

Estiró la foto de su mano y vio la sonrisa de Carlos, los dientes blancos, el pelo enrulado y los lobos marinos de fondo. Dio un largo suspiro y arrugó la foto; vio a Tín acostado sobre la cama, y lo acarició.

—No te preocupes, ya volvemos a casa, ahora bajo y reservo un pasaje para mañana.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Tín la miraba con la cabeza recostada sobre sus patas delanteras; sus ojos brillaban como si esperase un reto. Le sonrió y el perro, con un movimiento de cola, se levantó y la siguió.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Caminó viendo los motivos de la alfombra hasta llegar al ascensor, luego apretó el botón negro y esperó a que Tín entrara.

Cuando llegó al hall no encontró a nadie. El largo mostrador naranja estaba vacío, al igual que la sala de estar, con sus sillones floreados y sus ceniceros de bronce. Se acercó a la puerta de la cocina, y golpeó apenas.

No se oyó ninguna respuesta.

El frente del hotel era de vidrio y afuera se podía percibir el calor sofocante del centro. No se veían autos ni movimiento alguno.

Buscó el teléfono para llamar ella misma, pero se dio cuenta de que no sabía el número de la terminal. Miró hacia la calle, y luego se sentó en uno de los sillones. De cierta forma se alegraba de esa ausencia general, del hall para ella y Tín.

Pasaron los minutos y el lugar se mantuvo en silencio. El inmenso reloj detrás del mostrador la hizo sentir inquieta. Se paró y volvió a agarrar el teléfono para acordarse de nuevo de que no sabía ningún número. Con los ojos clavados en la calle se convenció a sí misma: ma sí. Salió con paso lento pero decidido y bajó con sumo cuidado las escaleras hasta llegar a la puerta de vidrio.

Una vez en la vereda, se dirigió hacia la esquina. Tín la perseguía saltando en la calle vacía: los autos estacionados brillaban con violencia y solo se oía el murmullo lejano de la ciudad. Llegó a la esquina y vio el cartel de la parada, aunque ningún taxi. Aguardó bajo la sombra de un árbol, durante algunos minutos.

Mientras sentía las gotas de transpiración que caían por su frente y su espalda, se dio cuenta que aún sostenía la foto arrugada en su mano. La desarrugó una vez más, y observó que la cara de Carlos estaba desfigurada por los dobleces y rayones que le había hecho. Sintió ganas de llorar, pero alzó a Tín y caminó hasta la Rambla.

## VII

Si mantiene los ojos cerrados la gente desaparece, por eso Nélide se tapa la cara con las manos arrugadas y presiona con fuerza. Escucha a Tín ladrar desde la jaula, escucha voces y trata de imaginar que vienen desde la radio o la televisión.

El viento le zarandea la pollera que le llega hasta los tobillos. Detrás de sus manos está la gente y la rambla de la foto, donde Carlos le había prometido que lo suyo iba a ser para siempre; Nélide aprieta los párpados, por miedo a que sus manos se cansen y la abandonen.

Alguien apoya una mano sobre su hombro; ¿Será Carlos?, piensa Nélide, que de tantas películas que vio encerrada en su casa, ha llegado a convencerse de que las casualidades existen. ¿La reconocería Carlos si la viera, después de tantos años? ¿Se acercaría a tocarle el hombro o miraría para otro lado y seguiría caminando?

—Señora, ¿le pasa algo? —la persona que le habla con alieno a cigarro no es él, no es su voz.

—Abuela, ¿está bien? —esta segunda voz tampoco le resulta familiar, es una voz de mujer.

Cómo voy a estar bien, piensa, por qué razón tendría que estar bien. Aún teniendo los ojos cerrados puede sentir el sol quemándole la piel, puede escuchar el sonido de el agua, puede imaginar sus pies sobre la arena.

Con los ojos cerrados, también puede ver a Carlos. Mar del Plata es él. La mano que le había tocado el hombro, o quizás otra, baja ahora hacia su brazo desnudo. Nélide lo sacude varias veces para que esa mano pegajosa deje de tocarla y, aunque el contacto desaparece, sigue moviendo el brazo casi por inercia. El brazo se mueve como si le temblara desde el hombro hasta la punta de los dedos; el otro, en cambio, sigue firme ocupándose de cubrirle la cara.

—Señora, deme un número así puedo llamar a alguien. ¿Tiene hijos, marido?

El olor a cigarrillo le entra directo en la nariz. Empieza a toser, y siente que la garganta se le cierra de a poco. No puede

tragar ni parar de toser. Alguien le golpea la espalda y Nélica se sacude y se lamenta por haber comprado los pasajes, por haber dejado que don Francisco la acompañara hasta la parada de taxis, por haber salido.

Ahora todo es Afuera; no puede correr hacia su casa, abrir la puerta y volver. Está lejos lejos del Negro y cerca de Carlos. El aullido de Tín interrumpe sus pensamientos, es un quejido lastimoso y Nélica no puede hacer más que destaparse los ojos, agacharse y mirarlo.

—No llores, Tincito. Acá está Nelly. Sí, mamá, acá estoy.

Cuando estuvo segura de que ya no había manos transpiradas a su alrededor, abrió los ojos y vio el mar, dispuesto a asesinar su ego. Sintió que su estómago estaba entumecido y miró hacia abajo: el aliento caliente de Tín le humedecía el pie.

Se acordó de la foto arrugada y se dio cuenta de que ya no la tenía; no sabía en qué momento la había dejado caer y sus manos empezaron a temblar.

Poco a poco, su cuerpo transpirado empezó a moverse más rápido: Nélica empezó a reírse como una adolescente. Su rostro se arrugó y su boca se estiró para mostrar una sonrisa amplia y juvenil; las carcajadas fueron cada vez más fuertes, hasta que una lágrima brotó con dificultad de su rostro.

Por alguna razón estaba feliz de algo.

Quizás solo reía por querer creer que ya nada iba a estar peor, que aquella línea del horizonte y esa línea blanca que cruzaba la cara de Carlos en la foto tenían la misma naturaleza inequívoca y terrible. Pero, sin embargo, se sentía libre.

Miró hacia arriba, y vio las nubes moverse poco a poco, avanzando hacia ningún lugar, y sintió que la risa incontrolable no iba a volver. El silencio de aquella tarde se había cortado con aquel hilo de carcajadas, y la foto yacía en alguna vereda marplatense, arruinándose al sol.

Fue entonces, que Nélica se dio cuenta de que iba a morir. Afuera.

# Horacio González

*Intervención de Mercedes Galera*

Horacio deja su alianza en la mesa de luz, se cuelga el bolso y se va. Ya en el auto se aleja de su casa prometiéndose no volver nunca más al barrio de Belgrano; tira el chip de su celular por la ventana y escupe a la calle: se siente más joven que nunca.

Conduce hasta un hotel en el microcentro, deja sus cosas en la habitación 202, se cambia el traje por un jean y una remera y sale a caminar por Florida. Hace dos horas que tenía que estar en el trabajo; se imagina a Benítez llamándolo por teléfono, a Benítez escuchando el contestador, a Benítez llamando a su casa. Nadie lo va a atender: Silvia está en yoga, Cecilia trabajando y Fabiana en la facultad.

Camina mirando hacia arriba, el poco cielo que se ve, entre los edificios viejos y los nuevos, está gris. Se choca un cartel de plástico que dice INTERNET, mira hacia al costado y entra. Máquina 8, 2 pesos la media hora. Horacio se sienta en una silla cuadrillé descolada, limpia el mouse con su remera e inicia sesión en PokerStars.

María es la mejor jugadora de Póker online que Horacio haya jamás conocido. En realidad, jamás la vio en persona. Horacio piensa que María usa el pelo largo. Seguro es castaña y seguro tiene ojos verdes. Piensa que María debe ser divorciada y, si tiene hijos, son grandes. Quiere escribirle y decirle que la invita a tomar un café o una cerveza o mejor a ir al teatro, pero no sabe cómo contactarla.

Abre Hotmail y mientras espera que se inicie la sesión se arrepiente; cierra el Explorer, se levanta y paga. En la calle no hay demasiada gente, son las 10 y media de la mañana y a esa hora todos trabajan o hacen trámites en lugares como la AFIP.

Pensar en la AFIP hace que Horacio camine más rápido: dobla hacia la izquierda, hace dos cuerdas, dobla hacia la derecha, hace una cuerda y cuando está por doblar otra vez entra a un negocio de tatuajes. La empleada es joven, tiene un peinado alto y un flequillo prolijo que apenas le tapa las cejas; Horacio pide un piercing para la nariz. La joven le pregunta si lo quiere con brillito o sin brillito y

Horacio contesta que sí; señala en la vidriera una argolla de metal y pregunta si es acero quirúrgico.

La chica del flequillo perfecto lo hace pasar a una pequeña habitación. De las paredes cuelgan fotos de tatuajes, en el centro hay una camilla y una mesa llena de Tupperware. Hay un Buda de cerámica. Horacio lo mira fijo y escucha las risas que vienen del mostrador. Sonríe. Entra un hombre gordo y de rastas que le da un fibrón y un espejo.

—Haga el punto donde lo quiere, maestro.

Horacio levanta el espejo y se mira la nariz. Es ancha. Se fija en los puntos negros y se acuerda de la crema exfoliante que Silvia dejó “por equivocación” en su mesa de luz. Se mira a los ojos, a sus ojos, y apoya el fibrón negro en el lado izquierdo de su nariz.

—Buenísimo, siéntese —el gordo se da vuelta y saca un par de guantes blancos de uno de los *Tupperware*— yo lo trato de usted, a mí no me gusta que me traten de usted así que si le molesta diga nomás.

—Me da lo mismo —Horacio se sienta en la camilla y apoya las manos en el jean—. Tuteame.

—Mejor, mejor —se acerca y apoya en una mesa un paquete con una jeringa y otro con una argolla—. Mirá, abro todo acá para que veas que es descartable.

Horacio no contesta.

—Bueno, ahí entonces, ¿seguro? —Horacio asiente con la cabeza—. Bueno, quieto que ahí vamos.

Siente como la aguja le atraviesa la piel; duele poco. Algo líquido baja de su fosa nasal al labio y mira al Buda de cerámica.

—Excelente caballero. Déjeme que le limpie la sangre, se movió un poco y tocamos una venita pero no pasa nada. ¿Dolió?

Horacio no contesta, sonríe.

Después de las recomendaciones de cuidados, después de comprar jabón de pan para limpiarse la nariz, después de imaginarse

otra vez a María, entra en un café y se sienta. En la mesa hay un diario. Lo levanta y lo abre en cualquier página. Pide una lágrima y cuando la moza se da vuelta y hace unos pasos la vuelve a llamar y pide un café doble.

En el lugar hay tres mesas ocupadas: en una hay una pareja de viejos, en otra un hombre de traje con una notebook y en otra está Horacio. La luz del sol entra por la ventana y le pega en la cara; cierra los ojos y siente el calor en la nariz perforada. Piensa en la habitación 202, frota la piel de su dedo anular con el gordo y apoya la cabeza en el respaldo.

El sol lo relaja y se duerme. Sueña que está en un cruce con una chica castaña de pelo largo y ojos verdes; él está acostado en una reposera tomando sol, se toca su nariz ya cicatrizada y se toca la panza con abdominales. Siente una mano que le aprieta el brazo, que lo zamarrea, que le pega una cachetada.

Abre los ojos; toca su dedo anular con el dedo gordo y siente la alianza. Mira hacia adelante y ve un árbol. Ve el árbol. Al lado está Silvia, con su mano aún levantada y la cara roja. Atrás Fabiana, que llora abrazada a su cuaderno rosa. Horacio González levanta la mano y se toca la nariz que no está perforada, empuja a Silvia, extiende los brazos y se abraza al tronco mojado.

# Horacio González

*Intervención de Josefina Fonseca*

Un rayo de sol esquiva lentamente la copa del plátano y desciende al tronco, tan ancho y tan rugoso, desde donde caerá a la raíces y se encontrará con Horacio. Es noviembre y en calle Teodoro Cruz el día amanece antes que la gente. Los pocos que caminan su vereda temprano lo saben: Horacio no madruga; entonces los señores dejan de silbar, los escolares bajan la voz, las mujeres aminoran el paso para que los tacos no suenen. Horacio sueña alguna historia que no recordará cuando despierte porque una mancha naranja o tal vez roja se instalará en sus pupilas hasta que al fin se decida a abrir los ojos, a sacarse el pañuelo casi transparente con el que se cubre la cara de los deshechos de los pájaros, a escuchar al gorrión de la rama más baja y saber que falta poco para que la semana se active, a taparse la frente con una mano para poder mirar a los ojos a ese hombre que lo observa con cara de pena. Ese hombre que ahora es gordo y tiene una franja de pelo color metal en la cabeza casi calva, pero que alguna vez fue elegante y caminó más erguido. Ese hombre que ahora menea la cabeza y se agacha, mira la colchoneta sobre la que reposa Horacio, se concentra en la ropa gastada, en las manos resacas, en la barba crecida. Ese hombre que fue su compañero de trabajo, antes de aquella tormenta, y que se llama Raúl.

—Mirate, Horacio, durmiendo debajo de un árbol.

Horacio lo mira fijamente. No va a responderle, no tiene sentido porque sabe que no entendería; es temprano, tiene sueño y todavía no trajo agua para lavarse los dientes. Entonces va a hacer lo de siempre: lo va a mirar con los ojos abiertos y desorbitados como si estuviera loco, como si en verdad ese día hubiera tenido el brote que todos creen que tuvo. Y así va a ser más fácil para ambos: Raúl podrá confirmar que ya no hay nada que hacer con Horacio, que no tiene sentido seguir insistiendo, que va a dejarlo tranquilo como se deja tranquilos a los locos buenos que no hacen mal a nadie y cuidan la calle; y Horacio podrá seguir descansando hasta que el sueño se vaya por completo, podrá traer el agua y acicalarse, podrá



cambiarse la remera sucia, podrá tomar el café que le traerá Marta cuando vea desde su ventana que está despierto; y se lo traerá en silencio, como cada mañana desde el día de la tormenta, sin esperar nada de él, sin exigirle nada a cambio de su café.

Pero entonces ve que Raúl mete una mano en el bolsillo del saco, abre su billetera y saca un billete de diez pesos; después guarda su billetera, se acomoda la corbata y extiende la mano hacia Horacio, todavía tendido de costado:

—Dale, Horacio, andá a pegarte un baño a la estación de servicio.

Horacio no sabe: no sabe si Raúl le está pagando para que se bañe, como una extorsión para tener que dejar de ver algo que le molesta, o si le está dando esa plata para que se compre un jabón. Se da cuenta de que es poca plata para una extorsión y de que, no puede ser de otro modo, le está pagando el jabón. Pero para el jabón también es muy poco, porque el jabón que le gusta a Horacio vale más que eso. Entonces comprende que no vale la pena decirle a Raúl que es miserable, que si quiere ayudarlo —si acaso él necesitara ayuda— es un esfuerzo insuficiente, ridículo incluso; y decide quedarse en silencio porque nada de lo que le diga podría servir de algo, porque Raúl no sería capaz de comprenderlo. Entonces toma el billete, le agradece con una sonrisa desorbitada de loco bueno y lo guarda en su bolsillo para dárselo a alguien que sí lo necesite. Quizás a Marta, para comprar el café. Y se queda mirando con su sonrisa desorbitada a Raúl, que ahora camina marcha atrás sin poder quitar su mirada de pena de Horacio, que sonrío hacia adentro, satisfecho, orgulloso, feliz. Porque sabe lo que ni Raúl ni los demás saben. Y no se los piensa decir.

Damiro

*Perfil creado por Francisco Magallanes*

*Escribieron:*

Franco Dall'Oste

Mercedes Galera

Josefina Fonseca

Agustina Gallardo

Silvana Casali

Carolina Martín

Melissa Rep

I

—Lo tengo —dijo Maxx—. El código se aplica. Tenemos un Dexter.

Entonces comienza la danza sobre los teclados. Uno a uno, los dedos bailan sobre las teclas de forma ascendente y descendente, y los ojos se mueven con extrañeza, y los dígitos se suman uno a uno en códigos que determinan nuevos algoritmos y así el baile se transforma en mil patrones que se extienden a través de la fibra óptica, corriendo por las señales satelitales, hasta llegar a una torre de recepción, y de nuevo a otro cable, otra fibra óptica, hasta desembocar en otro router, otra pantalla con otro fondo, y otro teclado moviéndose, danzando, ignorante de su espía oculto, del robo de mano blanca, virtualmente blanca, que se mueve sigilosa, que registra carpetas, que va y viene por aquellos recónditos pasajes de la arquitectura virtual de otra persona, y así los ojos, los otros ojos, danzan sin saber, sin sospechar, que una mano sombría se lleva sus tesoros, tesoros que viajan nuevamente por aquel router y aquel cable de fibra óptica y aquella señal satelital hasta la otra torre y así sucesivamente, en una carrera instantánea, la mano vuelve a su dueño con el tesoro buscado.

—Lo tengo —dijo Maxx—. El código se aplica. Tenemos un Dexter.

—¡¿Posta?! A ver... —contestó Ramiro. Desfilaron ante sus ojos miles de bytes de información, de palabras, de escritos—. ¿Cuándo lo hacemos?

—Hay que esperar. Todavía tengo que conseguir descryptar las cuentas, parece que tienen un firewall bastante básico, así que no creo que sea problema. Dos horas máximo ponele.

—Bueno, voy jugando unos Counter, mientras —dijo Ramiro.

El *cyber* estaba lleno. El ruido monótono de los teclados se mezclaba con reclamos y gritos esporádicos. Sobre el mostrador, se encontraba dormido el “Tuca”, un pibe de unos treinta años, que atendía el lugar a la noche.

Ramiro se distrajo al ver pasar a Mileth, que se sentó en una computadora al fondo. Llevaba el pelo cortado a lo Amelie, con mechones color azul, campera de cuero, y polera violeta de cuello largo.

Unas noches antes, en un recital de *Norma*, la había visto en pleno estado lisérgico, saltando y gritando, con los ojos bien abiertos y una sonrisa alienada. Ella se acercó y lo miró con un gesto de perversión divertida, sacó algo de su cartera y le pidió que abriera la boca.

—Dale, no seas cagón —le dijo al oído, mientras la banda gritaba con violencia. Ramiro abrió la boca con desconfianza y sintió un pequeño cartón sobre su lengua; dos horas más tarde estaban cogiendo entre unos arbustos en Parque Saavedra, y más tarde la vio irse con un hippie, que la esperaba en una bicicleta inglesa. Nunca volvieron a hablar del tema.

Se dio cuenta que Mileth lo miraba desde la otra punta del *cyber*, y cambió la vista hacia la pantalla. Siguió jugando durante una hora. Después de perder varias partidas, vio que alguien había marcado el escenario con un símbolo extraño: una especie de tablero de ajedrez, donde se esparcían algunos círculos oscuros. Miró de reojo a Mileth, que sonreía mientras escribía en su teclado, y suspiró.

—Ese es el logo de los hackers —dijo Maxx, apareciendo de repente a su lado. Ramiro soltó un grito ahogado. Lo miró con la boca entre abierta, esperando una explicación.

Maxx tenía una sonrisa soberbia, nariz afilada y brillante, y ojos siempre abiertos, como dos huevos de yemas negras.

—Tenemos trabajo —dijo.

Ramiro vio la foto que Maxx le mostraba: un tipo de unos cincuenta y tantos, canas que se asoman al costado de su cabello, dándole ese aire de típico presidente yankee; ojos celestes, arrugas en la frente y un traje de alta calidad. Parece sonreír como un ganador, posiblemente sea un gran empresario.

—Se llama Rubén Born, es accionista de Bungie & Born —dijo Maxx con los brazos cruzados, mientras esperaba con tranquilidad su reacción.

—Entonces hagámoslo —contestó él.

—Va a ser nuestro gran golpe —dijo Maxx, apoyándose un cigarrillo contra los labios.

## II

Cada vez que Maxx encontraba un Dexter, cada vez que apoyaba sus dedos sobre las teclas para ajusticiar a algún garca desde el placer y la impunidad de lo anónimo, Ramiro pensaba en la primera vez que Maxx había entrado al *cyber*.

Nunca supo por qué de todos en el *cyber* se había acercado a él, pero tenía teorías: a Maxx le había tocado la computadora 7 y a Ramiro la 8, así que se espiaban como se espían los clientes de los *cybers* y por ahí Maxx reconoció en Ramiro esa curiosidad insistente en entrar en la vida de otro pero sin hablar, sin tocar, sin mirar a la cara. Otra teoría era que Maxx se había dado cuenta de que Ramiro estaba escuchando *Sacate la mierda*, y que si sonaba *Carajo* desde esos auriculares viejos tendría que estar, sí o sí, enojado.

Ramiro relojeó el lugar: lo que importaba ahora era Rubén Born, accionista de Bunge & Born; tenía que filtrarse en sus datos, robarlos, correrlos, hacerlos desaparecer. Tuca estaba dormido con el pucho consumiéndose en la mano. En la computadora del fondo, Mileth sonreía, siempre. Maxx le dio una palmada en el hombro a Ramiro, que puso play a *Ligeia Circus* y todo empezó:

*Si mentís mentí con ganas, si apuntás no te arrepientas, no tenemos mucho tiempo para andar con tantas vueltas.*

Los fondos de Born, los códigos binarios, las teclas, la velocidad, la información violada, ahora libre, ahora de todos, circulando por la fibra óptica mientras Born juega al golf o se caga en alguien con su sonrisa de ganador.

*Paranoia, paranoia, en el aire, paranoia, paranoia, sin consuelos, paranoia y rebelión, paranoia anticomplot.*

Mileth tirada en los arbustos de Parque Saavedra, con el pelo azul mezclado con el pasto verde, Maxx entrando en el *cyber* por primera vez y la computadora número siete.

*Mescalito puede ver en tus ojos la derrota y vos te crees el rey de la comparsa, y la muerte sigue ahí, a un paso de distancia. Tecnológico y viejo hombre, Superman, tecnológico y viejo hombre, muere, muere, Superman.*

Para cuando el disco de *Ligeia Circus* terminó, Rubén Born, accionista de Bunge & Born, había desviado sus fondos a un comedor popular de La Matanza. Ramiro estaba feliz. Tenía que volver a su casa, en algún momento, tenía que volver a la facultad de Ingeniería, tenía que avisarles a sus padres que se quedaran tranquilos, que este mes se bancaba sólo.

Todas esas cosas, ahora, le parecían irreales. Lo único real volvía a ser el *cyber*: Tuca durmiendo, Maxx con los ojos siempre abiertos, como dos huevos fritos, Mileth en la computadora del fondo. Ramiro sacó el CD de *Ligeia*, lo guardó, y cerró sesión en la computadora.

Se fue a fumar un pucho a la puerta. Desde la vereda podía ver a Maxx en la número 8, que jugaba al Counter para disimular. Mileth se apoyó en el respaldo de su silla y se asomó al pasillo, miró a Ramiro y le hizo señas.

Nunca habían hablado de lo de *Norma* y a Ramiro no le salía cruzar tres palabras con ella sin sentirse un completo idiota. Cuando la vio avanzar por el pasillo, se acordó del sueño donde él era un samurai que mataba a una mujer en el desierto y supo que la única vez que había soñado eso había sido la noche del ácido, la noche de Mileth. Para cuando se dio cuenta, ella ya estaba en la puerta sacándole el pucho de la mano. Ninguno habló. A Ramiro eso era lo que le salía mejor: mirarse, admirarla, pensarla como la protagonista de una película y después sentirse un pelotudo. Sabía que Mileth lo desafiaba y sabía que en el fondo ella no era tan viva, tan prepotente, tan todo.

Los labios de Mileth se abrieron de a poco, se corrió uno de los mechones azules de la frente, tiró el pucho al piso y miró a Ramiro a los ojos:

—¿Qué onda Born?

Palmeó a Ramiro en el hombro, sonrió y dio media vuelta. Se fue caminando mientras Tuca salía corriendo hacia la puerta, a gritarle que no le había pagado, que siempre hacía lo mismo, que algún día la iba a perseguir y ella, siempre como ella y nunca como nadie más, levantó la mano y le hizo fuck you. Los dos la miraron alejarse hasta que dobló en una esquina.

### III

Ramiro estaba de costado, tapado hasta las orejas pero con una pierna afuera del acolchado para templar el cuerpo. Porque el caloventor, además de robarle el poco oxígeno que quedaba después de terminar el culo del atado, le concentraba el calor en los pies de la cama, haciendo del resto del cuarto una especie de frigorífico.

Después de dormir poco y mal, se levantó envolviéndose con el acolchado, se calzó las pantuflas y fue al comedor. El celular de Mileth estaba arriba de la mesa. Lo había dejado lejos intencionalmente, para escapar de la tentación de leer, de saber, de meterse en la vida privada de ella. Además si él leía algo que no debía no iba a poder disimular al otro día cuando le dijera Mileth te dejaste el celular en la compu y yo me lo llevé porque el Tuca tenía que cerrar. Y aunque quisiera disimular Mileth se iba a dar cuenta porque era de las que siempre se daban cuenta. Decidió agarrarlo para ver si ella había llamado para recuperarlo, sólo para eso, no iba a mirar nada que no tuviera que mirar.

Mileth había pensado quedarse un rato más en el *cyber*, pero cuando salió a fumar un cigarrillo y vio la cara con que Ramiro la miraba supo que era momento de rajarse. Y rajarse así le permitía también irse sin pagar, y era obvio que Ramiro iba a poner la plata por ella o iba a convencer al Tuca de que se la dejara pasar una vez más. Además iba a estar bueno llegar temprano porque ya sabía que en la casa había algo rico para cenar. Lo malo era que se iba a perder los detalles de cómo avanzaban los pibes con el asunto.

El hippie le tiró una piedra en la ventana de su cuarto a las doce y media. Ella se puso la campera y guardó en el bolsillo el atado de puchos. Lo bueno de salir con el hippie era que se parecía bastante a salir sola. Pero si no encontraba algo mejor que hacer, podía terminar la noche en la casa de él. Y si encontraba algo mejor que hacer, también podía volver después a terminar la noche con él. Y nadie preguntaba nada ni se ponía cargoso ni

se enamoraba ni miraba con cara de Ramiro. Por eso el hippie era el mejor.

Pero ese día, que las bandas habían sonado todas como la mierda y que ninguno de los dos tuvo algo mejor que hacer, volvieron temprano a lo del hippie y él se puso gil y arruinó todo preguntando qué onda el chaboncito del parque. Y Mileth se puso serio y le dijo que cómo qué onda. Y él le preguntó si se lo seguía garchando. Y a Mileth le rompió tanto las pelotas que el único chabón copado con el que había estado se pusiera boludo por culpa de otro que la miraba con esa cara que le dieron ganas de mandar a la mierda primero al hippie y después a Ramiro. Entonces juntó sus cosas, dio un portazo sin saludar y buscó el celular en el bolsillo del jean para mandarle un mensaje a Ramiro para que se fuera enterando con tiempo de que iba a tener que cambiar esa cara y se dio cuenta de que el celular no estaba. Y pensó en la última vez que lo había usado y tuvo la certeza de que lo había dejado al lado del teclado en el *cyber*, antes de fumar un cigarrillo con Ramiro y salir rajando. Ya eran las cuatro de la mañana. Entonces pensó en los últimos mensajes que había en la bandeja de entrada y supo que la única solución era buscar una buena excusa para Ramiro que no iba a aguantar mucho antes de revisarlos.

Sólo los primeros, dijo Ramiro. Dos o tres y listo.

VIEJA: Milu vení a cenar que hay pastel de papas.

*Mirá la rebelde way.*

PATO: Dale, mañana te lo alcanzo.

*Pato será el de los ácidos?*

MAXI FERNET: Me encantó conocerte. Este es mi número.

*Turra. Mirá cómo lo agendó.*

RAMA: Qué hacés hoy?

*Hija de puta, le llegó, lo guardó y nunca me lo respondió. Bueno, pero si lo guarda por ahí le cabió.*

KILLER XXX: Sí, trabajo para el chabón. No me sirve la data, cuando averigües algo más llamame. No creo igual que al flaquito ése del *cyber* le dé para tanto. Hay guita, llamame.

A Ramiro se le acabaron los comentarios.

## IV

Cuando Ramiro se encontró con Mileth para devolverle el celular no intentó actuar como si no hubiese leído los mensajes. Hubiera sido inútil. No le preguntó por qué no le había contestado el mensaje, porque no quería saber. Pensó en que por lo menos no había corrido la misma suerte que “Maxi Fernet”; hubiese sido terrible que lo agendara como “Ramiro Parque”.

La agarró del brazo y le dijo que tenían que hablar y la llevó hasta una esquina más alejada. Caminó rápido, cuando la tomó del brazo quiso que se entendiera como que estaba enojado, pero no hubo violencia, quizás hasta un poco de dulzura. Ella se soltó sacudiendo el brazo pero sólo cuando él ya se había detenido.

—¿Qué te pasa, nene? —Ramiro nunca sabía cómo llamarla. Nadie podía decir “nene” o “nena” como ella lo hacía; tampoco podía decirle “Mileth”, decir su nombre en voz alta era como romper un tabu. Milu le gustaba, pero no se había ganado la confianza para eso.

—¿Quién es Killer XXX?

Mileth había pensado en varias excusas para no responder. La que más le divertía era hacerse la que estaba enojadísima, que no podía creer que él hubiese hecho una cosa así. Le diría que era un idiota, se iría furiosa y Ramiro no podría hacer nada para evitarlo. Pero se sorprendió cuando él, de entrada, le dijo que tenían que hablar y no le dio ninguna explicación de cómo él tenía su celular y por qué había leído los mensajes. La sorprendió también que la agarrara del brazo y la arrastrara a una esquina. Cuando lo miró, no tenía tanta cara de Ramiro y eso le gustó.

Después de la conversación que mantuvieron Ramiro le pidió que se fuera a su casa, o con el hippie ese, pero no al *cyber*. Como iba a hablar con Maxx a ella no le convenía estar cerca. Ella le dijo que igual se tenía que ir y que no lo hacía porque le tuviera miedo a Maxx. Ramiro se rió y dio medio vuelta. Mientras caminaba sentía clavados en la nuca los ojos de ella.

Ramiro no sabía cómo decirle a Maxx lo que Mileth le había contado. Estaba seguro que le iba a decir que todo el quilombo

era su culpa por haberse metido con esa pibita de pelo azul, que las minas como ella siempre traen problemas y vos andás como un boludo atrás de ella que no te da bola. Tenía miedo que se enojara de verdad y, así como había entrado al *cyber* y lo había elegido, se fuera y lo dejara solo, sin más “Dexters”, sin más mundos de códigos que no por ser menos tangibles eran menos reales.

Maxx estaba jugando una partida de Counter pero la abandonó cuando vio los ojos de Ramiro mientras éste le decía que necesitaba hablar de un tema. Le recomendó que si era algo grave fueran a la parte de atrás del negocio porque era mejor que en la puerta donde cualquiera podía escuchar todo. Maxx escuchó a Ramiro contarle todo desde el principio. Que había agarrado el celular de ella para que no lo perdiera, que no había podido aguantarse las ganas de leer lo que decían los mensajes, la sorpresa cuando leyó el del tal Killer. Después le contó cómo había encarado a la minita. Decirle así, “la minita”, aunque ella no estuviese presente, le hizo poner la piel de gallina. Y le contó lo que sabía ella, que era poco pero preocupante.

Ella los había escuchado hablar en el *cyber* del gran golpe y de Rubén Born y se dio cuenta que era algo importante, algo serio. Ya los había estado observando hacía tiempo: cada tanto Maxx llegaba al *cyber* con los ojos muy abiertos, no pestañeaba, fumaba más de la cuenta y hablaba con Ramiro. Hablaban mucho tiempo y todos sus gestos delataban ansiedad. En esos períodos jugaban poco y mal al Counter.

—Claro, la guachita nos estaba vigilando hace una banda... que turra, que turra —dijo Maxx y le pidió a Ramiro que siguiera.

Ramiro carraspeó para que se callara, para que dejara de hablar así de ella y él pudiera seguir contando lo que sabía. Lo que había pasado era que ella necesitaba plata y había visto en esos diálogos sueltos una información que a más de uno le interesaría comprar. Le pareció que la mejor forma de hacerlo era intentar contactarse con el empresario mediante la red, sabía que alrededor de ese sistema que el tal Born habrá construido encontraría a miles de piratas que estaban atentos a los intercambios de información. Mejor dicho, ellos la encontrarían.

Mileth tuvo suerte. Durante el día que empezó a intentar entrar en los códigos de Born, mandando mensajes anónimos de advertencias, recibió un mensaje al sistema desde el que operaba. Mileth supo que cada vez se estaba metiendo más profundo en el asunto del ataque porque hacer lo que había hecho quien fuera-que-fuese-Killer XXX no parecía ser cosa de tontos. El mensaje decía que preferiría hablar con ella personalmente. No confiaba en la privacidad del espacio virtual.

Mileth le dijo que sí. Se encontraron en un bar alejado y ella le pidió que le pagara una cerveza y le dejara plata para cuando quisiera volver. Killer XXX nunca le dijo un nombre real y Mileth no se lo pidió. Estaba vestido de negro, un pantalón cargo y un buzo con capucha. Usaba anteojos de sol aunque ya era tarde. Él le preguntó qué sabía de Born y ella le dijo que poco pero que no le diría nada hasta que él le pagara. Solamente que conocía a unos pibes que podían joderlo, que eran capaces y que habían estado hablando de un “gran golpe”.

Mileth consideró que era momento de irse. Le pidió un número donde ella pudiese contactarlo y se fue. A la noche le mandó un mensaje preguntándole si él trabajaba para Rubén Born y cómo seguirían después de la conversación de ese día.

—Ahí fue cuando le respondió lo que leí. Que sí, que trabajaba para el chabón, que averiguara algo más —dijo Ramiro, esperando el veredicto de su amigo.

Maxx golpeó una pared húmeda que tenía a un costado suyo y empezó a caminar nervioso. Se tapaba la cara con las manos, cerraba los puños sobre los ojos y se despeinaba el pelo. Mientras, murmuraba palabras que no se llegaban a entender. Ramiro se quedó quieto, esperando que se tranquilizara o se decidiera a hablarle sobre qué lo inquietaba tanto.

—No, no puede ser. Ni en pedo trabaja para el Born, te lo canto. No, no, no puede ser. Si este pibe ya sabía, no hubiéramos podido entrar tan rápido.

Volvió a quedarse callado, a sus pasos nerviosos y a los movimientos ansiosos. Sacó el atado de cigarrillos, agarró el encendedor (azul como el pelo de Mileth, pensó Ramiro) pero vio que no le quedaba ningún pucho. Tiró la caja aplastada contra una pared.

—¿Sabes lo qué vamos hacer ahora? Escucha bien, eh. Vas a pedirle a esta pibita el celular y lo vas a llamar. Le vas a decir que conoces al que hizo el trabajo de Born, si todavía está interesado en el contacto. Si dice que sí, tráelo. No hables nada hasta que estés conmigo.

Después de decir eso y de mascullar que eso era lo mejor, Maxx se tranquilizó un poco. Le dijo a Ramiro que se apurara y se fue.

Ramiro se fue a su casa y volvió más tarde al *cyber* para encontrar a Mileth. Desde la esquina la vio, estaba fumando en la puerta del local. Para esconder sus nervios, para disimular que todavía no sabía cómo actuar cuando estaba con ella le chifló desde lejos y le hizo señas para que se acercara. Ella caminó hasta donde estaba él y se sentó en un banquito que había cerca. Le hizo una seña para que se sentara al lado suyo.

Cuando Ramiro le contó a Mileth lo que tenía que hacer, ella no opuso resistencia. Le dio el celular y le dijo que ella quería estar cuando sucediera el encuentro. Un poco porque quería ver si Killer le daba lo que había prometido y otro porque quería enterarse de lo que pasara.

Maxx protestó al ver que ella venía con Ramiro y que pensaba quedarse. Los tres salieron a la parte de atrás del negocio. Ramiro convidó cigarrillos y esperaron que viniera Killer.

Estaba vestido igual que cuando se había encontrado con Mileth en el bar. No dejaba de mirar a Ramiro pero el que habló fue Maxx.

—¿Qué querés? Vos no trabajás para Born, ¿no?

El extraño se quedó callado y se armó un cigarrillo. Alternaba su mirada entre Maxx, Mileth, Ramiro y el cigarro que sostenía entre sus manos. Buscó un lugar donde sentarse y sólo cuando estuvo cómodo, con el encendedor entre sus dedos, empezó a hablar. Les dijo que en realidad él no trabajaba para Born. Entre exhaladas de humo contó que hacía mucho que trabajaba como independiente para la empresa que le pagara mejor y más rápido. Explicó que las grandes corporaciones no confesaban nunca que lo utilizaban para llevar a cabo alguna operación de espionaje o sabotaje. Todos lo usaban pero no se hablaba de él.



Ramiro se quedó impresionado con todo lo que había contado. Se notaba por cómo lo miraba y porque esperaba que siguiera hablando, diciéndoles secretos de la gente con poder con la que había negociado. Maxx era más incrédulo y el tono que usaba Killer le parecía falsamente presuntuoso, lo interrumpió:

—Mirá que bueno, che. Y decime ¿qué querés con todo este chamuyo?

—Quiero que trabajen conmigo. Los tres. Que salgan de este *cyber* viejo, y que formen parte de mi equipo. ¿Saben cuántos “Dexters” les puedo conseguir?

Les dijo que no le contestaran ahora. “Ya tienen mi número, llamen ahí mañana con una decisión”

Los tres salieron y se fueron de ahí. Mileth propuso que podían cruzar al barcito de enfrente, que tenían que hablar y que era mejor hacerlo con algo en el estómago y una cerveza fría. Cuando salieron, en la esquina estaba esperando el hippie con la bicicleta inglesa. Gritó el nombre de Mileth, pero ella se hizo la sorda y les dijo a Ramiro y a Maxx que la pizza de ese lugar era riquísima.

## V

—Sí que tiene razón, Maxx. A mí tampoco me cierra ese chabón —le dijo a Mileth mientras le acariciaba el único mechón de color castaño que tenía entre tanto azul de la cabeza.

—Vos y Maxx son unos retardados; el pibe la tiene clara, se nota.

—Si la tuviese tan clara no nos ofrecería laburar en equipo.

—Si quiere laburar con nosotros es porque le conviene a él también —contestó Mileth mientras corría la mano de Ramiro y tanteaba en la oscuridad el paquete de puchos.

—¿”Nosotros”?

—Más vale nene, si llegaron a él por mí. Yo estoy adentro ahora.

Cuando Ramiro llegó a su casa se tiró en la cama. Rumiaba en su mente esas últimas palabras: “yo estoy adentro ahora”. Sabía que a Maxx no le iba a gustar nada tener a la pibita cerca. Siempre lo mismo: las pibitas como ella terminan cagando todo. “Yo estoy adentro ahora”... Tendría que haberle frenado el carro.

—¿Querés meter al hippie también?

Eso tendría que haberle dicho. Tarde, tarde, la ficha le caía siempre tarde. Era un retardado, nomás.

Pero ¿y si *ella* tenía razón? ¿Y si el chabón decía la verdad? ¿Por qué siempre tenía que darle la razón a Maxx? Él no lo valoraba, al contrario, lo hacía sentir inferior, le explicaba todo así nomás, como si tuviera miedo de que supiera más que él... Llevaban casi un año en esto y todavía no le había explicado lo que significaba un código de fuente velado, o cómo hacer una réplica de las multiplataformas Phyton... Ramiro pensaba que nada de eso era tan difícil, que Maxx no le contaba las cosas porque no confiaba en él, o porque quería hacerse el importante.

Recreó cada escena de la noche con Mileth, las calles y las frases directas, las palabras vacías, las ganas. Así una, dos y tres veces, hasta quedarse dormido, justo cuando le pasaba la lengua por el cuello. En el sueño se veía a sí mismo mordiéndole el cuello, desgajándose, apretando los dientes tan fuerte que

le arrancaba la cabeza. Él estaba vestido de samurai. Siempre había estado vestido de samurai. La mujer del mismo sueño de algunas noches atrás lloraba con la cabeza de Mileth en sus manos.

Cuando se despertó ya era de día. Prendió el celular y empezaron a caerle mensajes. Cuatro eran de Maxx:

*Boludo dónde mierda estas?*

*Y????*

*Te llegó mi mensaje? Te estoy esperando, metele.*

*Toy yendo para el cyber, te espero en 20. NO LA TRAI GAS.*

*El quinto no.*

*Me gustó anoche*

No hacía mucho que le había llegado el último de Maxx, así que escribió:

*Recién me despierto, YA voy.*

En el camino iba pensando qué contestarle a Mileth. Podía decírselo directamente en el *cyber*. Pero ¿y si no estaba? No podía no responderle. Era la primera vez que ella le decía algo lindo. Tenía que encontrar la respuesta adecuada. No ser un pesado. ‘Ramiro pensá, no lo arruines’ Cuando llegó al *cyber* espionó desde afuera, buscándola. No estaba. Escribió:

*A mí también me gustó Milu, mucho.* Convencido, abrió la puerta. En seguida se dio cuenta de que era un pelotudo.

Con el ‘Milu’ y el ‘mucho’ acababa de condenarse. Entró.

No veía a Maxx, así que fue derecho a buscarlo en el patio del fondo. Estaba armando uno. Mala señal: sólo armaba cuando estaba nervioso. Ni siquiera fumaba.

—Vamos a llamar al Killer éste y le vamos a decir que no.

—¿Por?

—Porque sí. Le di vueltas toda la noche, el pibe no me entra por ningún lado. No me voy a arriesgar. Venir así, de la nada, “un profesional de varias empresas que me usan”, dejame de joder, es un chulo.

—Anoche lo seguimos hablando con Mileth después del bar y...

—La minita no entiende nada, trató de ser un poquito menos pelotudo. Esa no tiene nada que ver acá.

—Gracias a ella dimos con el flaco...

—¡Oh, “gracias diosa de las consolas”! Este chabón no existe, grabatelo. Y si me equivoco, que lo dudo, puede que tenga un poquitito de poder, y si es así puede cagarnos. No sé, pero vos viste que yo tengo ese sexto sentido con estas cosas, mejor no meterse.

—O es un fantasma o nos va a cagar.

—Exacto.

—Igual va a estar difícil; ella sabe de nosotros, él sabe de nosotros, ¿entendés?

—Tranquilo Ramiro, ella es una pendeja, no le da la cabeza. Y él es un payaso, ¿viste cómo estaba vestido? Dame tu celular, voy a llamarlo.

Maxx le dio el faso a Ramiro y se sacó un papel arrugado del bolsillo con un número. Cuando estaba marcando entró un mensaje.

—Dejame ver —le dijo Ramiro manoteándole el celular.

*Tic-tac tic-tac para otro Bungie, ¿nos juntamos para hablar con Killer o lo llamo yo? No me digas más Milu, esta vez te perdono.*

—¿Es la piba?

—Sí, Mileth. Bancá que le contesto:

*Estamos por llamarlo para decirle que no. ¿Te veo a la noche? :)*

Ramiro no le devolvió el celular a Maxx hasta que Mileth le respondió el mensaje.

—¡Cómo estamos, eh! —le dijo Maxx impacientándose.

Ramiro lo abrió:

*No, lo llamé al Kller y quedé con el a la tarde. Suerte.*

## VI

Mileth sola. Mileth sola con un tipo que usaba capucha y anteojos negros en plena noche. Mileth sola con un tipo al que le decían Killer XXX.

Ramiro se sentó frente a la máquina y tecleó el apodo del tipo, le salió un listado de sitios pornográficos y fotos de gente ensangrentada.

—¿Y si es una especie de asesino porno?

—¿Qué flashás, Ramiro? ¿Podemos volver al tema Born?

—¡Mileth está sola tomando birra con un psicópata y vos querés que hablemos de Born! —Ramiro se levantó de golpe e hizo caer la silla hacia atrás.

Maxx se llevó el dedo índice a la sien y lo hizo girar varias veces, mientras revoleaba los ojos.

—Tratame de loco, sí. Yo no voy a dejar que mi Milu esté en manos de un asesino.

Mientras salía del cyber, se dio cuenta de lo que había dicho: mi Milu. Había hablado de Mileth como si fuera suya, lo más probable era que si ella llegara a enterarse, lo borrara del celular y lo tratara de idiota; o quizás no lo eliminara, pero en vez de RAMA, lo agendaría como “el boludo del cyber”.

Lo primero que hizo fue cruzarse al barcito de enfrente, apoyó la cara contra la vidriera y buscó entre la gente; nadie tenía el pelo pintado de azul; nadie usaba anteojos negros.

Empezó a caminar, sin saber hacia dónde iba. Se acordó de su sueño, del samurai degollando a la mujer con un sable, en la sangre y el desierto. ¿Y si Killer era el samurai y Mileth era esa mujer? Pensó que ese sueño lo había tenido después de haber estado con ella en Parque Saavedra y, como si fuera una revelación, empezó a correr en esa dirección.

Lo que comenzó siendo una corrida veloz, pasó a ser un trote para transformarse en una caminata lenta. Todavía le faltaban diez cuadras y Ramiro ya estaba agitado, apoyando las manos sobre sus rodillas y respirando hondo. Le echó la culpa al cigarrillo por su falta de estado físico y trató de hacer las cuadras restantes lo más rápido posible.

No había demasiada gente en el parque. Lo único que tenía que hacer era tratar de ver a lo lejos el cabello azul de Mileth. Cada minuto que perdía podía ser crucial. ¿Cuánto tardaría Killer en sacar el sable, ponerse en pose de samurai y...? No quería ni pensarlo. Quizás lo del sable era una metáfora, una metáfora que Ramiro no podía descifrar.

Vio algo azul a lo lejos, atrás de un árbol. Caminó despacio, cuando se acercó un poco se dio cuenta que eso azul que había visto era el cabello de alguien que estaba tirado sobre el pasto. Empezó a correr: era Mileth

Se fue acercando y vio que estaba recostada, con los codos apoyados sobre el piso y la cabeza hacia atrás. También lo vio a Killer, lo vio mirándole el cuello como si fuera un león hambriento.

—¿Qué hacés vos acá? —le preguntó ella, con la cara colorada por estar con la cabeza hacia atrás.

—Mileth —dijo y sintió que un montón de espejos se habían roto en el aire—, te vine a rescatar.

## VII

—¿Que “qué”?!

—Que te vine a rescatar, ¡este tipo es un psicópata, Milu!

—Eu, eu, eu, para un poquito, flaquito, eh —Killer se levantó de un salto sin dejar que se le cayesen ni los anteojos, ni la capucha, ni ninguna otra cosa de su facha de perverso.

—¡No, no paro nada! ¡Vos nos querés cagar a nosotros y la querés cagar a ella! —Ramiro había titubeado demasiado cuando Mileth reaccionó así, haciéndose la exasperada: ahora tenía que parecer más fuerte. Más fuerte que el idiota ese que seguramente la quería violar, o matar, o prostituir en sus páginas de chicas sexys chicas cam chicas xxx chicas hot.

—¡No paro nada!! No paro nada, ¿sabés? Este tipo te está engañando —Ramiro le señaló los ojos de vidrio oscuro a él y miró Mileth, que trataba de hablarle pero no alcanzaba a formar una frase—, este tipo es un forro, ¿entendés?

—Pará un poco, pendejo, eh. A ver si me bajás un cambio, ¿sí? —la voz de Killer era profundamente rasposa, como la de Batman.

—No bajo nada, ¡¡forro!!

Killer se rió. Sarcasmo. Ramiro estaba más caliente todavía.

—De qué te reís, imbécil.

—Te dije que bajaras un cambio, nene.

—No le digas nene —dijo Mileth, de golpe.

Ramiro y Killer la miraron un segundo y después volvieron a enfrentarse.

—Dejala en paz, ¿me entendés? Y olvidate de hacer “negocios” con nosotros.

Killer volvió a largar una risita.

—Dale, nos vamos —le dijo Ramiro a Mileth, tomándola del brazo. Ella se zafó.

—Pará un poco, Rama, vos acá no sos mi dueño.

Ramiro la soltó y la miró fijo a los ojos. Era una súplica. El pelo azulado de Mileth se movía con el viento, cada vez más fuerte. Quiso encontrar una sonrisa, algún gesto que lo orientase, que le dijese que sí, que se fugarían los dos a través del par-

que, debajo de las palmeras, las estatuas sin manos, las fuentes sin agua... Pero ella seguía mirándolo con furia. Haciendo un globo con el chicle, los brazos cruzados.

—¡GUARDA!

Se había olvidado de Killer. Se dio vuelta, pero no lo vio. Las ramas de los árboles se agitaban con más violencia que antes y el cielo se había fundido en plomo: una tormenta. Killer apareció por un costado y se lanzó sobre él. Ramiro lo esquivó justo, tirándose al pasto reseco.

—¡RAMI, LEVANTATE!

Se levantó enseguida, trastabillando, sorprendido por el ataque, tanteando en el piso, buscando alguna rama, alguna piedra, algún... No encontró nada: empezó a correr. Saltó por encima de unos arbustos, bordeó el lago artificial lleno de basura, y se metió en el panteón del parque. El viento crecía y arrancaba los afiches y carteles pegados a las columnas. Corría sin mirar atrás, sin saber por qué Killer le daba tanto miedo. Bajó las escaleras del final del panteón y en el último escalón se frenó en seco: ahí estaba Killer. Con un sable. Con un sable samurai.

—Por favor... no... no me mates... no...

Los anteojos oscuros de Killer brillaban. Brillaba el sable, se oscurecía el parque. Empezó a llover. ¿Dónde estaba Mileth?

—Por favor... no... no me... —Ramiro retrocedía de a poco, pensando en ella y en la muerte.

Killer no dijo nada. Se sacó la capucha y los anteojos. Pelo rubio, ojos amarillentos.

—¿Tuca?

—¿TUCA?

Ramiro giró: era ella, era Mileth, que llegaba corriendo por el panteón. Había seguido el mismo camino que él. Tenía el pelo alborotado y parecía estar llorando. O estaba mojada. O llovía: estaba lloviendo. Y el samurai era Tuca.

—¡¿Qué hacés, pelotudo, vestido así?! —gritó Mileth.

—Vos dejá de faltarme el respeto. Ya estoy harto de que te vayas sin pagar —Killer-Tuca le hablaba señalándola con su sable. Ramiro lo miró mejor: plástico. Aprovechó una ráfaga violenta de viento para tirarse encima de Killer. De Tuca.

Tuca no se resignó tan fácil, y empezaron a rodar sobre el pasto. Estaban a pasos del lago asqueroso. Ramiro forcejeaba tratando de sacarle el sable de plástico, y Tuca intentaba, con una mano, echarle la cabeza hacia atrás. Mileth les gritaba con odio:

—¡BASTAAA! ¡NO SEAN PELOTUDOS! ¡BASTA, LOS DOS!

Ninguno aflojaba, y pronto estuvieron a centímetros del agua. Cayeron en el lago. Ramiro cerró la boca y los ojos y trató de ponerse encima de Tuca. Intentaban ahogarse mutuamente. En un charquito. Ramiro se enredó en unas algas asquerosas.

Qué estoy haciendo. Qué asco, pensó.

Lo empujó a Tuca hacia abajo, lo soltó y salió del lago. Olía a pescado muerto, pero la lluvia lo estaba empezando a limpiar. La buscó a Mileth. De nuevo había desaparecido.

Tuca empezó a reptar hacia afuera del lago. Había perdido su sable de plástico y parecía decepcionado.

—¿Te rendís, forro?!

—¡Dejá de decirme forro, pelotudo! —gritó Tuca, atragantándose con el agua que escupía y las arcadas que eso le producía.

Ramiro no lo miraba: trataba de encontrar la silueta de Mileth en esa jungla de agua que caía.

—¡MILEEEETH! ¡MIHIL!

—Se fue, viejo. No te banca —Tuca se había puesto de espaldas y con la boca abierta tragaba agua de lluvia. Hacía buchec y los escupía a un costado.

—Vos cállate —le dijo Ramiro, seco. Meditó dos segundos:

—Ey, ¿qué hacías vos haciéndote pasar por un hacker, eh? ¿Qué onda todo esto?

Tuca-Killer se giró, apoyó los codos sobre el pasto mojado, levantó sus ojos amarillos, escupió hacia un costado y contestó:

—Por lo mismo que vos, boludo. Para engancharme a la pibita esta.

La respuesta de Tuca lo enmudeció. Significaba que al hippie había que sumarle el idiota del cyber. El idiota del cyber que se suponía era amigo, o medio amigo, o medio confidente. Claro,

el sueño del samurai. Maxx y Tuca —o sea Maxx y Killer— estaban ahí cuando lo contó. Ramiro pensó en por qué Tuca creía que era hacker sólo por Mileth.... ¿tendría razón? No había tiempo para pensar en eso: no *quería* pensar en eso. Tenía que encontrarla. Salió corriendo hacia una de las esquinas del Parque, jugándose a que Milu estaría ahí.

Milu.

Ramiro empezó a llorar. Tenía frío, olía mal y empezaba a descubrir que su vida de hacker era un fraude. Llegó hasta la vereda y no la vio por ningún lado. No veía bien por la lluvia y detrás de cada auto que pasaba le parecía ver la bicicleta del hippie. Se sentó en un tocón y empezó a sollozar:

—Mileth... yo... vine... rescatarte...

Escuchó un ruido de pájaro: su celular. Tenía una montaña de mensajes de Maxx. Leyó sólo el primero y el último:

*“Q te pasa, Romeo? Adónde fuiste? Volvé que pude encontrar un hueco cnBorn. Lo vamos a cagar a ese Killer”*

*“SEEEE, ya está: le vacié la cuenta. Mandalo a la mierda, a Killer. Llamame.”*

Su teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje: Mileth. Entre la lluvia y la taquicardia, el celular se le cayó a la vereda. Se le salió la batería. Volvió a poner la pieza, lo encendió.

—¡Daaaleeee!

Mileth: *“Yo me rescato sola. Chau.”*

# Horacio González

*Intervención de Agustina Gallardo*

Horacio se sentó en su banquito. Una pata quedó en una zona más alta, el suelo estaba desnivelado por la raíz. Quedó en desequilibrio pero no se acomodó porque creyó que estaba bien copiar la postura de su árbol. Agradeció haber conseguido las cosas para tomar un mate de vez en cuando. Miró a su alrededor, a la gente que caminaba, que cruzaba corriendo en dirección a la estación Carranza y se acordó de Fabiana y del juego de los diálogos.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta mientras reconstruía ese recuerdo. Se remontó a una tarde de otra época, cuando todavía atendía a personas que se quejaban de los códigos binarios, de las claves fiscales y de tantas otras cosas más en las oficinas de la AFIP. Silvia lo había llamado para pedirle que saliera antes del trabajo y que buscara a Fabiana porque ella no iba a poder.

—¿Por? ¿Qué vas a hacer?

—Estoy complicada, ¿podés? Si no decime ahora y veo cómo me arreglo.

—No, dejá, voy yo...

Cuando Fabiana lo vio le dijo que le gustaba que la hubiera ido a buscar. Horacio sonrió, le agarró la mochila y con su mano apoyada en el hombro de ella caminaron hasta el auto. Al rato de andar, ella se sobresaltó y le preguntó dónde estaba yendo.

—A casa...

—No, ¡no papá! Hoy es miércoles, ¿no te acordás que tengo patín?

Horacio, que no se acordaba, dobló en la siguiente calle para corregir su rumbo. Frenó ante el semáforo, se tapó la cara con las manos y se masajeó un poco la frente. Apoyó el codo en el filo de la ventanilla y la miró a Fabiana que observaba a dos personas que estaban de pie en la esquina, diciéndose algo. Vio que su hija empezaba a gesticular y a mover los labios, como si hablara sola. Cuando le preguntó qué estaba haciendo ella se sonrojó. Le explicó que era un juego que hacía siempre con mamá y Ceci en el auto. Se trataba de encontrar gente que estuviera hablando e imaginar el contenido.

Además se puede inventar un nombre, un trabajo o cosas así. Sonrió y entusiasmándose, siguió con su explicación.

—Mamá es la que adivina mejor. Ceci no sabe jugar bien y dice cualquier cosa

—¿Y cómo sabés si es cualquier cosa o no?

—Ay, porque sí papá, porque te das cuenta...

Fabiana le suplicó que la acompañara en el juego. Él decía que no, que le gustaba escucharla a ella, que no tenía imaginación para ese tipo de cosas. Ella insistía diciendo que no era difícil, que no seas malo. En el semáforo siguiente vio a dos señoras que hablaban. Horacio, copiando la cara que estaba haciendo una, trató de imitar una voz más aguda que la suya y dijo: "Te dejo Susana que me tengo que ir a trabajar". Fabiana se empezó a reír. Se despidió retándolo porque había dicho cualquier cosa, como hacía siempre Cecilia, porque se notaba que la señora no trabajaba y la otra no tenía cara de Susana. Desde afuera, movió los labios diciendo "gracias" y corrió hasta la puerta del club.

Horacio observó a una nena en el auto que se detenía en la esquina de Teodoro García. Viajaba adelante, sentada en cuclillas. Iba de costado, con la frente y las manos apoyadas en el vidrio de la ventana sin polarizar. Se preguntó qué diría de él si jugara con su papá al juego de los diálogos. Imaginó a la nena diciéndole a su papá "mirá a ese señor". El tipo le habría contestado que ése es el loco del árbol. La nena hubiese dicho que no, que no tenía cara de loco y que era un señor que estaba tomando mate, debajo de un árbol y que seguro estaba esperando a su familia para hacer un picnic.

Miró a un hombre que al pasar por una vidriera espejada se frenó y se quedó observando su propio reflejo. Imaginó que ese hombre pensaba que ya era hora de sacar un turno en la peluquería para

taparse un poco las canas. Le pareció que eso le habría causado gracia a Fabiana. Ella hubiese agregado que cuando la mujer le preguntara si se había cambiado algo, el tipo diría que no, que no se había hecho nada.

Por la calle cada vez transitaba más gente y, siguiendo el juego, sus potenciales conversaciones, historias. Pero Horacio se había aburrido. Pensó qué distinto sería si Fabiana estuviera ahí. Se dio cuenta también que nadie diría nada sobre él. Tiró la yerba a su izquierda y pensó que es difícil inventarle una historia a alguien que está solo y que está quieto.

—Bueno, solo no...

Horacio acarició el tronco del árbol.

# Horacio González

*Intervención de Marcos Nuñez*

Volvió a mirar la rama sobre la vereda. Muerta. ¿Un brazo? Sí, podía ser un brazo, pero también podía ser una pierna o incluso un parietal. El parietal del árbol.

Muy cerca había una mancha de aceite que ganó su atención: le gustaba ver cómo la aureola repelía el agua. Por fin se movió, dio unos pasos cortos hasta pararse sobre la mancha, como si un árbitro imaginario hubiese marcado con aerosol la posición de la barrera y estuviese a punto de sonar su silbato.

—Va a tener que acompañarnos —le soltó un hombre de blanco. Su compañero, rezagado, empujaba una camilla. A ninguno de los dos parecía importarle la perene llovizna.

—Pero estoy bien. La rama pasó por acá —explicó Horacio haciendo un gesto con la mano. Los que estaban más atrás en la ronda se asomaban por encima de los hombros de los que estaban más cerca. Apareció sobre las cabezas, también, lo que Horacio creyó que era un micrófono.

—Firme aquí, necesitamos esto para llevarlo.

—¿Cómo? ¿Llevarme? ¿A dónde?

—Necesita asistencia, señor.

—Le digo que estoy bien. No me pasó nada.

—Todos dicen lo mismo. ¿Usted sabe que en el 84 por ciento de los casos donde hay golpes con ramas las secuelas pueden ser... graves?

Horacio no supo qué decir. Se quedó mirando a los enfermeros un largo rato; el repique de la lluvia volvió a hacerse más intenso. Un paraguas rojo asomó por encima de todas las cabezas. Le llamó la atención porque estaba roto, la tela recogida sobre uno de los alambres dejaba dos varillas al descubierto: era un arma letal.

Los de blanco le hacían marca personal, aunque él permanecía inmóvil parado sobre la mancha de aceite. Sin embargo, cuando se llevó la mano a la frente para rascársela notó que los dos sujetos retrocedieron, alertas. El muchacho con el piloto amarilló se le acercó



y le dijo algo al oído. Después volvió sobre sus pasos, hasta su lugar.

—¿Va a firmar, señor? —el más alto de los enfermeros le extendía una lapicera.

Cuando llegara a su casa Horacio pondría a calentar el agua y prepararía el mate; si podía gambetear con celeridad a los de blanco con suerte llegaría para ver el segundo tiempo del partido.

El chirrido de una cortina metálica rasgó el aire; por un momento tapó el aguacero. Horacio estuvo seguro de que nadie más que él había percibido eso, que la lluvia se había apagado para dejar escuchar el quejido metálico.

—¿Alguien lo conoce? Usted —dijo el enfermero clavando sus ojos en el joven de piloto amarillo—, ¿sabe quién es?

El muchacho negó con la cabeza.

—Señor, acompáñenos.

—¡Les digo que me siento bien! —volvió a quejarse Horacio.

—Eso que tiene en la frente. Parece sangre.

Horacio se tocó la frente y después se miró la palma de la mano. Nada. Sentía que el traje le pesaba cada vez más, que no paraba de chupar agua. Miró por encima del gentío y vio que el semáforo estaba a punto de ponerse en verde. ¡Qué hijos de puta! Cómo me embarraron la cancha...

La lluvia no amainaba y ya se había ido del todo la luz natural. Los faroles del alumbrado tiraban algún lengüetazo por acá y por allá. Horacio reconocía que estaba acorralado, pero no se resignaba a entregarse.

De un momento a otro el cielo se iluminó y como un relámpago amarillo el muchacho del piloto cruzó la ronda corriendo. El paraguas rojo se movió y el joven cayó al piso.

—¡Le pinchó el ojo! ¡Le pinchó el ojo! —comenzó a gritar desesperada una nena que estaba tomada de la mano de su mamá.

—¡Doctor! ¡Ayúdenlo!

—Abran paso.

—A ver si nos corremos —repetía una y otra vez el enfermero que empujaba la camilla.

—NO PUEDO CAMINAR, NO ME DEJAN.

—¡Por favor, córranse!

—Pibe, dejáme ver, sacáte la mano.

—¡Ay!

—Si no te sacás la mano no puedo ayudarte.

Horacio era libre. La multitud que lo asediaba se había alborotado alrededor del muchacho de piloto amarillo. Podría haber salido corriendo, hasta caminando si quería; habría llegado a su casa media hora después del viaje en subte, el momento justo para sintonizar el partido con el segundo tiempo a punto de comenzar. Habría puesto la pava sobre el fuego y, mientras se secaba con alguna toalla, vería rodar la pelota por el césped mojado, salpicando agua para todos lados. Se habría impacientado con cada tiro libre, porque la pelota viajaría indescifrable; habría estallado en furia cuando la luz se cortase, pero pronto estaría vibrando de nuevo porque el suministro eléctrico volvería algunos minutos más tarde. Habría saltado del sillón con el último contraataque de su equipo y, sin prestarle demasiada atención al enchastre de yerba que dejaba desparpado en el piso, habría vociferado cien veces gol cuando la pelota atravesaba la línea de cal de los de blanco.

Pero Horacio había visto todo.

—¡Simuló! ¡No le crean nada, es un chanta!

La muchedumbre volteó al escuchar cómo se desgañitaba el hombre, parado sobre la mancha de aceite.

—¡Las varillas! ¡Las varillas del paraguas no lo tocaron! ¡Simuló!

Cuando el de blanco cerró la puerta de la ambulancia todavía se oía en el aire el reclamo desesperado. Incluso se oyeron los gritos unos segundos después de que dobló la esquina, con la sirena encendida.

Paloma

*Perfil creado por Melissa Rep*

*Escribieron:*

Carolina Martín  
Francisco Magallanes  
Franco Dall'Oste  
Mercedes Galera  
Josefina Fonseca  
Luciana Demichelis  
Agustina Gallardo  
Silvana Casali

I

Paloma apoyó sus borcegos negros sobre el bafle, y empezó a mover las caderas y a levantar los brazos pidiendo palmas; cuando estiraba los brazos se le acortaba el vestido verde con puntillas, que aún así no se elevaba de la rodilla. Giró la cabeza y su pelo corto y rubio brilló bajo las luces de neón y la bola de espejos. Sintió que alguien la miraba y aprovechó para acomodarse el vestido y los anteojos, que ya estaban en la punta de su nariz. Le gustaba ese juego. Paloma se sentía libre: sonrió.

La presencia de unos ojos que la observaban con fijeza la impacientaron y la intrigaron. Quiso mirar, pero sabía que tenía que hacerlo con sutileza; comenzó a menearse para poder agachar la mirada y la vio: las cejas gruesas, los labios carnosos, el pelo negro adornado con flores y los ojos penetrantes.

En un intento de levantarse, Paloma se pisó el vestido con los borcegos y cayó de espalda al piso. Carla corrió hacia ella y se agachó, ofreciéndole la mano:

—Sos una sacada, mirá que vas a bailar así.

Paloma siguió desparramada en el suelo, en medio de las colillas de cigarrillo y las latas de cerveza vacías.

—¿La viste?

—¿A quién? —preguntó Carla mientras la tomaba del brazo y la ayudaba a incorporarse.

—A Frida.

—¿A Frida?

—Frida Kahlo; yo estaba bailando y ella me miraba desde abajo. ¿En serio no la viste?

—Te dije que no tenías que tomar tanto volka con durazno.

—Vodka, Carla. Vodka —corrigió Paloma mientras su amiga le sacudía el vestido.

Miró hacia la barra de madera, iluminada con luces amarillas. Un joven alto, vestido con camisa a cuadros y un jean, le hablaba al oído a una morocha que estaba fumando un cigarrillo. Intentó verle la cara, pero una columna de cemento parcializaba su visión.

Atravesó la pista esquivando los cuerpos transpirados, se paró detrás de la morocha y puso la mano sobre su hombro. La chica se dio vuelta y le tiró el humo del cigarro en la cara.

—Perdón, te confundí con otra persona.

Se apoyó contra la barra y le pidió un tequila al barman, vestido con musculosa blanca y peinado con gel, que enseguida le alcanzó un vaso, un sobre de sal y una rodaja de limón. Ella dejó a un lado la sal, tomó el tequila y chupó el limón.

\* \* \* \* \*

Magdalena se quitó el tocado de flores, se peinó la cabellera negra, se desvistió y se acostó. El hombre que estaba en la cama se desperezó, abrió los ojos inmensos y sonrió mostrando sus dientes amarillentos y separados. Estaba desnudo, salvo por un slip gris ajustado, que hacía que su panza pareciera más grande de lo que realmente era.

Mientras el hombre la besaba, Magdalena miró el cuadro que estaba colgado sobre la puerta de madera: una pintura con la imagen de Frida Kahlo y la cara de un hombre dibujada en su frente.

—¿Te acordás cuando pinté ese cuadro, Diego? Lo hice pensando en vos.

—¿Otra vez con lo mismo, Magdalena?

—No, no me digas Magdalena. Me llamo Magdalena Carmen Frida. Decime Frida; Magdalena y Carmen son nombres horribles.

Diego dejó de besarla y se dio vuelta, dándole la espalda. Se cubrió con el acolchado de gamuza marrón y, antes de dormirse, le dijo:

—A veces pienso que realmente creés que sos Frida y me da miedo.

Magdalena le besó la espalda y le acarició el cabello crespo. Abrió el primer cajón de la mesa de luz, sacó una caja de fósforos y encendió un cigarrillo. Alzó la vista hacia el cuadro que estaba sobre la puerta y sonrió, satisfecha.

\* \* \* \* \*

Cuando se dio cuenta, Paloma estaba apoyada contra un árbol, intentando no vomitarse los pies. Atrás suyo, Carla le sostenía el pelo con las manos, para que no se le fuera a la cara.

—Me hizo mal el frío, Car.

—El frío, claro. Vamos, dale, te acompaño hasta tu casa.

Paloma se recostó sobre el hombro de Carla y se durmió hasta que el taxista frenó en la puerta. Carla la zamarreó para despertarla y le pagó al taxista con dos billetes de diez mientras se bajaban del auto. Después de dos intentos fallidos, Paloma consiguió meter la llave en la cerradura y abrir la puerta.

—Andá a acostarte, Palo. Ahora te llevo un café— le dijo Carla.

Paloma recorrió el pasillo largo y ancho, tratando de no hacer demasiado ruido para no despertar a sus padres. Abrió la puerta de su cuarto, se sacó los borcegos y se tiró a la cama.

En la habitación había dos camas, una biblioteca y un placard grande que ella había decorado pintando una imitación

de la obra “El sueño”, de Pablo Picasso. También había varios cuadros colgados en las paredes y un atril con un lienzo blanco. Entredormida, Paloma escuchó el ruido de la puerta; abrió los ojos y vio a Carla con una taza de café en la mano. Se incorporó y empezó a sorber: demasiado dulce y con poco sabor a café.

Carla se desprendió los zapatos rojos de taco alto y los dejó al lado de la cama, luego se sacó las medias negras de nylon tratando de no romperlas aún más. Se acercó al atril y miró la tela blanca y una foto donde se leía: “El suicidio de Dorothy Hale, Frida Kahlo”.

—Es raro ver esto así: vacío.

—No puedo dibujarla, no me sale. No sé por qué no me sale.

—Y hacé otra cosa, Palo.

—¿Vos pensás que me estoy volviendo loca? En serio la vi en el boliche: me miraba desde abajo del parlante, era ella.

—Sería una parecida, ¡si está muerta, Paloma! ¿Qué flashás? ¿Qué se te aparece el fantasma de Frida Kahlo? Dejame de hinchar.

Paloma apoyó la taza de café sobre la mesa de luz y le alcanzó un camisón a Carla, que se cambió y se metió bajo las sábanas.

—Yo sé que es imposible, pero era ella.

Carla imitó un ronquido, que sonó fuerte y exagerado.

—Dale, sí. Hacete la dormida para no escucharme. ¿Y me querés decir desde cuándo roncás, vos?

Carla se alumbró la cara con el celular, susurró una palabra y se tapó la cabeza con las sábanas.

\* \* \* \* \*

El goteo incesante de la canilla de la cocina la obligó a despertarse. Magdalena se levantó de la cama, descolgó un vestido azul de cuello redondo y se vistió.

—¿Podés venir, amor?

Diego entró en el cuarto con un mate de calabaza y se lo

alcanzó. Magdalena le besó la nariz y se colocó de espaldas a él, para que le subiera el cierre del vestido.

—Éste es mi favorito— dijo él, abrazándola.

Mientras Diego volvía a la cocina a poner la pava sobre el fuego, Magdalena se sentó frente al espejo y se cepilló el pelo; se hizo dos trenzas anchas, que luego anudó formando un rodeo, y finalizó el peinado con una rosa de plástico rojo. Después se pintó los labios y cubrió su cuello con un collar de perlas.

En la cocina la esperaba otro mate amargo y un plato de tostadas untadas con dulce de leche y manteca. Después de desayunar, Magdalena caminó hasta el patio y sacó a pasear su bicicleta inglesa negra.

—Nos vemos a la noche, Diego —gritó golpeando el vidrio de la ventana.

\* \* \* \* \*

Paloma soñó que estaba acostada en una cama de hierro: no tenía las manos atadas, pero no podía moverlas. Una máquina con muchas pinzas le pellizcaba la cara, se la estiraba y ella sentía que tenía la cara ancha y cuadrada.

Abrió los ojos y vio las manos pequeñas de su sobrino Santino apretándole la cara y apoyándole las rodillas sobre el brazo izquierdo:

—Enano, ¡corré porque te mato!

Santino bajó de la cama riéndose, atravesó el pasillo corriendo y se escondió detrás de las cortinas que cubrían el ventanal del living. Paloma lo siguió, en el camino saludó a su mamá y a su hermano que estaban sentados en un sillón, y cuando miró hacia la cortina descubrió los pies de su sobrino.

—¿No lo vieron a Santino? —preguntó alzando la voz.

—No, Palo. ¿No estaba con vos? —dijo su hermano.

Paloma se acercó sigilosa y el nene se puso en puntas de pie, en un intento por no ser descubierto.

—¡Te encontré!

Paloma corrió las cortinas y a través del ventanal vio pasar una bicicleta inglesa negra: una mujer morocha con un tocado en la cabeza. Cerró con desesperación las cortinas y cayó de rodillas al piso, escondiendo la cara entre las manos. Santino se acercó a ella y la abrazó.

—Acá estoy, tía. No te asustes.

Ella levantó la cara, sonrió y lo apretó con fuerza.

## II

Los entendidos aseguran que cuando las hormigas trabajan en sus provisiones, avanzando una tras otra en extensas hileras con algo dulce o salado, insecto o vegetal, hasta desaparecer en la tierra, es porque se viene la tormenta. Paloma jamás había escuchado algo semejante, y, aunque lo supiera, esto no habría modificado en nada su práctica de quemar hormigas trabajando, esta vez mientras esperaba a Carla sentada en el césped de La Rocha. Era la hora de La Demier, profesora de Historia del Arte quien, definitivamente perdida en su soledad no deseada, evitaba todo tipo de conflictos con sus alumnos, ya fuera omitiendo las acciones de los más revoltosos como haciendo caso omiso a las ausencias de los que figuraban como presentes en el registro pero claramente no estaban. Sin contárselo a nadie, Paloma y Carla habían aprovechado las últimas tres clases para ratearse.

Las hormigas desaparecieron en menos de un minuto, espantadas por el calor de la brasa, y entonces Paloma no soportó más el aburrimiento de la espera y le mandó un mensaje a su amiga. Mientras esperaba la respuesta se encargó de fiscalizar con la mirada a cada una de las mujeres que atravesaban la plaza: ninguna era parecida a Frida.

Carla le contestó que fuera para el jacarandá del Sagrado. Paloma resopló con fastidio, cruzó corriendo entre los autos y encaró diagonal 73. Los jacarandás florecidos irradiaban un aura turquesa hacia el interior del boulevard: Paloma admiraba esos colores como si fuera un Dalí. Carla, que la esperaba en el banco de cara a la iglesia del Sagrado Corazón, estaba fumando como cuando no sabía con qué acuarela continuar.

—¿Conseguiste los hongos? —le preguntó Paloma y la estrechó en un delicado y extenso abrazo.

—¡Amiga, te amo! —respondió Carla, besándola con ganas en la mejilla.

—Yo también, amiga, ¡decime que los conseguiste!

—Robert es un forro, no me los quiso vender.

—¡Qué forro hijo de puta! ¿Le explicaste lo de Frida?

—Se me cagó de risa, me dijo PENDEJA y me dejó un veinticinco.

—¡Qué forro! Necesito esos hongos ¿Cómo voy a hacer?

—Escuchame, Palo: buceando en una de esas páginas llegué a un blog de Finlandia que explicaba cómo allá se lograba una réplica del efecto de los hongos mexicanos...

—¡Sos una genia! ¿Cómo?

—Mezclando Urrevixona 400 con Supertovil 150, Coca-cola y medio porro.

Paloma era ante todo una obsesiva compulsiva y de algún modo era consciente de ello. Se dejaba llevar en esa euforia por sentir la aprobación, el cariño, la admiración del otro: de una amiga, de su padre, de una profesora. Por eso se había pasado tardes enteras sin ver dibujitos, sin salir a la calle, presa del silencio de una casa que se había quedado sin niños, sólo ella y los libros repletos de pinturas. Estudiaba uno diferente cada tarde y así había ido internalizando el caos de un Picasso, las líneas curvas de un Cézanne o de un Gauguin, las caras alargadas de Modigliani, las carnes perfectas de un Caravaggio. Sin darse cuenta se había convertido en una buena copista para su edad y todos la halagaban cuando terminaba una nueva réplica. Pero cuando Carla, en el velorio de su mamá, le recriminó que nunca podría copiar la esencia de Frida Khalo, descubrió que algo se había roto en su ego y sintió, después de mucho tiempo, algo parecido al dolor. La última vez que se había sentido así había sido a los once años, cuando su hermana más próxima abandonó la casa y se fue a estudiar a Los Ángeles.

—¿Cómo carajo los vamos a conseguir, amiga? —Paloma estaba excitada por esta nueva oportunidad.

—Me los dio el nabo de Giacobbone, le dije que eran para mi abuela, ¡ja! Le pedí que no dijera nada y le di un beso ahí.

—¿Ahí dónde, turra?

—¡Ni en pedo me como a Giacobbone! En la comisura, para que quede re tarado.

—Sos una genia. Tomemos, dale, y vayamos a la muestra.

—Falta la Coca...

Tomaron una pastilla de cada blister acompañadas por una botellita de vidrio de Coca-cola. Enseguida prendieron un porro que Carla ya había armado y caminaron contentas, espléndidas, como si de repente esa libertad fuera la única razón para ser feliz. En el Teatro Argentino habían montado una muestra de la pintora modernista Rep, y Paloma tenía fe de captar el mensaje que alguna vez Frida había descifrado en hongos mientras observaba muestras en el DF. Miraba pero no veía nada en especial: estaba fumada, sí, pero el mensaje seguía sin aparecer.

La primera carcajada estruendosa apareció sentadas a bordo del Este que avanzaba por 7 como si fuera a despegar. Paloma recordó la imagen de Giudice, Almeyra y Garzón gateando hasta el escritorio de La Demier y dejándole una hoja de carpeta encendida a sus pies. La Demier se había sorprendido del humo pero no se había percatado que eran sus zapatos los que corrían riesgo de abrasarse. Toda la clase había estallado en una carcajada similar a la que soltó Paloma en el micro; prácticamente el resto de los pasajeros se volteó para mirarla con desconfianza, salvo Carla, que replicó su risa.

—¡Te juro que veo en HD, hermosa! —exclamó Paloma.

—La ventanas, ¿viste? ¿No son como líquidas?

—¡Zarpado! Ahora entiendo de lleno a Dalí, ¿viste el agarra-manos? Las ondulaciones del metal son fascinantes.

—¿La pollera de esa piba es amarilla?

—El amarillo más intenso que vi en mi vida...

—¿Vos ves todos esos colores? —preguntó Paloma, confundida.

—Sí, pero, ¿cuántos hay, boluda?

—Son infinitos...

Al poco tiempo, Paloma empezó a entender algunas cosas; esa sensación de poder descifrar todo tipo de mensajes le brindó confianza. Comprendió que ya no era necesario ir a ninguna parte, que quizás podrían bajarse, pegar la vuelta y cumplir con el plan obsesivo de entender el mensaje de Frida a través de aquella fórmula finlandesa que había traído Carla

con instrucciones y materiales. Sí: llegar hasta el final del recorrido y pagar el boleto de vuelta era lo más seguro. Volvió a mirar por la ventanilla y en un principio creyó que estaba astillada, pero al instante comprendió que estaba lloviendo: las gotas sobre el vidrio eran micro led que mostraban hormigas en hilera, una tras otra, transportando algo dulce o salado, insecto o vegetal hasta desaparecer en la tierra. Y comprendió el mensaje del Jessico (así le había dicho que se llamaba esa voz que la guiaba): las hormigas trabajaban en sus provisiones porque toda la naturaleza sabe cuando viene la tormenta.

Paloma vio en cámara lenta como Carla se recostaba suavemente sobre el respaldo de la butaca y con una sonrisa que parecía doble observaba la ventana. Había descubierto las gotas micro led.

Entonces ella se relajó también y miró hacia afuera: la vio pedaleando la avenida en una inglesa negra.

Era ella, de nuevo: llevaba un rodete formado por trenzas con una rosa plástica sobre el cabello bien negro. Una vez que el Este la superó pudo distinguir claramente sus labios rojos por debajo del bozo pronunciado y sus gruesas cejas declinadas. No había dudas: era Frida.

\*\*\*\*\*

Lo extraño de ese cuadro, para ella, es que el poco nivel de profundidad de campo deja la duda de si el ciervo está corriendo o yace en el suelo. Es una diferencia vital: un animal acribillado a flechazos que corre aún no se rinde, persiste en la vida; si está tirado, en cambio, habla de una rendición. Quizás esa sea la esencia: la ambigüedad de este mundo de sufrimiento, la resistencia que por momentos es resignación y el cuerpo que sigue acribillado, en constante indecisión.

Cuando vio el rostro humanizado del ciervo se tocó la cara: pasó primero sus yemas por la frente que descendía suave y tersa, luego por las cejas y después, separando los dedos, des-

cendió por la marca de expresión que llegaba a cada extremo de su boca. Acarició sus labios rojos y la pera que terminaba redondeada; pensó en el dolor, en la carne sintiéndose tan viva y tan cerca de la podredumbre, en los fierros aplastando los huesos partidos y en la sensación de ser tan frágil, tan fácilmente extinguido.

El silbido del agua hirviendo en una pava la sacó de ese trance. Apagó la hornalla y se sirvió el agua en una tasa con un saquito de té; dejó la pava en la cocina y tomó la tasa con las dos manos. El vapor le molestaba a los ojos. Sin dejar de mirar el cuadro tomó un gran sorbo. Sintió el líquido atravesar su garganta como fuego y por un instante disfrutó de aquel dolor.

Vio que afuera comenzaba a llover. Dejó la tasa en la mesada y fue al living. Sobre las sábanas desarmadas de un colchón en el piso estaba Diego. Lo vio recostado contra la pared. Tenía una remera celeste desteñida que se apretaba contra su panza y seguía sin usar pantalones; con una mano cambiaba de canal mientras con la otra se sacaba un moco.

—Diego, me voy —dijo fríamente, agarrando las llaves y arreglándose el pelo frente al espejo.

Afuera llovía sin ganas, como le gustaba decir a ella. Desató el candado de la bici y salió por el pasillo hacia el hermoso mundo gris de un día triste y nublado. Comenzó a pedalear mientras aspiraba el aroma del pavimento mojado, y se dejó llevar por el camino sin un destino cierto. Tembló cuando pasó por las calles de adoquines y transpiró cuando las sutiles y casi invisibles lomas de La Plata la ponían contra la pendiente.

Al ver el agua correr por el pavimento hacia una bocacalle pensó en Diego. Pensó en la libertad que debía de darle para que fuera él y no otro, y sonrió al recordar la vieja foto colgada en su placar: los pesados párpados de Rivera, su pequeña boca esbozando un reflejo de sonrisa y los varios pliegues de su papada.

Anduvo por el bosque y dejó que la lluvia mojara su rostro; sintió la humedad tocar sus muslos y le molestó la quietud de aquel lugar. Fue hacia el centro de la ciudad, buscando la masa de gente que todos los días iba y venía por esas calles que ella



ignoraba, allí donde el mundo realmente sucedía. Anduvo hasta sentir que las piernas le quemaban, y quiso seguir un poco más.

En un semáforo escuchó un grito perdido y frenó. Miró hacia atrás, pero la llovizna caía directo sobre sus ojos impidiéndole ver con claridad. Volvió a escuchar el grito y volvió a darse vuelta cuando sintió una carcajada violenta y una bocina chillona que la asustó. El semáforo se puso en verde y ella comenzó a pedalear con el rostro endurecido; un Fiat Uno se puso a la par y un colorado de ojos celestes le sonrió burlonamente. Escuchó otras risas dentro del auto y varios comentarios que prefirió ignorar. Siguió pedaleando de forma regular: no quería acelerar ni frenar para no demostrar su disgusto. El auto siguió junto a ella a lo largo de media cuadra, hasta que un nuevo bocinazo volvió a asustarla y el Fiat Uno se perdió en la lluvia.

Frenó y se arregló las trenzas y la rosa; luego se secó la cara con la manga de su campera de algodón y retomó su viaje. Anduvo por tres cuadras cuando pasó en contramano junto a un Este que en ese instante aceleraba.

A partir de entonces el mundo comenzó a moverse con lentitud: primero el sentimiento de la lluvia sobre la frente, luego la coleadá del auto que cruzaba y el Este que intentaba girar con violencia, ella dada vuelta sobre su bicicleta, observando, y el día gris que iluminaba el otro colectivo que apareció de golpe, de la nada, y se estampó contra el colectivo; el ruido a metal y los gritos, el plástico que explotó y las ruedas que se quemaron contra el pavimento húmedo y el charco de la esquina que reflejaba su figura mientras todo sucedía. Y, finalmente, el silencio. El silencio y saber que eso ya le había pasado otra vez.

Se tocó la cara y recordó el dolor y la carne retorciéndose bajo el peso del metal que se parte como los huesos. Sentía la lluvia que ahora caía con mayor violencia. El Este estaba volteado sobre un costado; poco a poco los gritos la despertaron de su trance.

### III

Fue desde la camilla, en la ambulancia, que Paloma la volvió a ver: estaba parada en la esquina, con un pie sobre el pedal de su bicicleta inglesa y otro apoyado en el cordón. Las flores de su cabeza lucían más oscuras porque estaban empapadas y Paloma se sintió mareada; recordó las hormigas led, el mensaje del Jessico y a Frida bailando entre la gente.

Después del hospital, después de los exámenes, incluso después de las declaraciones, Paloma seguía sin saber qué había pasado con Carla. Hacía horas que estaba recordando la imagen de Frida y la bici inglesa cuando su mamá entró a la pieza para avisarle que su amiga estaba bien: tenía las dos piernas fracturadas y el tajo del brazo había sido profundo, pero no había tocado ningún tendón.

Dos piernas quebradas y un corte en el brazo.

Ella sólo tenía un rasguño en la palma de la mano y un cortecito en la pierna.

Así se lo había dicho el doctor: un cortecito. Carla, en cambio, tenía un corte. Sacudió la cabeza y puteó en voz baja; le dijo a su mamá que quería ver a su amiga y empezó a ponerse la ropa. Ella podía irse enseguida porque había tenido la suerte de caer encima de un ser humano y no sobre los vidrios, como sí había caído Carla.

Entró en la habitación y la encontró dormida. Tenía ambas piernas enyesadas colgando de un aparato de la cama. En el brazo tenía una venda y su cara estaba llena de pequeños cortes. Paloma se miró al espejo: estaba impecable. El cortecito de la pierna no se veía bajo la ropa y las palmas de la mano tampoco.

El papá de Carla le había dicho que era mejor no despertarla, que si quería le dejara una notita en la mesa. La mamá de Carla estaba muerta, así que solo tenía a su papá y a su abuelo. Paloma se sentó y miró la mesa de luz. No iba a dejarle un saludo porque no se quería ir hasta verla despierta, pero empezó a revisar los papeles que había apilados.

La hermana menor de Carla le había mandado un saludo y su abuelo le había comprado flores. Entre las recetas y las

tarjetas sobresalía una postal de color oscuro. Paloma la miró: era una postal del cuadro “Las dos Fridas” de Frida Kahlo. Le empezó a latir rápido el corazón y cuando la dio vuelta leyó:

*«Yo solía pensar que era la persona más extraña en el mundo, pero luego pensé: hay mucha gente así en el mundo, tiene que haber alguien como yo, que se sienta bizarra y dañada de la misma forma en que yo me siento. Me la imagino, e imagino que ella también debe de estar por ahí, pensando en mí. Bueno, yo espero que si tú estás por ahí y lees esto sepas que sí, es verdad, yo estoy aquí, soy tan extraña como tú.»*

F.K

Cuando Paloma dejó de leer tenía las manos transpiradas y sentía una presión en el pecho. La imagen de Frida en la esquina volvió a su cabeza y con sus manos empezó a apretar la postal. Tenía la prueba de que no estaba loca, de que si no era el fantasma de Frida era alguien relacionado, y no, no había delirado. Pero también tenía en sus manos una postal que estaba dirigida a su amiga y no a ella.

\*\*\*\*\*

Magdalena abrió la puerta del living tan excitada que rompió el llamador que colgaba del marco. Diego estaba leyendo el diario, aún en calzoncillos, con un café en el apoyabrazos del sillón; cuando vio a su novia tan acelerada se levantó y le habló con voz suave.

—¿Dónde andabas, Maggie? Estás empapada.

Se acercó, cerró la puerta y la miró: estaba parada mirando el llamador roto y sonreía con los mechones pegados a la frente.

—¡La conocí, Diego! ¡A la chica del sueño, la conocí! Se llama Carla y está en...

—Maggie, no de nuevo —la interrumpió él, haciendo un gesto con la mano. Fue hasta la cocina. Ella lo siguió.

—¿Cómo que no te importa? Escuchame bien, Diego, esta vez es verdad, la conocí.

Él había abierto la puerta de la heladera y tenía la cabeza entre la leche y las milanesas; estuvo un rato así mientras Magdalena hablaba:

—¿Aunque sea me escuchás?

Diego se enderezó y cerró la puerta. Tomó a su novia por los hombros y la miró fijo. Magdalena no intentó zafarse en ningún momento y cerró los ojos: pensó en Carla y en sus piernas y sonrió.

—Estás cada vez peor, Maggie.

—No te pongas así. Esta vez es diferente, Diego.

—Dejá de decirme así.

—Vos dejá de decirme Magdalena.

Diego la soltó y dio unos pasos hacia atrás.

—Tiene las dos piernas fracturadas y es hermosa —agregó ella.

—No me acuerdo de la última vez en que tuve una charla con Magdalena y no con la loca que se piensa que es Frida Kahlo —dijo y se dio vuelta y se fue caminando al living; Magdalena había dejado de sonreír y lo había seguido hasta el sillón. Se quedó mirándolo.

—Decís que no sos Diego pero sos igual —fue hasta el mueble de madera y sacó una copa de vino. Iba a buscar la botella cuando Diego la agarró del brazo y la tiró al sillón. Se sentó encima de ella y empezó a arrancarle las flores de la cabeza.

—¡Me enfermás, Magdalena! ¡Vos y tus flores, vos y tu bicicleta inglesa y esas fotos de mierda que colgaste por toda la pieza! —le desarmó las trenzas y la agarró de la cara—. Quiero que vuelvas, Magdalena, ¡quiero que vuelvas!

Ella lo empujó, le dijo que no la entendía y que, al final, por ahí hasta prefería la soledad. Mientras subía la escalera sentía fiebre por la bronca y apretaba los dientes hasta sentir dolor. Escuchó que Diego lloraba y se tapó los oídos; se encerró en la pieza, se sentó frente al espejo y empezó a peinarse otra vez. Se miró en el reflejo y se vio haciéndose las trenzas; recordó a Carla y sonrió.

## IV

Paloma estaba quieta, frente al lienzo. No sabía cuánto hacía que lo miraba, pero sí sabía que había sido el tiempo suficiente como para empezar a reconocer el entramado de los hilos, los poros del algodón, la escasa transparencia que le generaba la luz del sol. El tiempo suficiente, incluso, para empezar a ver borroso, para ver manchas rojas en el resto de las cosas cuando se movía, como si tuviera unos lentes manchados de sangre.

Sangre.

Era eso lo que había en la postal que había encontrado en la mesa al lado de la cama de Carla. En la misma postal que había impreso al llegar a su casa y tenía ahora apretada con fuerza contra su pecho, algo arrugada por la transpiración de su mano. Sangre: lo que había perdido Carla en el accidente. De a litros, de a ríos. Lo que ella nunca, jamás, había visto salir de su cuerpo. Excepto, claro... Pero eso no servía; eso no era una herida.

Sacó la cinta del cajón de la mesa de luz y cortó con los dientes dos tiras; las dobló y las puso en el dorso de la postal. Después la estiró cuanto pudo y la pegó en un vértice superior del lienzo: era necesario replicar ese cuadro de Frida Kahlo. Era necesario aprender algo del dolor.

En la imagen había dos Fridas: una vestida a la europea y otra vestida con colores fuertes; estaban sentadas sobre un banco verde, con un fondo oscuro de un cielo nublado. Tormentoso, quizás. Sus corazones estaban salidos de sus pechos, conectados a través de venas que los retroalimentaban. Estaban tomadas de las manos. Pero la Frida vestida a la europea tenía una tijera en la otra mano; una tijera que parecía haber cortado su vena, de la que salía sangre. Sangre que se perdía, que cortaba la cadena de retroalimentación. Una de las Fridas se está muriendo, pensó Paloma. Quizás incluso lo dijo en voz alta, porque de algún modo lo escuchó. Entonces se olvidó de respirar por un momento: en la cara de la Frida agonizante había podido ver los ojos de Carla.

\*\*\*\*\*

*“Querida Frida,*

*Vuelvo a escribirte después de tanto tiempo porque al fin tengo buenas noticias para darte: la encontré. Estoy segura de que es ella. Y también estoy segura de que nos necesita tanto como yo te necesité cuando me encontraste. Está internada ahora, pero cuando salga nos vamos a encontrar.*

*Te admira cada día más,  
Magdalena”.*

\*\*\*\*\*

Paloma llegó al hospital corriendo, subió las escaleras sin anunciarse en la entrada y se chocó con el padre de Carla antes de encontrar la habitación. Estaba muy agitada y no podía distinguir si estaba transpirada o si había llorado un poco.

—Paloma, ¿qué te pasó?

—¿Cómo está Carla?

—Bien, mejor: hoy se despertó y tomó un caldo.

—¿Sangró mucho?

El papá de Carla frunció el ceño:

—Bueno, sí, en su momento. Pero eso ya pasó: ahora está vendada. ¿Seguro que vos estás bien?

—Sí, sí. No sé, es que anoche soñé algo medio feo —mintió Paloma.

—Ah, bueno. Pasá, si querés.

Paloma abrió la puerta despacio y se asomó. Carla tenía los ojos cerrados, las piernas elevadas con unas cintas, los brazos cubiertos de vendas y la cara —lo poco que se veía de ella— morada. Sintió un ruido agudo en la oreja y se dio cuenta de que se estaba por desmayar. Le daba vergüenza volverse el centro de atención con Carla en esas condiciones, así que salió un momento, sacó el celular como si tuviera que avisar algo, y se

sentó. Se mentalizó para ser fuerte: no podía descomponerse al ver a Carla, no podía ser tan frágil.

Cuando abrió la puerta otra vez, los ojos de Carla la estaban esperando:

—Casi te desmayás.

—Es que no desayuné.

Notó en Carla cierta frialdad.

—¿Qué pasa, Car? —instantáneamente se dio cuenta de que, en esas circunstancias, había preguntado una pelotudez—. Además de lo del accidente, quiero decir —dijo, y se sintió más tarada al tratar de arreglarlo.

—Mirá, Paloma —Carla hablaba con la voz débil de los internados, pero por la manera en que comenzó la frase, Paloma supo que se venía algo potente—, está todo bien con que tengas tremendo orto de que no te pase nada cuando a mí me pasa todo, pero no me rompas más las pelotas con Frida Kahlo. Ya me parece una falta de respeto, ¿me entendés?

Paloma abrió la boca y entrecerró los ojos como si le hubieran hecho una ofensa terrible.

Era consciente de que Frida Kahlo se robaba gran parte de su tiempo mental, pero Carla no tenía manera de saberlo.

—¡Pero si desde el día del accidente no volví a nombrarla! —dijo, exageradamente indignada.

Carla puso la cara que ponía siempre que quería decir “no me jodas”. Estiró el brazo, sacó un papel del cajón de la mesita de luz y se lo extendió.

Cuando Paloma vio la postal estuvo a punto de decirle que no, que ella no había sido, si ella también estaba en revisión médica cuando se la habían dejado. Pero eso implicaba explicar que ya la había visto, y si ya la había visto era imposible que alguien le creyera que no la había dejado. Así que no tuvo más remedio que tomar el lugar del héroe y admitir una culpa que no le correspondía.

—Perdoname, Car: pensé que era una forma de estar conectadas. Pero si te jode, ya está, no la volvemos a nombrar más.

Paloma se sintió adulta, se sintió madura: se sintió una genia.

\* \* \*

*“Hoy es un día muy especial: la chiquita sale del hospital después de varias semanas. Me lo dijo la enfermera. Va a estar un tiempo en silla de ruedas, como nosotras, pero dicen que se va a poner bien. Ya tengo una sorpresa preparada para recibirla.*

*Con cariño,  
Magdalena”.*

\* \* \*

Cuando Carla la llamó para contarle que al fin le daban el alta, Paloma terminó de convencerse de que todas las asperezas se habían limado entre ellas: Carla no le guardaba rencor por los resultados injustos del accidente y la había perdonado por dejarle la postal que nunca le había dejado. Sólo necesitaban un poco más de tiempo, lo que llevara la rehabilitación, para que las cosas volvieran a ser como antes.

Paloma empujaba la silla de ruedas y Carla se reía: hacía semanas que no lo hacía, pero ese día sí, ese día tenía motivos. La parte más difícil para Paloma fue la rampa del hospital, que cruzaba en forma de bajada los veintiocho escalones de la entrada. Daba pasos cortos, se aferraba al suelo con las zapatillas, fruncía los glúteos y apretaba las manos, pero la silla seguía descendiendo con más velocidad de lo que pretendía. Llevaban ya media rampa bajada cuando sucedió algo inimaginable: Paloma vio un pasacalle atado en la vereda de enfrente, cruzando la avenida; estaba sujetado entre dos postes de luz y era pequeño, pero las letras era rojas y se veían desde lejos. Desde cualquier parte. Rojas como la sangre, pensó Paloma mientras su cuerpo se endurecía y la silla se quedaba quieta, fija.

—¿Qué pasa, Palo? ¿Por qué te frenaste?

En el cartel se leía:

*“Pies, para qué los quiero si tengo alas para volar”.* F.K.

## V

—No entiendo por qué te gusta tanto decirle *rehab* a rehabilitación.

—Paloma, por favor. Pensé que eras una digna fanática de Amy Winehouse.

—Lo soy, obvio, pero a las cosas hay que llamarlas por su nombre. Si decís *rehab* suena a que tu papá encontró los hongos y te internó en una granja para drogones.

—¿Te podés callar? Te va a oír mi viejo. Abrí la puerta.

En la habitación había un orden inusual. El padre de Carla había dejado todo como si ella fuera la chica ordenada que quería que fuera: el placar con la ropa en pilas planchadísimas, el escritorio impecable, la cama tendida y en la puerta, del lado de adentro, la foto de Paloma y Carla en un recital de Yann Tiersen que antes del accidente estaba tirada en el suelo. Paloma hizo una mueca de sorpresa con los labios.

—¿Viste? —le dijo Carla—. Es increíble. Debería romperme la pierna varias veces al año para no tener que volver a ordenar jamás esto.

—Ay, callate, no digas eso. Bueno, vamos: hablemos del pasacalle, que a fin de cuentas vine para eso y no para discutir sobre si es rehabilitación o *rehab*.

Carla cerró la puerta del cuarto sin mover la silla de ruedas y se cruzó de brazos.

—No entiendo nada. Explicame vos, Paloma.

—Mi teoría es que Frida, la que vimos en la bici, la que conocí en el bar, está por ahí y nos está buscando.

—Uh, buenísimo. Después de todo esto que pasó vos seguís como loca con que Frida existe.

—No sé si existe pero justo ese pasacalle cuando vos y yo salíamos...

—Casualidad, chabona. Casualidad. No sigamos flashando con esas cosas porque vamos a terminar en cualquiera. Si esa mujer existe es mufa: pasó por la calle y me pisó un colectivo. ¿Qué es ese ruido?

—Te está vibrando el celular.

—Alcanzamelo, todavía no controlo muy bien la silla de ruedas.

Paloma buscó en la cartera y le pasó el aparato a Carla, quien miró la pantalla con el ceño fruncido.

—Ni idea quién es, a ver. ¿Hola?

Paloma se tiró en la cama, agarró la foto que estaba apenas pegada en el ropero y se quedó mirándola: Carla y ella sonreían, felices, con un telón rojo profundo de fondo.

—Sí, soy yo.

Dejó la foto arriba de una mesita de luz, y se dio vuelta en la cama boca abajo. Desfallecía del sueño.

—No, pero pará...

Paloma la miró extrañada. Parecía que a Carla alguien no la estaba dejando hablar. Notó la incomodidad de su mirada, así que se dio media vuelta y se sentó.

—Mirá, no sé de dónde sacaste mi número... bueno pero yo no tuve nada que ver con eso —Carla se agarró la cabeza—. No, yo no sé nada de ella, chau.

Carla apretó los botones de su celular y miró a Paloma con cara de desesperación.

—Palo, yo no quiero tener más nada que ver con esto. Me está dando un miedo terrible.

—Era Frida. Era Frida y te encontró a vos. Contame YA qué te dijo.

Carla la miró con desdén.

—No, qué Frida. Era el novio de la chica que estaba el día del accidente, que sí, que ponele que era Frida. Me llamó para decirme que encontró mi nombre entre unos papeles de ella. Esa chica no aparece hace tres días.

## VI

—¿¿Cómo que desapareció Frida?! ¿Por qué tenía tu nombre entre sus cosas?

—Palo, ya te dije: no sigas con que esa mina es Frida y que la viste y que no sé qué mierda más, por su culpa estoy acá, mirame: mirá lo que soy.

A Carla se le empezó a quebrar la voz. Para esconder su timbre débil, cansado, tomó las ruedas de su silla y las movió torpemente de un lado a otro. Casi como si fuera un juego, se quejó de lo difícil que era dirigirla. Cuando estaba por chocarse contra el marco de la puerta de su cuarto, levantó la vista y encontró a su padre:

— ¿Qué secretean, ustedes dos?

— Nada, pa. Qué ordenadito que me dejaste todo, eh.

—Vengan, vamos a comer. Carli, vení, dejá que te ayude.

El padre de Carla le preguntó si prefería tomar las pastillas antes o después de comer. Los calmantes para el dolor. Para calmar un dolor primero hay que sentirlo, pensaba Paloma. Carla dijo que prefería tomarlas después, para poder dormir mejor, tranquila. Paloma pensó en cuánto hacía que no dormía o comía o hacía nada tranquila. Después de la cena mintieron sobre lo ricos que habían estado los fideos y se fueron a acostar al cuarto. Paloma le pidió a su amiga que le contara otra vez, con lujo de detalles, cómo había sido la llamada telefónica.

—¿No te dijo si se llamaba Diego? Porque, ¿te imaginás lo que sería si se llamara así? Sería como...

—Sí, sí, una pareja de mierda, una boluda que le era fiel a un forro —la interrumpió Carla, cansada.

—No, no era así, ella estaba con otros pero nunca lo abandonó, pero él...

—La verdad te digo, no me importa. Estoy muerta, mañana cuando nos levantemos te cuento, si te interesa tanto. Ahora me va a hacer efecto lo que tomé y quiero dormir. Chau

—Carla se tapó con el acolchado hasta la pera.

—Dale, boluda. Decime. Eu.

—No, Palo, en serio. Me pone mal. Te manijeás con esta pelotudez... ya está: ya fue. Ahora dejame dormir.

—¿No me manijeo! Sólo quiero saber qué te dijo.

—Eso me dijo: lo que te conté. Que la mina desapareció, punto.

—¿Nada más?

—Nada más. Dejame dormir.

Paloma se quedó callada, pensativa. Carla giró la cabeza y se durmió.

Esa noche Paloma tampoco pudo dormir bien. Se despertó muchas veces, sintiendo como si esa noche fuera muchas noches juntas. Giraba y giraba en un colchón ajeno, tirado en el piso, tratando de volver a conciliar un descanso que, descontaba, no sería reparador. Soñó. Había muchas cosas que no estaban claras, como dónde pasaba lo que estaba viendo, pero no importaba: lo que veía la distraía de cualquier otra incertidumbre. Frente a ella estaba Carla. Reconocía su cara, su contextura física, pero las facciones del rostro no concordaban con las de su amiga. Carla, en el sueño, tenía unas cejas negras, pobladas, que parecían buscarse en el centro. Sus labios estaban maquillados de un rojo intenso; el pelo ya no era una cascada larga y negra, sino un tocado con dos trenzas gruesas que se unían casi a la altura de la coronilla. El toque final era una flor de plástico como tocado. Estaba vestida con una pollera, zapatillas sucias y una remera blanca que decía *rehab*.

En el sueño, Carla le hablaba. Su voz parecía salir de todos lados, de las paredes, del suelo, aturdiéndola, como si hubiera megáfonos escondidos en la tierra. Su amiga le hablaba con un tono de superioridad que le molestaba:

—*Vos y tu desconocimiento del dolor, Paloma. Físico y espiritual. El dolor físico que te hace conocer a través de puntadas de estremecimientos fríos partes de tu cuerpo que no sabías que existían. Dolor que no te deja pensar en ninguna otra cosa más que en el profundo sufrimiento, Paloma. Dolor que viene simplemente de un brazo, de una pierna, de algo que sale adentro tuyo y te desarma y te desdobra. No, Paloma. Ni siquiera el*

*dolor abstracto de un fracaso, de una derrota. Perder, Paloma, perder, no conocés eso que pasa cuando te cuesta respirar simplemente porque escuchás el nombre de alguien que te dejó. O de una enfermedad. Como me pasa a mí, cuando se me anuda la garganta porque alguien aleatoriamente dice el nombre de mi mamá o el nombre de una enfermedad: cáncer. Dolor, Paloma: dolor.*

En el sueño Paloma solamente escuchaba. Ni siquiera podía moverse, quizás tenía las manos atadas. Al lado de Carla aparecían dos Fridas: una que estaba en blanco y negro, la otra la misma que había visto en el bar y pasar en bicicleta por la ventana de su casa y después cerca de donde tuvieron el accidente. Ese que a ella no le hizo nada. La tres le hablaban a Paloma, repitiéndose en ecos y ecos y ecos: “vos-no-sabés-lo-que-es-el-dolor-Paloma”.

Las paredes antes blancas se llenaban de dibujos suyos, de garabatos que eran el intento por copiar algo.

*Vos no sabés lo que es el dolor, Paloma.*

Cuando se despertó, no sabía qué hora era. Intentando no hacer ruido, tanteó en la oscuridad, buscando el celular de Carla. Apretó menú y llamadas recibidas. Carla no había borrado el número de Diego. Se lo anotó en un papel que encontró en el suelo y lo guardó en un bolsillo del jean. Trató de dormir un poco más. Se levantó temprano y se fue antes de que Carla se despertara.

No aguantó a llegar a su casa y marcó el teléfono del hombre-Diego en su celular, en el colectivo. La atendió una voz que parecía ser la de alguien que recién se despertaba: le preguntó quién era. Paloma dijo que era Carla, la chica a la que había llamado ayer por su novia; le preguntó si podían hablar. Estaba nerviosa porque sabía que bastaba con que el hombre revisara el registro de llamadas para que se diera cuenta del engaño. Pero el hombre no se percató. Le confesó a Paloma que después de mucho buscar había encontrado una nota con la letra de Magdalena.

—¿Cómo se llama? ¿Magdalena? —Paloma no pudo evitar cierta ansiedad, aunque se arrepintió de la interrupción.

—Sí, Magdalena. ¿Podemos encontrarnos en algún lugar?

Quedaron para verse en un bar que ella conocía una hora después. Paloma fue directo. Lamentó no tener un poco de faso o de lo que habían tomado con Carla aquella vez: es que si iba a encontrarse con él...

Cuando lo vio pensó que tenía un poco de la papada de Diego.

Y que era tan alto y tan gordo como él.

Lo primero que hizo fue pedirle que le mostrara la nota. Él se la pasó mientras pedía un café. A Paloma le pareció que cuando la moza se dio vuelta, él le miró el culo. Pensó que eso era típico de Diego.

En la nota reconoció el estilo de Frida: “*Muchas veces me quise morir, pero también, con furia, quise vivir. Y pintar. Y hacer el amor. Y pintar que era como hacer el amor. No tenía otra cosa más que yo. Yo era lo mejor para mí. Y Diego. Cuando me casé con Diego me llegó una felicidad caliente.*” La cita estaba entre comillas. La nota seguía:

*Frida:*

*Todavía no me encontré con ella pero sé que me espera y que nuestro encuentro va a ser especial. Me fui de mi casa porque necesitaba alejarme de Diego, necesitaba estar lejos para poder extrañarlo y desearlo. “La vida la perdí muchas veces, pero también la recobré; volvía gota a gota en una transfusión, un beso de Diego”.*

*Magdalena*

—No entiendo nada —le dijo él, con la voz quebrada—, ¿qué quiere? ¿Qué busca con todo esto? Perdón, piba, pero, ¿vos sabes algo? ¿La viste?

—No, pero el otro día cuando salía del hospital con mi amiga había un pasacalle con una frase de Frida... y para mí que lo puso ella. O sea, no Frida, Magdalena.

—Sí, entiendo. Pero, ¿cómo, con tu amiga? Pará... ¡la piba de la que ella siempre hablaba tenía las piernas rotas!

—Sí, esa es Carla. Pero Frida, digo Magdalena, me está buscando a mí, no a ella, ¿entendés?

## VII

La cabeza de Paloma estaba por estallar en mil pedazos, el corazón le latía acelerado: al pie de la casa estaba ella, sentada sobre un escalón, abrazada a sus piernas, esperándola.

—¿Qué hacés afuera?

—¿Fuiste a verla, nomás?

Paloma sabía que a esta altura ya no tenía sentido andar con vueltas.

—Tengo que saber adónde está, Car. Y que me conozca.

—Vas a terminar mal, ¿te das cuenta, no?

—Necesito encontrarla. Me está buscando. O a vos, ya no sé...

—Ah, pero vos estás más chapa que la mina.

—No entendés...

—Andate, Palo, dale, y cuando dejes este enrosque...

Carla pareció querer decirle que hasta ahí había llegado, que si quería, cuando saliera del quilombo, volviera. Pero también pareció que se le fueron las ganas: se quedó callada.

Paloma dio media vuelta y caminó unos pasos.

Miró una sola vez para atrás, justo al escuchar el portazo: su amiga ya no estaba. Paloma llegó a su casa y se fue directo a la habitación. Cayó con peso sobre su cama. Miró el lienzo blanco y se tentó: quizá con toda esta voráGINE algo de la magia de Frida estuviera rondando por sus dedos y pudiera, por fin, plasmarla. Se levantó, se acercó, arrancó la postal que estaba pegada en el vértice: no la necesitaba.

Mezcló unos colores con desenfreno: no terminó de apretar el pomito azul que ya estaba desenroscando el rojo y revolviendo con el pincel. Podía sentirlo: eso, lo que nacía. Sobre la esquina de la paleta teñida de rojo agregó un poco de blanco. La hoja la esperaba: todo era proyecto. Humedeció el pincel, giró los colores y nació uno solo. Perfecto. Tomó un poco de pintura, limpió el borde del pincel, que ya casi estaba sobre el papel. Podía pintar lo que quisiera, lo empezaba a sentir. Lo sabían las fibras de sus dedos, tanto que automáticamente apoyó la punta del pincel sobre el cuadrado blanco, puro y virgen, y empezó

a dibujar un cuerpo chiquito, flotando en el medio de la hoja, ahora sagrada, ya luminosa.

Cuando agregó rojo al fondo, Paloma escuchó un golpecito en su ventana. Cayó el pincel y manchó de rojo el dibujo del cuerpiño y de rojo la alfombra, en ese orden. Paloma asomó la mirada y la vio: el pelo lacio y negro y suelto sobre la cara.

Era ella.

Al fin la tenía a unos pasos, para apreciarla hasta perderse.

Era alta, muy flaca, de cachetes un poco chupados, hermosa. Aunque rara. Magdalena era una de esas bellezas que no se pueden admirar por mucho tiempo. Paloma corrió la vista casi por pudor. Se asustó un poco, pero la fascinación le ganó. El cuerpo apolíneo de Magdalena la hipnotizaba. Abrió la ventana, esta vez sin dejar de mirarla.

—¿Dónde está ella? —dijo Magdalena, enseguida.

—Nnnno, no está acá... ¿Cómo me encontraste?

—¿Dónde está, entonces?

—Acá no está. ¿Cómo llegaste a mi casa?

—Diego me dijo. Dónde está.

Paloma se dio cuenta de que Frida no la escuchaba. Le estiró la mano, como invitándola a pasar, pero Magdalena la rechazó y trepó por la ventana, entrando sin ayuda. Se sentó en la cama, apoyó la rodilla derecha sobre la pierna izquierda, de cara al lienzo impuro. Lo miró con desprecio. Paloma no alcanzaba a descifrar la mirada arrogante de Magdalena y le preguntó excitada:

—¿Te gusta? Parece que sentí que estabas cerca y me envolvió el entusiasmo de...

—Dame su dirección.

—Mirame a mí. Soy yo la que buscaste todo el tiempo. Soy Frida, como vos. Carla no tiene nada que ver.

—No pronuncies su nombre.

—¿No te das cuenta? Soy ella.

—No, vos no.

—¿Qué sabes? Te estoy diciendo que a mí me miraste esa noche, yo te vi pasar en bicicleta, yo estuve en ese accidente.

—Ella se accidentó.



—¡Las dos nos accidentamos, Magdalena!

Frida se paró de un salto. Paloma retrocedió. Llevó su mano blanca hasta la boca ultrajante y le comprimió los labios, sin odio, pero con violencia:

—No me llames así.

Magdalena le soltó los labios y Paloma se quedó quieta, con los ojos bien abiertos, tragando un nudo gigantesco.

Le dolía el labio, le dolía la huella irreparable que había dejado la uña de Frida, le dolía justo ahí donde ahora, por fin, sangraba.

Paloma sacó la lengua y se lamió hasta sentir gusto metálico.

No volvió a mirarla. Y nunca más —nunca— volvería a nombrarla.

Con restos de automatismo, Paloma se dio vuelta, arrancó un pedazo de lienzo gris y cortó su dibujo a la mitad. Levantó el pincel, lo embarró en rojo, escribió una dirección.

\*\*\*\*\*

Entre sueños, Carla escuchaba a Paloma, pero no podía verla. Las piernas quebradas la obligaban a dormir boca arriba: un suplicio. En el sueño —que era un borrador de sueño, ¿o era un sueño?— el latido de un corazón sonaba rápido, en intervalos cortos, impidiéndole entender las palabras, pero ella sabía que su amiga le decía algo así como *Carla, hoy no te despiertes. Carla, Frida te va amar hasta que me duela.*

Cuando logró hilar lo que era casi un susurro, Carla vio que Paloma tenía la mano empuñada. *¿Qué tenés ahí, Palo?* Aunque no le contestaba, supo casi al instante que su amiga tenía una pinza.

Paloma se llevó la pinza hacia los labios/la cerró/estiró lo más que podía/apretó. En silencio, empezó a sangrar.

Carla gritó. Le gritó a su amiga y le gritó al color rojo: la sangre volvía, como un río arrepenido, y desaparecía en la entrepierna de Paloma.

El cuerpo de Carla se estremeció. Quizás estuviera por despertar. Pero Magdalena, que había entrado a la habitación forzando una ventana, no se había percatado. Caminaba por el cuarto como si sus pies fueran de algodón. Se sentó en la silla de ruedas, suspiró.

Mientras contemplaba a Carla durmiendo, se imaginaba cómo sería poder amarla.

Y qué nombre le pondrían a su hijo, ese hijo que ella no le podía dar a Diego. Pero no serían ellas quienes lo decidirían.

Eso ya era obligación de Frida.

tero

*Perfil creado por Josefina Fonseca*

*Escribieron:*

Silvana Casali

Luciana Demichelis

Melissa Rep

Carolina Martín

Franco Dall'Oste

Mercedes Galera

Joaquín Palomeque

I

Tero puso la pava, se tomó unos mates y leyó Anatomía. En menos de veinticuatro horas tenía un parcial. Era la segunda vez en su vida que agarraba las fotocopias.

Papá Nesto le contaba a todos que su hijo iba a ser médico. Tero aprobaba todos los exámenes aunque siempre llegaba tarde a cursar. Los troskos eran sus mejores clientes, y cada vez eran más. Empezó a ir a las marchas, a pintar afiches, a imprimir volantes con la cara del Che. No duró mucho: eso de andar marchando no era para él. Perdía mucho tiempo. Empezó a curtirse a una morocha stone bien stone de una agrupación medio facha, y los troskos le dieron un ultimátum: o la cortaba o se iba de la agrupación.

—No estoy hecho para hacer política, pá.

A las dos semanas estaba planeando irse de mochileros hasta Bolivia, pero todavía no tenía tanto aguante como para dejar el trabajo, así que se olvidó del viaje. Y de paso dejó a la morocha.

—No estoy hecho para noviar, má.

Tero estaba ganando bien. La tenía clara: fumar sí, fiar no, probar menos.

Casi todos sus vecinos le compraban faso, y ni hablar de las tiritas de Alplax en épocas de parciales. Ni hablar de los profesores: Biología la aprobó haciendo un negociación con dos pepas.

—Estoy re bien, Nesto. No tengo guita. Si necesitan les mando yo, pá.

Al principio Gonza le decía que no fuera gil, pero después se enganchó y hasta lo ayudó a empaquetar cajitas felices (una pastillita sublingual y dos fasos, o la premium que venía con un cartoncito de regalo). De paso fumaba lo que quería.

Tero estaba picando la última tuca de la noche. Gonza era buen amigo: fumaba, escuchaba la radio.

*Toc-toc.*

Se asomó desde la cama y miró la puerta. Una notita verde manzana se deslizaba.

—Tenés que irte, Gonza.

—¿Qué te pasa gil?

—Me estoy curtiendo a la vecina. ¿Ves ese papel abajo de la puerta? Dice que te tenés que ir.

—¡Bien ahí, papá! ¿Es la morochita de al lado?

—No, es la de enfrente.

—¿Hace mucho? ¿Por qué no me contaste?

—Porque empezó la misma noche en que me rompiste la nariz, hijo de puta.

—No íbamos a hablar más de eso.

—Entonces mové, dale.

## II

—Qué paja esto, má—Tero se rascó un ojo, cansado—. Sos muy linda. Pero estás vieja.

Ella estaba tan dormida que soltó un ronquido. Tenía cara de enojada cuando dormía, el pelo teñido, la panza y las manos un poco arrugadas. Era linda. Tero se desperezó, se tocó la nariz hinchada y se acordó del parcial de Anatomía. Era a las 2 de la tarde, y ya eran las 9. Estaba saliendo el sol por la ventana que ella había dejado abierta para mostrarle las tetas el día anterior. Le daba justo en los ojos. Miró el celular, se volvió a acostar y se quedó dormido.

Soñó que estaba en una habitación violeta, llena de minas también vestidas de violeta. Se veía los pies pintados de amarillo. Las minas lo miraban con asco, en especial una, que tenía el pelo decolorado. Resaltaba entre todas las otras porque las demás no tenían nada raro, excepto la cara de asco con la que lo miraban. La del pelo decolorado le dio una pastilla y le dijo algo al oído, algo que Tero sentía que era importante. Ni bien la mina terminó de hablarle, se despertó. Ya no se acordaba qué le habían dicho ni de qué trataba bien el sueño, por sobre todas las cosas se despertó asustado al darse cuenta de que una mujer de unos cincuenta años lo miraba fijamente al lado suyo en la cama.

—Ay, pichón. Te despertaste —le sonrió.

Tero tenía sueño. Se volvió a rascar los ojos. Se acordó de las mujeres de violeta, de la chica decolorada. Tenía hambre. Volvió a abrir los ojos y ahí estaba la señora. Entonces se acordó de un amigo que decía que cuando se despertaba con alguien con quien no quería despertarse cerraba bien fuerte los ojos y esperaba que, al abrirlos, esa persona fuera una hamburguesa. Lo hizo. No pasó nada así que se levantó y dijo:

—Má, me tengo que ir, no sé qué hora es. Pero rindo una materia en un rato.

Se sentó en el borde de la cama, la miró, se levantó y empezó a buscar a su alrededor la ropa tirada. Encontró una tableta de Alplax, le quedaban dos pastillas. Decía PJRITO escrito en un rincón con fibrón indeleble rojo.

—¿No querés desayunar? —le dijo la mujer con cara de decepción.

—No, todo bien, otro día venís a casa y vemos.

Agarró sus cosas. Con mala cara, la mujer se puso una bata azul y le abrió.

Tero no volvió a leer los apuntes pero cayó a rendir igual. El aula estaba casi vacía, se habían tirado todos para el recuperatorio. Mientras se sentaba en el banco y el profesor le entregaba un papelito rectangular con las preguntas pensó que era un gil, que debería haber hecho lo mismo que los demás. Agarró su mochila, que tenía todos los cierres rotos. Intentó encontrar una lapicera sin éxito.

—Juan, ¿me pasás una lapicera? ¡Juan! —le gritó a un compañero que estaba en la otra punta del salón.

—Shhhhhhhhhh, nene —le dijo el profesor—. Qué te pensás, que esto es un partido de fútbol.

Tero se hizo el que no lo había escuchado y siguió buscando en su mochila.

—Ey —dijo alguien atrás de él—. Tomá.

Se dio vuelta. A dos bancos de distancia una piba le alcanzaba una lapicera negra. Tenía el pelo decolorado y los ojos muy grandes, de un marrón clarito hermoso.

—Uh, genial. Gracias —dijo Tero. Le sonrió un poco y se sintió un langa. Qué linda piba, la puta madre, pensó. Se parecía un poco a la piba del sueño. Bah, en realidad no, era sólo por el pelo casi blanco. Y la carita chiquita, como de nena. Se dio vuelta otra vez para mirarla. Qué linda piba, la puta madre, pensó.

A la media hora, la piba se levantó y entregó el parcial. Tenía unas botas de lluvia de color verde y una pollera con unos dibujitos circulares, y un buzo de una banda que a Tero le sonaba pero no conocía. Ella se fue y él se sintió raro. Terminó una idea a los ponchazos y se levantó también a entregar.

Salió del aula: no la veía. Fue para el hall central, donde armaban las mesitas las agrupaciones. Ahí estaba. Sentada en la mesa de los chinos con dos minitas más. Tero pensó que esa era

la suya. Se puso nervioso. Tenía muchas ganas de mear así que se hizo el boludo y se desvió para el baño. Mientras meaba pensó que esa piba se hacía medio la freak: él tenía que tener medio esa onda. Se lavó las manos mientras leía alrededor del espejo las puteadas escritas hacia el decano de la Facultad. Agarró la mochila, sacó un estuche de anteojos y la tableta de Alplax. Se mandó una, abrió el estuche y sacó los anteojos cuadrados que le había mandado a hacer el médico hacía dos años para leer y que no usaba nunca. Tenían cinta en un costado por aquella vez que se habían caído del tercer piso del departamento, una cinta que Tero intentaba ocultar con un mechón de pelo. La Luci una vez le había dicho que con esos anteojos parecía Woody Allen. Él no sabía muy bien quién era, pero supuso que a esta loquita le tenía que gustar Woody Allen. Guardó la última pastilla de Alplax en el único bolsillo con cierre de toda la mochila, no fuera cosa que ella pensara que se daba con esas mierdas. Se miró en el espejo por un segundo. Se sintió un gil.

—Eh, gracias por la lapicera —dijo.

La piba lo miró desde su pupitre roto. Las chinas también lo miraron.

—De nada —la piba parecía estar a punto de reírse.

Pucha que es hasta más linda así, pensó Tero.

Los anteojos se le estaban empezando a deslizar hacia adelante. Sabía que tenía que decir algo más o seguir de largo. Seguir de largo y esperar a que la piba le dijera “Ey, pará”, o algo así. Como en las películas. ¿En las películas de Woody Allen? No importaba. Tero no iba a irse. Ya que me puse los anteojos, pensó. Además era tan linda.

—Cómo te fue —empezó, y aguantó un poco la respiración.

—¿En el parcial? No sé, che. Difícil —dijo ella, y él pudo ver cómo por dentro suyo una versión en miniatura de él mismo hacía un gesto de “Grande, pá”, con los puños apretados, la mirada al cielo y la espalda inclinada hacia atrás. Grande los parciales que le daban más para hablar después que para escribir en el momento. Una de las chinas se reía un poco y la otra se limaba las uñas; ella se acomodó el flequillo blanco y siguió:

—Qué sé yo. Jodida, la materia.

Jodidas son todas las materias, pensó Tero.

Pero también pensó que si lo decía era o porque no quería seguir hablando o porque le estaba dando pie para quejarse. Y seguir hablando.

Bingo, Tero.

—Una reverenda porquería, la materia —dijo.

Bueno, por ahí había exagerado. La chica lo miró medio asustada, un toque, y después se relajó y se rió de nuevo.

Menos mal.

—Bué, no sé si *porquería*. Jodida. Chota.

—See, ¡chota!

—¡Malísima!

Se rieron. Una de las chinas se levantó, miró a Tero y resolvió. Qué te hacés la aburrida, pensó él, y enseguida también pensó que no le importaba. Y después pensó en ocupar esa silla. Se sentó. Le dio la espalda a la otra china.

—En qué año estás, má —Tero se arrepintió enseguida.

—¿En qué año estoy “qué”?

—¿Ah? —se rascó la nuca, disimulando.

—No escuché lo que me dijiste —le dijo ella, riéndose un poco. No todo estaba perdido.

—Nah, que te pregunté en qué año estabas.

—Sí, eso lo entendí. ¿Me dijiste “má”? — la piba bajó un poco la cara y la voz.

—No, no. Sí, o sea, a veces se me escapa —Tero miró el piso y los anteojos se le cayeron más.

—Se te escapa el “má”...

—Se —Tero se apretó las manos con las rodillas con una sonrisa de yo no fui. La miró por encima de los anteojos, que ya estaban en la punta de la nariz. La china que había quedado a sus espaldas de repente habló y él medio que se asustó:

—Tati, yo me voy. Después hablamos.

—Dale, nos vemos.

—¡Nos vemos! —dijo Tero, dándose vuelta.

La piba no lo miró y salió. La mesita estaba a un costado de la entrada principal y la luz que entraba de la calle le daba de

lleno. Del lado de la piba (de *su* piba) estaba más luminoso que del suyo. Eso, sumado a los anteojos que no usaba nunca, lo hacía todo medio borroso. Fue en ese momento que se dio cuenta.

—Bueno, yo también me tendría que ir yendo —dijo la piba, de golpe.

¡Pero si recién habían empezado a charlar! Tero pensó que tenía que retenerla.

—Bueno, pero pará, cómo te llamás.

La piba se rió de nuevo. Tero no entendía.

—Tatiana. Tati.

—Ah, ¡ahhh! Sí, ahora entiendo— y Tero también se rió. La otra lo había dicho, claro. Se quedaron en silencio.

Retenerla, retenerla, pensaba Tero.

Por qué no la había visto antes.

—¿De dónde sos? —la mejor pregunta en realidad era otra (en qué año estás), pero tenía miedo de deschavarse y que, por culpa de esas correlativas que le habían cortado el envión, se la cayera el aire intelectual. Como los anteojos. Paf, al piso. En ese mismo instante:

—¡Guarda! —la piba se había inclinado un poco hacia adelante, para atajarlos, pero no hubo caso.

—Ah, no pasó nada, no pasó nada. Ni te preocupes. Un raspón —la tranquilizó él, mientras le pasaba la manga del guardapolvo a los vidrios.

Bien ahí: tenía puesto el guardapolvo. Siempre le rompían para que lo llevara y nunca lo llevaba ni colgando del bolso. Ahora lo tenía puesto (en el apuro por salir de la cama de la vecina hasta se había puesto el guardapolvo) y con esa piba medio freak medio aplicada estaba bueno llevarlo encima: un punto para Tero.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Igual ya están medios viejos, mirá —le mostró la cinta del costado y la Tati se rió.

No podían quedarse mucho más ahí, charlando, porque ella se tenía que ir. Pero Tero consiguió el teléfono. Al rato le mandó un mensaje preguntándole si no quería salir a tomar algo y hablar del recuperatorio (más allá de hacerse la víctima, Tero

sabía que ese recuperatorio iba a existir para él) y la piba, después de una hora, le contestó que dale pero un rato nomás, que tenía que estudiar y toda la milonga.

Estudiar, estudiar.

Tero volvió a su casa. Antes de entrar escuchó un clic: la vecina.

Putá, pensó. Se dio vuelta:

—Hola, pichón —le dijo la mujer.

—Qué hacés, má —contestó él, dándose vuelta de nuevo, terminando de girar la llave en su cerradura, entrando en su departamento. Una vez adentro la miró, sosteniendo la puerta. La mina parecía estar en camión.

Uy no, pensó Tero.

—Qué tenés vos para hacer ahora— sugirió la tipa. Tero pensó en su chica platinada y se dijo “no, Tero: ahora no”.

—Ya me estaba yendo, má.

—Más bien parecés estar llegando —dijo ella.

—Vos lo dijiste: parece. Nos vemos, má —le contestó, y cerró la puerta.

Se sacó el guardapolvo y la mochila y los revoleó por ahí. Pensaba. Faltaban como quichicientas horas para ver a la Tati y lo acechaba el peligro de la vieja de enfrente.

### III

—¿Cómo que no te queda más, viejo? ¿Vos me estás jodiendo?

—No, pá, ¡cómo te voy a estar jodiendo! Anoche vino el Sordo y se llevó la última caja que me quedaba.

Tero seguía con la mirada al Pepi, que caminaba nervioso por el monoambiente hasta que se detuvo delante de la única ventana y miró hacia abajo.

—¡Qué me mirás, pedazo de forro! —gritó el Pepi y se volvió hacia Tero—. Fijate cómo me mira el sorete mal cagado ese —apoyó las manos sobre el borde de la ventana y escupió para abajo.

—Me parece que estás un poco alterado, pá. Te vas a tener que ir porque yo no tengo nada para darte y además estoy esperando a una amiga.

Putá madre, pensó, está por llegar la Tati y yo tengo a este chiflado gritando desde la ventana de mi casa.

—¿Por qué no me pasás el número del Sordo, viejo? Capaz tiene una tabletita para darme; tiro unos días con eso, hasta que vos consigas más.

—Perdoname, pá, pero no te puedo dar el número de un cliente. ¿Por qué no te llevás otra cosa? ¿no querés un 25?

—No, viejo, ¡no!

El sonido del timbre impacientó a Tero. Preguntó quién era aunque la respuesta era obvia: Tatiana, la platinada de tus sueños.

—Pasá, Tati —dijo Tero, mientras apretaba el botón del portero eléctrico.

Tenía que pensar algo rápido para deshacerse del Pepi.

¡Ya está!

Caminó hacia la mesita de luz y del primer cajón sacó una cajita de metal, la abrió, eligió tres porros y volvió a guardarla.

—¡Subí y decíme de qué mierda te reís, cagón! —el Pepi seguía gritando por la ventana.

—Vení, pá, vení —Tero abrió la puerta, estiró el brazo hacia el pasillo y agitó los tres cigarrillos. El Pepi se dio vuelta y caminó

entusiasmado; una vez que los tuvo en la mano, Tero le dio un empujón y cerró la puerta con llave.

Acomodó los almohadones de la cama, que también hacía de sillón, y se puso los anteojos (quizás por cábala). Enseguida escuchó el ruido de la puerta, se miró en el espejo del baño para chequear no estar demasiado despeinado, y después abrió: la Tati estaba vestida con una pollera de corderoy, unos cancanes azules y un buzo del mismo color.

La pucha, pensó Tero, qué lindo le queda ese color.

La Tati lo miraba desde afuera:

—Eh, ¿te parece que podré pasar o vamos a estudiar Anatomía desde la puerta?

—No, má —Tero carraspeó— digo... Pasá, pasá por favor.

La dejó pasar adelante; “qué caballero este pibe”, tenía que pensar la Tati. Eso sumaba un punto para Tero.

—Linda tu casa —comentó la Tati, y en un minuto recorrió el monoambiente y se sentó en la cama-sillón.

—Se.

Linda sos vos, quiso decir Tero, pero se mordió el labio inferior para no quedar de entrada como un pajero.

—¡Te juro que lo último que quiero hacer es ponerme a estudiar!

La Tati se recostó sobre la cama-sillón y a Tero le dieron unas ganas bárbaras de comérsela cruda, pero no. Lo que hizo, en cambio, fue sentarse a su lado, apoyar los codos sobre las rodillas, sostenerse la cara con las manos y acomodarse los anteojos con la punta de los dedos.

—¿No ves nada sin los anteojos? —la Tati se los sacó y Tero se quedó mirándola, en la misma posición.

—Sí que veo.

—A ver, ¿cuántos dedos tengo?

—Calculo que debés tener diez, ¿me estás tomando prueba de Anatomía?

—Jaja, no. ¿Sabés qué? Así, sin anteojos, me hacés acordar a alguien.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

—A Peretti.

Andá a saber quién será ese Peretti, pensó Tero.

—¡Andá! ¡Jodeme que no sabés de quién te hablo: Diego Peretti, el de Los Simuladores!

Tero la miró fijo, un poco desconcertado.

—¡El narigón! —agregó la Tati.

No es que lo ofendiera que le dijeran narigón, pero suponía que quizás, si se hacía el enojado, disfrutaría de ver a la Tati pidiéndole perdón.

—Ah, no, la que faltaba. Primero una amiga me compara con Woody Allen, y ahora vos me comparás con el Peretti ese.

—¡Ay! ¿Con Woody Allen? No, ¡no me gusta Woody Allen!

No le gusta Woody Allen, repetía para adentro Tero. ¿Y ese tal Peretti sí? Y si le gustaba el tal Peretti, y si el tal Peretti se parecía a él, entonces existía una posibilidad de que a ella le gustara él.

—¿Y Peretti te gusta? —preguntó Tero agachando la cabeza y achinando un poco los ojos.

La Tati se puso roja hasta las orejas y soltó una risita nerviosa.

—Bueno, sí. Un poco me gusta, sí.

Tero apoyó la mano sobre el cuello de la Tati y cuando ya tenía la boca abierta y la lengua casi en movimiento, alguien empezó a golpear la puerta.

Qué cagada, pensó Tero, ya veo que es la del 4to A.

—¿No vas a abrir?

—Na.

Pero quienquiera que fuera no dejaba de golpear.

Tero entreabrió la puerta: era Pepi.

—Ya te dije que no tengo sorrentinos, pá. Cuando vuelva a hacer, yo te chiflo.

—¿De qué sorrentinos me hablás, viejo?

Cagamos, pensó Tero, ahora éste habla y me caga toda la historia.

—Esperame un segundito.

Buscó su mochila, se puso de espaldas a la Tati, abrió el cierre y sacó la última pastilla de Alplax que le quedaba en la tableta. Después cortó un papelito, hizo como que anotaba algo y caminó hacia la puerta.



—Acá tenés mi número, pá. Llamame para preguntarme si tengo sorrentinos, así no te venís de gusto —dejó caer el papel y la pastilla en la mano de Pepi.

—Bueno, viejo, bueno —respondió Pepi y enseguida guardó la pastilla en el bolsillo del jean.

Mierda, pensó Tero, era la última que me quedaba. Pero ¡qué le importaba ahora! La tenía a la Tati ahí, en su casa, mirándolo con una sonrisa pícara.

## IV

Tero levantó la vista y vio las raíces oscuras resaltar en el pelo casi blanco de la Tati mientras leían los apuntes de Anatomía. Volvió a mirar su página: un texto largo que él ya no sabía de qué hablaba, rodeaba un gráfico del aparato reproductor masculino. No, no daba andar estudiando eso en ese momento. ¿Eso es lo que se activa cuando estás con una mina? Qué cualquiera que es esto, debe haber pensado. Tero que de pronto se rió sin querer.

—¿De qué te reís?

—De nada, má, digo... de nada. —Tero se puso colorado, pero disimuló levantándose y yendo a calentar un poco de agua para los mates. —¿Vos querés mate?

—Sí, dale. Es un embole estudiar esto, te juro estoy demasiado cansada.

—Sí, un bajon, ¿no? Sí. —Era evidente que no tenía idea de cómo actuar en esa situación. Lo que más quería en ese momento era besar el cuello fino y largo de la Tati, oler su perfume y abrazarla hasta el día siguiente; leer y estudiar era sólo una excusa para poder ver esas raíces oscuras y fantasear con un acercamiento que terminara en su cama. Dejó la pava sobre la hornalla y puso yerba nueva en el mate; luego lo batió y le tiró un chorrito de agua fría. Se apoyó sobre la mesada y miró por la ventana, esperando con los brazos cruzados que el agua se calentara.

Cuando el agua estuvo lista, Tero cebó el primer mate y lo probó.

Afuera hacía un día hermoso, el sol entraba por la ventana y daba en la nuca de la Tati, que estudiaba en silencio.

Se oía el rumor de los pájaros cantando entre los árboles.

Y en la ventana de al lado la vecina lo miraba con una bata abierta apenas tapando la piel blanca y rellena de su cuerpo.

Tero tosió y escupió a la vez el mate largando una parte de la yerba por la nariz. Se dio vuelta y terminó de toser contra la pileta.

—Sos un tarado —dijo la Tati cayéndose de la mesa de una carcajada —¿Qué te pasó?

—Nada, nada —dijo Tero limpiándose la nariz y mirando de nuevo por la ventana.

La vecina se había ido.

La Tati seguía riéndose.

—Dale, ¿cómo nada? Tendrías que haberte visto largando el mate por la nariz.

—Bueh, tampoco fue tan gracioso, no da que te rías así.

—Qué, ¿te vas a ofender? No lo hago de mala, es que fue muy gracioso.

—Bueno igual, no da, má.

—¡Ves que decís “má” todo el tiempo! —la Tati siguió riéndose y Tero ya no sabía dónde esconderse. Se rió nervioso y se quedó mirando la ventana. No le gustaba que se le riera así, no esa mina por lo menos, no tenía sentido que se le cagara de risa así, nunca le iba a dar bola. Encima hasta cuando se reía así, como una desafortada, era más linda la guacha, con esos dientes chiquitos, toda pecosa y con muslos hermosos que se perdían debajo de la pollerita de corderoy.

—Bueno dale, vamos a seguir estudiando.

—No, ya ahora no tengo ganas de estudiar.

—¿Y qué querés hacer?

La Tati se le acercó despacio: parecía un gato que se ondulaba y se preparaba para chocarse contra sus piernas en un mimo. Se estiró y apoyó levemente su rostro contra el brazo derecho, dejando que su pulóver rojo se levantara lo suficiente como para que él fantaseara con ver algo de su piel. La miró a los ojos y, cuando ella se acercó lo suficiente, estiró los brazos para tomarla de la cintura.

—¿Qué hacés?

—Nada, te agarro la cinturita, má.

—¿Y por qué se te ocurre que eso es buena idea?

—No sé, pintó, te vi así estirándote como una diosa y dije “a esta chica tengo que abrazarla de la cintura”.

—Me parece que no pensaste bien.

—¿Vos decís? ¿Y por qué todavía te estoy agarrando de la cintura?

—Sos un tonto —dijo ella, sonrojada. Su boca esbozó una pequeña sonrisa y sus ojos miraron los de Tero con un destello

de complicidad. Esta es la tuya, pá, pensó Tero, es ahora o nunca, no puedo creer que vaya a estar con esta mina, dios, soy un grande, le tiro la boca ya, ya ¿Qué hay allá atrás? Ésa es la... ¡Está en bolas ahora la hija de puta!, No, si la Tati se da cuenta estoy frito, no me da más bola. Fue, le tengo que tirar la boca para distraerla, ya.

—No, pará —Tero sintió la mano de la Tati sobre su pecho.

—¿Qué? ¿Pará qué? ¿Por qué?

—Porque no da así, es muy rápido, ni te conozco en realidad.

—Yo tampoco, má, pero mirate: sos lo más lindo del universo, me saco un brazo por vos.

—¿Qué? —Ella se rió y después lo miró seria—.No, tenemos que conocernos antes.

Tero miró de reojo hacia la ventana.

La vecina seguía ahí, ahora pegando las tetas contra el vidrio.

—Sí, ya sé, má. Yo te re quiero conocer, mal.

—Bueno, contame algo.

—Emmm, ¿algo como qué? ¿Por qué no vamos para afuera un rato? Mirá, a ver, mirá este libro que tengo acá en la estantería, fijate.

Tero empujó a la Tati hacia la estantería, le dio un libro cualquiera y le dijo:

—Mirá, lee esto, la rompe, esa parte, fijate.

Fue a la ventana y empezó a cerrar la cortina. La vecina le hacía seña de “ojito” y en el vidrio aún se veía la marca grasosa de las tetas.

## V

No es que Tero despreciara las estrías o las arrugas que sintió con la lengua cuando le chupó las tetas a la vecina; tampoco era que la grasa del vidrio le diera asco: le daba vergüenza. La Tati no tenía por qué saber que durante semanas se había cogido a su vecina y menos tenía por qué conocer el mecanismo, pero mientras cerraba las cortinas empezó a imaginar qué le diría si lo supiera todo.

Hasta que la voz celestial lo entumeció:

—¿Vos me estás jodiendo?

No había cerrado las cortinas a tiempo, o peor, ella lo había visto todo antes del libro, antes de la corrida a la ventana, antes de la mancha de grasa. Pensó rápido y escupió:

—Tati, pará, todo esto empezó mal. Yo te invité porque de verdad quería estudiar, lo que pasa es que...

—Lo que pasa es que como no me tiré en la cama con vos se te ocurrió tirarme un libro de poesías de Aznar —mientras ella se levantaba y agarraba sus cosas, él apretaba la tela de la cortina que todavía no había soltado—. ¿Un disco de Arjona no hubiese sido mejor?

—Bueno, che, me lo regaló mi mamá. Además querías conocerme mejor, bueno, ahí tenés: me gusta Pedro Aznar.

—¿Y la manito en la cintura?

—Yo te quiero conocer Tati, me encantaste desde que te vi en clase, no te vayas.

Tero sintió que sus manos estaban transpirando tanto que ya no se iba a animar a tocarla ni siquiera para impedirle que se fuera; desde la puerta, con una mano en el picaporte y otra en su cartera, ella lo miró sonriendo. Estaba contenta. Tero dio un manotazo de ahogado y levantó las fotocopias.

—No te vas a ir así, sin haberme explicado ni un apunte.

—Me quiero ir, todo esto se está volviendo medio bizarro.

Tero pensó en la vecina y su mente quedó en pausa: supo en ese instante que nunca sabría si la Tati había visto o no la secuencia de la ventana. Tuvo la certeza de que jamás iba a volver a saludarlo y mucho menos ayudarlo a estudiar. Volvió a sentir vergüenza pero se acercó a la puerta igual:

—Por lo menos llevate tus apuntes, si los veo me van a dar ganas de verte a vos y no voy a poder estudiar.

—Lo único que me decís son esas huevadas —la Tati le sacó los apuntes de la mano y acercó su cara a la de él— y si no me decís más “má” ya ni siquiera es divertido.

—Pero vos me dijiste que no te dijera más “má”, má —Tero dio un paso para adelante; sentía las manos cada vez más transpiradas y no se animaba a hablar por temor a tartamudear.

—¿Y si te digo que te tires por la ventana, te tirás?

La Tati se acercó tanto que Tero pudo sentir el aire caliente que salía de su nariz.

Apenas ella se dio vuelta y cerró la puerta, se dio cuenta de que había dormido: podría haberle estampado un beso inolvidable de prepo, uno de película.

Pasaron unos minutos desde que se había ido y él seguía parado frente a la puerta.

Era la tercera vez en el día que sentía vergüenza.

## VI

El recuperatorio fue un verdadero desastre para Tero. Aprobar o desaprobado no era algo que habitualmente le hiciera pasar un mal trago: lo que en realidad ocupó su cabeza por varios días fue una serie de eventos relacionados con la Tati.

El primero de ellos puede ser acreditado fehacientemente por el señor Amarriaga (Profesor titular de la Cátedra de Anatomía), quien tuvo una vista privilegiada de lo acontecido, dada su ubicación central en el Aula Magna de la Facultad.

Tero entró a rendir junto con sus compañeros apenas el profesor se acercó a la puerta para llamarlos.

Se sentó en la tercera fila.

La Tati estaba en un pupitre de la quinta fila, y había seguido los movimientos de Tero desde que ingresó al aula evitando establecer contacto visual con él.

Amarriaga le entregó a Tero el papel con las consignas del parcial y mientras se acercaba a otro pupitre dijo con un tono de voz bastante audible “espero que haya tenido tiempo de estudiar para esta vez, Tero...”. Desde el fondo se oyó una risita a la que le siguió un leve murmullo generalizado.

—¿Cómo dijo, pá? —Tero había volteado su cuerpo para ver directamente al profesor sin mirar a ninguno de sus compañeros en el camino.

—Amarriaga. Para usted soy Amarriaga, Tero.

—Le pregunté algo.

—A ver si bajamos el tonito y nos ponemos con el parcial, ¿No ve que hay un montón de compañeros que sí quieren rendir?

—Así que ahora usted me dice “Tero”. Pensé que no le gustaba mi sobrenombre.

—Así es, cambié de opinión. Al fin de cuentas usted tiene más cara de Tero que de Marcelo.

En este punto la historia se hace más difícil de reconstruir, puesto que nuestro eje venía siendo el punto de vista del Profesor Amarriaga, quien, se podría decir, tendrá una visión parcial de lo sucedido. Y en el sentido más matemático de lo parcial: pues apenas nuestro profesor volteó su vista hacia Tero para

ver qué respondía, recibió una trompada en el ojo izquierdo que lo tumbó al suelo y le provocó una posterior hinchazón sanguinolenta que abarcó gran parte de su cara.

Emilio, el encargado de limpieza del turno tarde, dice que vio a un chico correr por el pasillo con la mochila abierta, en dirección a la puerta de salida. También avisa que de la mochila cayó un libro de tapa verde. Que puede pasar a buscarlo cuando esté él.

Dudosamente Tero volvería a buscar ese libro.

El Concejo Superior decidió expulsar ‘irrevocablemente’ al alumno Marcelo Tarini por su comportamiento y eso significaba no poner un pie nunca más en ese edificio.

Tero había decidido esperar un tiempo hasta contárselo a los padres.

Si bien sabía que no podría ocultarlo por demasiadas semanas, tampoco quería renunciar de un día para el otro a las comodidades y vida social que le permitía la capital de la provincia. De todos modos, fue un tema que rápidamente cedió su lugar en la cabeza ante la vergüenza que había sentido con la Tati cuando vino a su casa.

Se desconocía, Él, el que siempre sabía hacer el chiste para romper el hielo y encararse a la mina que le gustaba; él, que podía tener cinco novias y que —casi— no se enteraran entre ellas; él, que hacía movidas todas las semanas y juntaba unos pesos vendiéndole droga a amigos y conocidos. ¿Cuándo se había ido todo a la mierda? Sin mina, sin carrera, sin droga; en una semana. Y con una vieja que le mostraba las tetas por la ventana.

En alguno de estos puntos estaría pensando Tero cuando oyó el timbre del portero.

Del otro lado del aparato estaba la Tati.

Zulma, la vecina de la planta baja —vecina del portero— dice que alrededor de las 13 escuchó la voz de dos mujeres discutiendo en el hall de entrada. Sergio, el portero, coincide en esta versión y ambos dicen que podrían identificar una de las voces como la de una vecina del edificio pero que prefieren no

hacerlo para mantener la convivencia. Esta misteriosa mujer es, como demostrarán después lo hechos, la inquilina del 4° A que había estado manteniendo encuentros con Tero.

La Tati, que se encontraba del otro lado de la gran puerta de vidrio del edificio, esperaba a que Tero le abriera la puerta para poder entrar y “hablar una cosas”, según sus palabras.

La señora Zulma dice que por su mirilla vio a estas dos mujeres paradas frente al espejo que cubre una de las paredes del hall. La vecina a quien se niega a identificar le habría comentado algo sobre “un tal Tero”. La otra —“una jovencita”— le habría respondido una grosería y se marchó hacia el ascensor. Zulma dice que no es su costumbre espiar quién entra o sale del edificio, pero que empezó a hacerlo hace un tiempo por prevención.

Tero había juntado todos los envases de cerveza que estaban desparramados sobre la mesa y puesto los apuntes de la facultad en su lugar. Quería hacerlo lo mejor posible en esta inesperada oportunidad que tenía. Luego se dio cuenta que tenía poco sentido mostrarse como un estudiante aplicado, ya que todo sabían —o suponían— que había sido expulsado después de lo sucedido. Dejó la mesa completamente vacía a excepción de un libro que tomó al azar y abrió en una página cualquiera.

La Tati tocó el timbre dos veces. Tero se miró en el espejito del llavero que estaba al lado de la puerta y se acomodó un poco el pelo.

Abrió la puerta.

La Tati lo miraba a los ojos. Había una diferencia considerable de altura, y la Tati tenía que levantar bastante la cabeza para mirarlo. Tero se perdió nuevamente en esos ojos que tanto le gustaban. La Tati le preguntó si podía pasar, al mismo tiempo que arrastraba un pie por el suelo cruzando la línea entre el pasillo y el interior del departamento.

Tero sólo dijo “sí”. Luego se mordió los labios para evitar que se le escapara cualquier “má”, “pá”, o “bombón”.

—¿Andaba el ascensor? —le preguntó Tero yendo para la cocina a poner la pava en el fuego. Necesitaba romper ese silencio.

—Sí, ¿por? —contestó la Tati desde la mesa.

—Porque tardaste un rato en subir desde que te abrí por el portero.

—Ah... no... es que vine por las escaleras. Para hacer algo de ejercicio. Estoy con la bici rota y ando en colectivo para todos lados ahora.

Tero no entendió cómo sabía que el ascensor estaba en funcionamiento si había subido los cuatro pisos por escaleras. Pero prefirió dejar el asunto ahí. Además al abrir la puerta había notado que la Tati estaba un poco agitada. Tenía sentido.

Se sentó frente a la Tati. Miró unos segundos la mesa, pasó por el libro, y levantó la vista hacia los ojos de la chica. Ella lo miraba sin parpadear.

—Así que te rajaron —interrumpió el silencio la Tati.

—Ya lo saben todos ¿no? —dijo Tero bajando la vista.

—Por lo menos en la comisión de Anatomía, sí. ¡Qué trompada le metiste al viejo ese, eh!

Ambos rieron y Tero se sintió un poco mejor. Levantó nuevamente la vista y juntó coraje:

—¿Qué es lo que querías hablar?

—El otro día me arrebaté. Me fui sin decirte nada. No quería que terminemos así. ¡Bah! Terminar lo que se dice *terminar* no lo hicimos. Porque no teníamos nada. Pero capaz sos un pibe copado y yo a veces no me doy el tiempo de conocer a las personas.

—Tati, vos me re-gustás. Te lo dije un montón de veces. Perdoname por lo del otro día. Te prometo que voy a esperar un poco antes de querer llevarte a la cama.

La Tati no se rió. Tero esperaba que lo hiciera.

Por suerte la pava ya estaba haciendo ruido y se levantó a preparar el mate. Por el ventiluz de la cocina, vio a la vecina. Estaba sin corpiño, como siempre. Se miraron unos segundos sin hacer nada, hasta que ella señaló con su dedo índice a la Tati y luego pasó el dedo horizontalmente por su propio cuello de izquierda a derecha. Tero no sabía si estar más preocupado porque la Tati hubiera visto la escena, o porque su vecina hubiera decidido pasar de enviarle cartas por debajo de la puerta a

convertirse en una acosadora sexual. Cerró los ojos con fuerza esperando que al abrirlos se hubiera ido o estuviera cubierta por alguna ropa. Para su tranquilidad, cuando volvió a mirar, ella ya no estaba detrás del vidrio. Con el primer mate preparado regresó a la mesa y se lo ofreció a la Tati.

—¿Le pusiste azúcar? —preguntó la Tati levantando una ceja.

—Sí, y la yerba tiene yuyos —dijo Tero.

—Me gusta el mate clásico.

Marcelo es el dueño del Almacén “Nati” que está en la esquina del edificio de Tero. Nati es su hija de dos años, que nació exactamente un año antes que inauguraran el comercio. Cada cumpleaños —de su hija y de su almacén— organiza un pequeño evento para los amigos y clientes habituales. Uno de los invitados más importantes es el suboficial Marcos Fabbri, jefe de la Comisaría a la que corresponde el barrio. Las fastuosas cenas que suele ofrecer en cada ocasión sirven para mantener la buena relación necesaria con el señor Fabbri, a quien le debe el favor de poder vender cerveza fuera del horario permitido. Este amable trato acompañado por una retribución económica le asegura la tranquilidad de ser el único en diez cuadras que tiene cerveza a la noche.

Según las cámaras de seguridad del almacén, alrededor de las 20.30 una joven con una altura similar a la de la Tati ingresó al comercio. Esto es corroborado por el dueño de la cinta, que recuerda haberla atendido. Dice que quiso comprar dos botellas de cerveza, pero había llevado los envases equivocados y dijo que “ahora volvía”. En las cintas no hay registro de que haya regresado al establecimiento.

Cynthia es la esposa de Marcelo. Legalmente lo es. Se separaron cuando ella descubrió que él mantenía un entuerto amoroso con una cajera, quien entonces esperaba un hijo de él. Nati pasa los días de semana con Cynthia, y el padre puede llevársela los sábados y domingos por la tarde. Vivir a media cuadra del lugar donde trabaja su ex no le genera ninguna incomodidad, dice ella. “Estamos tan cerca que Nati apenas sintió lo de nuestra separación”.

Según el testimonio de Cynthia, mientras preparaba a su hija para dormir oyó un ruido fuerte en el pulmón interno del

edificio, como si “alguien hubiera arrojado una bolsa de basura por la ventana”. Recalcó que eso había hecho que su hija llorara y que se podía esperar cualquier cosa de los “mugrientos de sus vecinos”. Cuando logró que su hija se durmiera, salió casi sin hacer ruido a comprar unos cigarrillos al quiosco que está enfrente al edificio.

Zulma recuerda que alguien salió por la puerta principal alrededor de las 21.

Ya habían tomado varias pavas de mate —para el disgusto de la Tati— y Tero no sabía de qué hablar. Todavía estaba la tensión que sentía por lo que le había dicho la Tati. No habían vuelto a tocar el tema y el resto de las conversaciones fueron en torno de qué iba a hacer ahora que lo habían expulsado y qué dirían los padres. No sabía si se quedaría a cenar. Si se daría alguna situación para besarse. Si en cualquier momento aparecería una nota por debajo de la puerta de su vecina reclamando sexo inmediato. Optó por extender un poco más la visita e invitarla a tomar una cerveza.

—Che, ¿quierés tomar una birra? El mate medio que ya fue ¿no?

—¡Sí, por favor! Muero por tomarme una bien fría.

—Voy a buscar los envases —dijo Tero con una sonrisa marcada.

Mientras iba hacia el balcón interno que usaba como depósito de basura y lavadero, la Tati le gritó desde la mesa:

—Alcanzame los envases y voy yo, así compro unas cosas que necesito para casa.

—¿Estás segura?

—¿Te pensás que no puedo traer dos birras?

—No... no quise decir eso... tomá, te doy un poco de plata —dijo Tero mientras dejaba los envases sobre la mesa.

—¿A dónde voy a comprar? —preguntó la Tati.

—En la esquina hay un almacén: “Nati”. Llevate las llaves así no te tengo que abrir cuando vuelvas.

Cuando la Tati salió, él puso un disco de Los Redondos bien fuerte.

La vecina del 4° A es la señora Susana. Se mudó a ese departamento a finales de los 80 cuando se trasladó desde su Rosario natal hacia La Plata porque había conseguido unas horas en la Facultad de Humanidades. La nueva ciudad le ofrecía la posibilidad de dejar atrás una conflictiva relación que había ocupado sus últimos quince años.

Una de las cosas que más disfrutaba —además de sus clases y mostrarse desnuda a los hombre jóvenes que solían alquilar el departamento frente al suyo— era tomarse una copa de vino antes de dormir. En busca de ello estaba cuando se encontró nuevamente con la Tati en el pasillo del cuarto piso. Ambas se detuvieron en seco y mantuvieron su posición por unos segundos, mirándose fijamente. Susana rompió el silencio:

—¿Te lo estás cogiendo?

—Señora, ¿quién es usted? —dijo la Tati acercándose a la puerta del ascensor para esquivar a la mujer.

—¿A dónde vas tan apurada? Quiero decirte una cosita antes de que te vayas.

Susana había comprimido el cuerpo de la Tati contra la pared cuando ella intentaba esquivarla y ahora estaban cara a cara. El aliento cargado de tabaco salpicaba la cara de la joven que trataba de liberarse.

—Ese pendejo es mío. No podés competir con la experiencia, *mami* —susurró la mujer mientras apuntaba con su cabeza a la puerta de Tero.

La Tati empujó a la mujer con todas sus fuerzas. Susana cayó de espaldas contra el matafuego y quedó jadeando, mientras la joven bajaba las escaleras corriendo, sin mirar atrás ni una sola vez. Pocos minutos después entraba al almacén.

El timbre de Tero sonó a las 21.15. Habían pasado casi 45 minutos desde que la Tati se había ido a comprar cerveza. Supuso que a esa hora habría mucha gente en el almacén y se habría retrasado. Pero eso no explicaba por qué si había llevado las llaves ahora estaba tocando timbre. Cuando abrió la puerta esperaba ver a cualquier persona, pero no al oficial Fabbri. Estaba acompañado por el oficial Gutiérrez quien sería la encargada de tomar declaración a todos los vecinos del edificio.

—¿Marcelo Tarini? —preguntó el oficial leyendo un papel.

—Sí.

Sólo eso respondió Tero, todavía se acordaba de la última vez que había intentado una gracia con la policía.

—Necesitamos que nos cuente algunas cosas. ¿Podría acompañarnos a la Comisaría?

—¿Qué hice? —preguntó Tero.

—Acaba de suceder algo con una vecina del edificio y necesitamos saber qué estaba haciendo usted. Agarre sus documentos y acompañenos, por favor.

—Estoy esperando a una amiga que se llevó mi único juego de llaves, ¿No puedo pasar en un rato?

—Eso lo resolverá después, señor Tarini. Por favor.

Tero buscó sus documentos en la mochila que colgaba de una silla. Supuso que para cuando él regresara, la Tati ya estaría de vuelta y le abriría la puerta. Le dejó un papelito en la mesa explicando la situación y disculpándose.

El oficial lo apuró varias veces y Tero sólo podía pensar en que una vez más iba a pasar vergüenza con esa chica que lo enloquecía. Mientras acompañaba a los policías hasta el ascensor, notó que el ventanal del pasillo estaba destruido. Pero no había vidrios del lado de adentro.

—¿Cayó alguien por el ventanal? —preguntó.

—Sí, hace unos minutos nos llamó una vecina de planta baja para avisarnos.

Cynthia estaba fumando en la vereda del edificio cuando salió Susana. “A la noche siempre tiene la mirada un poco perdida, para mí le da a la bebida”. Dice que Susana no la reconoció y siguió su camino hasta la calle, donde paró un taxi y se alejó rápidamente. Cuando regresaba al interior del edificio la detuvo Zulma. Tenía la boca un poco abierta y miraba a Cynthia con los ojos abiertos como dos monedas.

—¿Zulma, qué pasa? —dijo Cynthia apoyando sus manos en los hombros de ella.

—En el pulmón... alguien... policía —balbuceó Zulma.

—¡No te entiendo nada, Zulma! Te dije que es peligroso que salgas a la calle después de tomarte esas pastillas, te dejan

medio boluda.

—Ahí ahí —decía Zulma mientras señalaba la puerta entreabierta que daba al pulmón del edificio.

—¿Escuchaste un ruido hoy? ¿Hace un rato? Yo también. Se le debe haber caído una maceta a alguno de arriba. ¡Qué peligro! ¡Pueden matar alguna criatura! Este edificio cada vez está peor.

El hall se iluminó de azul. Un destello que venía de la calle iluminaba completamente todo y picaba en los espejos produciendo un sinfín de reflejos. El oficial Fabbri dice que recibieron el llamado de Zulma a las 21:07 diciendo que una persona se había arrojado por el pulmón del edificio. Mientras explicaba la situación a los vecinos que iban bajando por las escaleras al escuchar las sirenas y ver las luces, la policía científica llegaba al lugar del hecho. La puerta de ingreso al pequeño patio estaba cruzada por una cinta que impedía que algunos curiosos interfirieran con el trabajo de la policía.

Tero pudo ver por el pequeño espacio que dejaba la puerta entreabierta un cuerpo de una mujer joven y un charco de sangre junto a su cabeza. Un mechón decolorado tapaba los ojos de la Tati. El cuerpo estaba salpicado por pequeños pedazos de cristal que también se esparcían por el suelo a su alrededor. Tero gritó y corrió hacia la calle, perseguido por los policías. Cuando llegó a la esquina, se detuvo. Bajo el cartel del almacén *Nati* apoyó sus manos sobre las rodillas y levantó su mirada al cielo. Los policías lo esposaron y metieron en el patrullero. Le tomaron declaración por dos horas hasta que lo acompañaron al calabozo de la comisaría. Fabbri dice que pasó toda la noche llorando. Por la mañana, cuando llegó el Fiscal de la causa, Tero tenía los ojos terriblemente hinchados. Su cara se había transformado. Tenía la mirada perdida y sólo decía palabras sueltas. El Fiscal le preguntó si se encontraba bien. Tero sólo movió la cabeza para asentir. Firmó unos papeles que le acercaron y salió de la comisaría.

Era una mañana fresca. La calle todavía estaba mojada por el rocío de la noche y unos policías tomaban café en la guardia.

Tero encendió un cigarrillo y caminó las cuerdas que lo separaban de su departamento. No le habían devuelto su juego de llaves. Era parte de las pruebas de la investigación. Tocó varias veces el timbre del Portero. Nadie contestó. Gritó varias veces ¡Sergio! Era la única persona del edificio de la que sabía el nombre. Tocó varias veces más el timbre. Empezó a tocar todos los timbres con ambas manos. Golpeó el portero hasta abollarlo. Su mano sangraba, manchando el bronce lustrado del portero. En la calle, un remis tocaba bocina esperando a alguien.



# Epilogo

Por Melissa Rep

Mis amigos literarios me recomendaron este libro. Yo casi entro en él, pero no pude lograrlo, y por un tiempo me ofendí y lo ignoré. Pero después lo leí y me llené de nostalgia, como siempre me pasa. Fue, realmente, una experiencia trascendental. Participar en el libro, digo. Para todos nosotros, aunque no hayamos terminado entre sus páginas. Diez u once personas escribiendo distintas historias de a capítulos —ninguno con su personaje— y juntándose cada quince días para discutir el destino de cada cual. Estábamos todos ahí, presentes, en esas reuniones de los jueves. Cada criatura y su creador: el hombre del fin y Palomeque (que se escapaba de una cursada para participar; no se preocupen que igual la aprobó con nueve), las dos Fridas y Carolina, el adorable Tero con Josefina, la solitaria Nérida bajo el cuidado de Mecha; Franco y su personaje Martín, adicto al café. Todos juntos. Digo que fue una experiencia trascendental porque para nosotros (e insisto, aún para los que no logramos estar en el libro) fue angustiante verlos torcer nuestros pareceres, cambiar nuestros objetivos o encasarnos, de golpe, un amor, una obsesión, una decisión terrible o una orca de varias toneladas. Pero para ellos fue alentador. Querían mantener el verosímil y discutían hasta los detalles más nimios (como qué bandas sonaban en los ochenta; si Tero era capaz de vender tal o cual droga), o bien querían darle acción a la narración y le encomendaban la adrenalina al próximo en escribir (recordemos que a cada uno le correspondía un capítulo). Hubo momentos de tensión, momentos de angustia. A los que

nos estábamos ahogando nos quisieron rescatar, como verán, sin efecto, y a los que habían logrado quedarse les exigían más y más. Cuando llegó el momento de cerrar el libro, sólo seis personajes y sus historias habían sobrevivido.

Yo no guardo rencores, y recomiendo fervientemente este libro. Todos mis amigos, los reales y los ficcionales (una diferencia que es difícil de establecer), pusieron un gran esfuerzo en este proyecto. Desde Ornella y Nelida tratando de sobrellevar su encierro hasta Marina y Ulises con su edición y Luciana con la foto de la tapa. Estamos todos acá: los vivos, los ficticios, los pausados y los fallecidos. Entre todos logramos este libro. Nos aplaudo y nos consuelo (después de todo, los Brun, Ana, Zaira y yo tenemos que vivirlo desde afuera); nos reverencio. Si alguien intentó esto antes, bueno, podría habérmolo advertido. Pero aún sin consejos ni condiciones, logramos algo único e ingenioso. Espero que el lector sepa comprender la esquizofrenia de dejar todo librado a la pluma del que hace el capítulo siguiente, y nos tenga paciencia. Fue extraño pero divertidísimo. Brindo por este segundo proyecto del Dispensario y espero con ansias el próximo. Y ojalá pueda entrar en él, claro.

Arnar Leifsson Páll  
Reykjavík, Diciembre de 2013

## MINIBIOS

### MARINA ARIAS (POR ULISES CREMONTE)

Escritora argentina de historias geniales donde el amor aparece siempre en desfase. No conduce en la autopista, pero sabe manejar mejor que nadie grupos de escritores o de alumnos. Tiene unos rulos alucinantes y no soporta que confundan su nombre, su apellido o ambos. Madre del LITIN, su palabra es Ley. Lentamente va desterrando cierta fascinación por escritores pueriles y se espera que próximamente se vuelva una literata punk.

### SILVANA CASALI (POR MELISSA REP)

A Silvana Casali le dijeron que se parecía a la actriz de Crepúsculo, pero no: es igual a otra, francesa, musa de Quentin Tarantino. Silvana miente cuando le preguntan de dónde es: ama tanto la ciudad de las diagonales que se dice platense y no de Mar del Plata. Estudió cuatro años de piano en el Conservatorio de esa ciudad, pero de lo que verdaderamente es amante es de las Humanidades: seguidora de JP Feinmann, se anotó en filosofía; dos años más tarde, temerosa de terminar loca como el resto de sus compañeros, se pasó a periodismo. Desde chica escribe poesía y es ávida lectora. Le gusta mucho Bukowski (la obra y el autor) y cuando no lee piensa en que podría sentarse a escribir una novela mejor que *Por quién doblan las campanas*, pero no sabría a quién dedicársela.

### ULISES CREMONTE (POR MARINA ARIAS)

Escritor argentino multipremiado. Apodado por sus colegas como “el viejo infantil”, supedita su vida social y profesional al flujo de tránsito de la autopista Buenos-La Plata. Supo te-

ner en su casa, y en funcionamiento, una máquina de fabricar pan y un ventilador de subte. Misteriosamente, es hincha de Almagro pero desconoce dónde queda José Ingenieros. Gurú del LITIN, no deja pasar ninguna oportunidad de defenestrar a Cortázar ni ninguna para alabar a Lamborghini.

#### FRANCO DALL'OSTE (POR FRANCISCO MAGALLANES)

Franco Dall'Oste tranquilamente podría ser un marcador central italiano, aunque de fútbol sólo tenga el nombre y su pasión por la Acadé. Nació en tierras marplatenses, usina de escritores expulsados por la cultura cero de la ciudad. Al menos eso repite Dall'Oste cuando se le pregunta por La Feliz. Mientras espera la próxima aparición de su primera novela, *La Huevósfera*, decidió buscar un trabajo mundano que le permita escribir la segunda parte, donde esta vez el personaje principal experimente la sensación de trabajar como el resto. Ni lerdo, ni perezoso, para eso eligió las costas turquesas de Buzios.

#### LUCIANA DEMICHELIS (POR CAROLINA MARTÍN)

Luciana Demichelis es fotógrafa, su primera cámara fue una Kodak C533. Según ella, tiene la estatura ideal para su profesión: un metro cincuenta es la altura perfecta para sacar el 98% de las fotos. Cuando era chica, le encantaba mirar las cajas de muestras médicas que su madre, radióloga, llevaba del hospital. Ese extraño pasatiempo hizo posible que hoy conozca los nombres de un montón de medicamentos. Luciana se define como militante de los cuentos de Etgar Keret, su peor experiencia fue haber cantado en un coro y su estación preferida es el otoño.

#### AGUSTINA GALLARDO (POR MARCOS NUÑEZ)

Creció y vivió hasta los 11 años en un pueblito llamado Espigas, lejos del cemento de las ciudades. Precoz lectora, de chica solía tener una de las penitencias más envidiadas por los niños: cuando se portaba mal la mamá la castigaba prohibiéndole la lectura. Ama vacacionar en un lugar, al sur de Mar del Plata, una combinación de campo y mar, aunque le cuesta decir el nombre porque se resiste a que encuentren e invadan su paraíso, donde bajo el sol de enero encuentra la paz y muchos amigos. Estudia Periodismo y Letras en La Plata, y va todos los fines de semana a ver a River. Un día, dentro de su cuento "Tranqueras" encontró una novela y, como tirando de un hilo, actualmente está escribiéndola.

#### JOSEFINA FONSECA (POR MERCEDES GALERA)

Josefina Fonseca tiene un secreto que suele ventilar sin querer en las reuniones festivas: lleva secuestrada en su cuerpo a una actriz de comedia. Cuando la actriz se escapa, Josefina Fonseca se caga en la vergüenza y encarna grandes personajes platenses o inventa la voz de su perra Rita, un can negro que sabe abrir puertas. Además de secuestrar a la actriz, Josefina supo liberar a una escritora que la ayudó abandonar su adolescente fe católica con un cuento sobre pitos, monjas y tabúes. Tiene otra mujer que es la cocinera, y otra que es la defensora del saludo con abrazo y sonrisa. Son muchas las mujeres que viven en ella, pero la actriz espera paciente porque sabe que a Josefina Fonseca, en realidad, la habitan las historias.

#### MERCEDES GALERA (POR JOSEFINA FONSECA)

Hay cosas que no pueden criticarse en presencia de Mercedes Galera: algunas bandas de rock, su mejor amigo y Mar del Plata. Por eso, como aviso —o como amenaza— las lleva en el cuerpo: a las bandas en forma de tatuajes, a su amigo en

forma de historias, y a su mar en forma de onda. Porque si algo tiene Mercedes Galera es swing, mucho swing. Si no, mírenle el flequillo violeta.  
O léanla.

#### FRANCISCO MAGALLANES (POR FRANCO DALL'OSTE)

Francisco Magallanes es un escritor y editor argentino. Sacó entradas para Babasónicos en Atenas y llegó cuando faltaban dos temas para terminar. Sin embargo, su desafío a muerte con el tiempo dio un nuevo salto cuando, el pasado diciembre, publicó su primer libro de cuentos, *Los impuntuales*. Es uno de los fundadores de Club Hem Editores y Malisia distribuidora y estantería de libros y revistas. Ama a Hemingway tanto como a Gimnasia.

#### CAROLINA MARTÍN (POR LUCIANA DEMICHELIS)

Amante de Charly y Goyeneche a la que a veces se le escapa un tema de Leo Mattioli, Carolina Martín nació en Pehuajó, ciudad de casas bajas en la que se puede salir a la calle y ver las estrellas y, todavía dejan la puerta sin llave. Pero Carolina Martín no es de esas: heredó la manía de las puertas cerradas de su mamá y su abuelo. Desde hace siete años viaja siempre con un mismo libro, y dice que ya no sabe si es por costumbre o compañía, pero no quiere contar con cuál. Lo que sí le cuenta a todos con énfasis y orgullo cada vez que puede es que su deseo es ser escritora y periodista de crónica narrativa.

#### MARCOS NUÑEZ (POR AGUSTINA GALLARDO)

En una casa repleta de libros que el papá guardaba de su trabajo, reparto de diarios y revistas, después de empezar y dejar la carrera de ingeniería electrónica, Marcos Nuñez le tomó el gusto a la lectura. Tanto fue así que terminó *Cien años de so-*

*ledad* a pesar de una fractura, con una mano enyesada, sosteniendo el libro contra su escritorio. El fútbol influyó: lo primero que leyó fueron cuentos de Soriano y Fontanarrosa. Por lo mismo decidió estudiar periodismo deportivo pero al poco tiempo eligió la licenciatura: al fútbol lo dejó para jugar con amigos y para visitar la cancha de Estudiantes en cada partido local. En sus lecturas vuelve una y otra vez a los cuentos de Carver y de Cheever y lo primero que hace cada viernes es leer la contratapa en Página12 de Juan Forn. No empieza a escribir un cuento sin saber dónde quiere llegar.

#### JOAQUÍN PALOMEQUE (POR JOAQUÍN PALOMEQUE)

Joaquín Palomeque estudia Comunicación Social. Es fotógrafo y diseñador por afición. Cada tanto escribe cosas lindas. Comenzó a fumar para tener la voz de Lalo Mir. Tiene muchos discos de boleros y vio todas las películas de Almodóvar. Dice tener padres biológicos, aunque parece haber sido criado por la televisión.

#### MELISSA REP (POR SILVANA CASALI)

Las cosas más lindas de la vida no son cosas. A Melissa Rep la hacen feliz ésas, las cosas simples: leer, el viento, la luz del sol, soñar: le encanta soñar. Aunque le cueste imaginarse los rostros de las personas, ella sueña esencias. Es de esas personas que uno admira y, secretamente, envidia. Inteligente, simpática, cinéfila, fana de los Simpson, puede hacer lo que quiera: tiene todas las herramientas para lograr lo que se propone. Especialmente con las palabras: conoce de la ciencia de ensamblarlas para crear situaciones bellas. El amor por la literatura (pero también por el alemán y el francés) fue regalado por su abuela. Creció sin televisión y entre paisajes patagónicos, ahí donde todos van de viaje de egresados (dejen de preguntarle a

dónde viajó ella cuando egresó). Habrán sido esas imágenes sureñas las que enriquecieron desde chica su imaginación, ¿no? Esa que le permite dibujar con palabras lugares y personajes que, cuando uno los lee, siente que está ahí. Su escritura se toca: trae el mundo ficticio al alcance de la mano. Finalmente se tiene que aceptar que uno no es Melissa Rep, porque su escritura es inimitable, y no queda más que admirarla y aprender de ella.

## **La yapa**

LEONEL ARANCE (POR MARINA ARIAS Y ULISES CREMONTE)

Aunque no es fanático de Oscar Wilde, Leonel Arance se ha visto bendecido por el efecto Dorian Gray: no parece la edad que tiene. Es uno de los fundadores de Club Hem Edixres. Ama leer y también a los libros. Sabe mirar y puede describir mejor que nadie una escena urbana o el alma de un personaje. Escribe, es escritor, participa y colabora con el LITIN pero no escribió para este libro. Sin embargo, lo adoramos y por eso lo incluimos en estas minibios.

Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de marzo de 2014,  
en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
Argentina